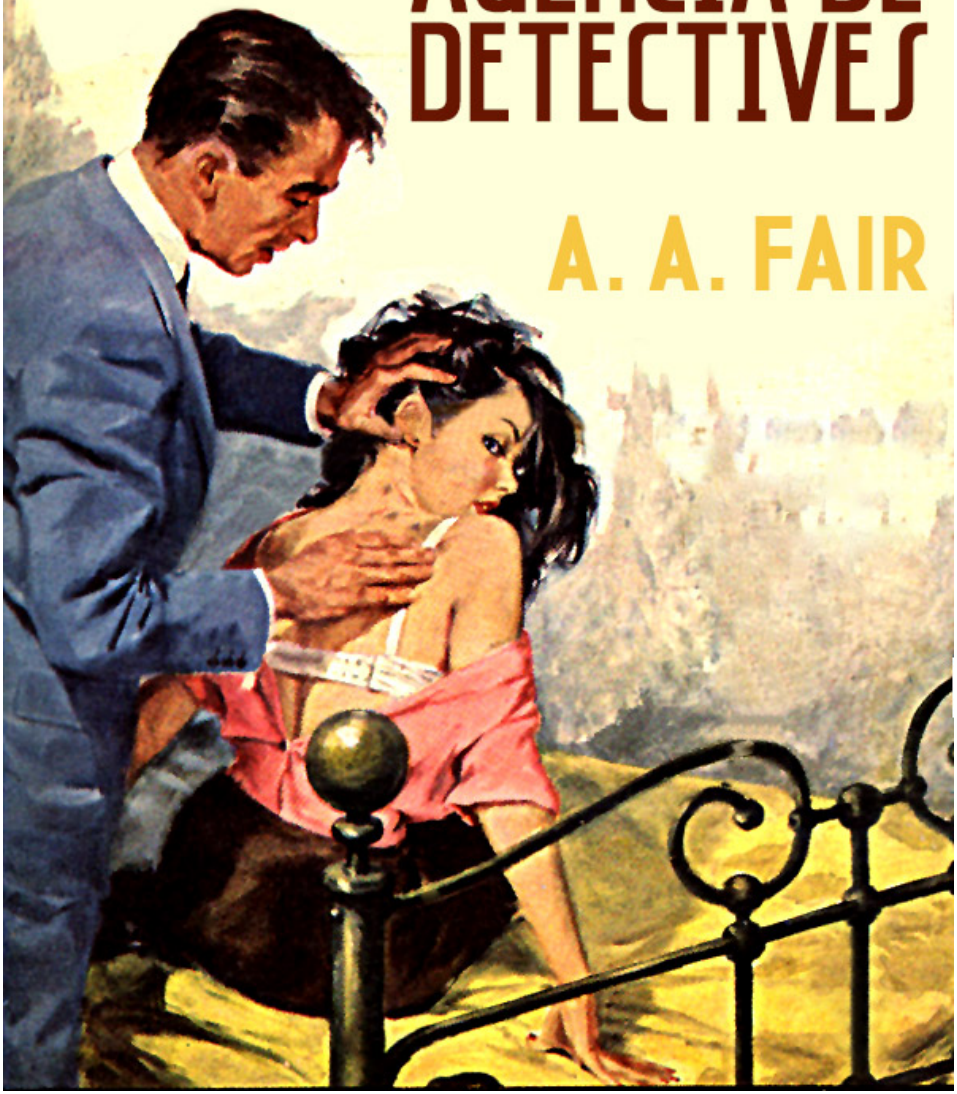
cool & lam

AGENCIA DE DETECTIVES

A. A. FAIR



Cuando Donald Lam entró en las oficinas de la señora Berta Cool en respuesta al anuncio, solicitando un ayudante, que había visto en el periódico, no tenía ni idea de cuál era realmente la clase de ayuda que se refería. Pero cuando se ha tocado fondo y no se tiene suerte, no se es demasiado exigente con lo que viene. Así que, cuando es contratado como agente de la Agencia de Detectives Cool, pronto descubre que su primera tarea no es tan «cool» ni tan sencilla como se le hizo creer. Con una mente educada y calculadora y el respaldo de su jefe (tan tierna como un alambre de púas), Lam no escatimará en gastos para llegar al fondo del caso. Y aunque las cosas parecen tomar un giro cada vez peor, las apariencias pueden ser engañosas. Pues verán, Lam, formado en una escuela de derecho, conoce la táctica perfecta que puede hacer que todo salga bien.

A. A. Fair

Agencia de detectives

Cool & Lam-1

ePub r1.5
fenikz 12.10.16

Título original: *The Bigger They Come*
A. A. Fair, 1939
Traducción: Manuel Vallve
Retoque de cubierta: fenikz
Ilustraciones: Maurice Thomas

Editor digital: fenikz
Digitalizadora: maperusa
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BIRKS (Morgan): Maleante asociado a Cunweather.

BIRKS (Sandra): Esposa del anterior.

BLEATIE (Lee Thoms): Hermano de Sandra.

BRAND (Elsie): Secretaria de la Agencia Cool.

COLTAS (Sidney): Abogado.

COOL (Berta): Propietaria y directora de la Agencia Cool de Detectives Privados.

CUNWEATHER (Bill): Explotador de un negocio clandestino de máquinas tragaperras.

DURKE (Sally): Amante de Morgan Birks.

FRED: Maleante al servicio de Cunweather.

HOLOMAN (Archie): Médico, íntimo amigo de Sandra Birks.

HUNTER (Alma): Bella amiga de Sandra con la cual convive.

LAM (Donald): Protagonista de esta novela en la que inicia sus dotes de detective en la Agencia Cool.

WEGLEY (Jerry): Botones del Hotel Perkins.

capítulo primero

ENTRÉ en la oficina y me quedé al lado de la puerta sombrero en mano.

Delante de mí había seis individuos. El anuncio pedía la edad entre veinticinco y treinta años. Una secretaria de pelo pajizo, que había detrás de una mesa con máquina de escribir, dejó de teclear. Me lanzó una mirada glacial.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Ver al señor Cool.

—¿Para qué?

Moví la cabeza para indicar a la media docena de individuos, que me miraban de manera hostil.

—He venido a causa del anuncio.

—Ya me lo figuraba. Siéntese —dijo.

—Me parece que no hay ninguna silla —contesté.

—La habrá dentro de un momento. Quédese en pie y espere o vuelva.

—Esperaré.

Se inclinó sobre su máquina de escribir. Sonó un zumbador. Ella tomó el teléfono, escuchó un momento, asintió y expectante miró a la puerta que decía «B.
L. Cool.
Particular». Se abrió, y apresuradamente salió un individuo que, al parecer, tenía mucha prisa por llegar al aire libre. La rubia se volvió entonces para avisar a un señor Smith que podía entrar.

Se puso en pie un joven de hombros caídos y delgada cintura. Diose un tirón a la chaqueta, se ajustó la corbata, fijó una sonrisa en su rostro, abrió la puerta del despacho particular y entró.

—¿Cómo se llama? —me preguntó la rubia.

—Donald Lam.

Ella lo anotó y luego, fijando los ojos en mí, empezó a consignar algunas notas taquigráficas debajo del nombre. Pude darme cuenta de que estaba catalogando mi aspecto.

—¿Nada más? —pregunté al ver que había terminado de mirarme y de hacer signos raros en el papel.

—No. Espere.

Obedecí, pero Smith no tardó mucho. Salió cosa de dos minutos después. El individuo que lo seguía hizo el viaje de ida y vuelta tan de prisa que parecía como si no hubiese hecho más que saltar y rebotar. El tercero duró diez minutos y salió como si estuviese deslumbrado. Se abrió la puerta de la oficina exterior y entraron otros solicitantes. La rubia les tomó los nombres y consignó algunas notas. Después que se hubieron sentado empuñó el teléfono y lacónicamente dijo:

—Cuatro más.

Hecho esto, prestó unos momentos de atención y colgó.

En cuanto hubo salido el siguiente entró la rubia.

Permaneció cinco minutos dentro. Al salir, me dirigió un movimiento de cabeza y dijo:

—Entrará usted inmediatamente, señor Lam.

Los individuos que estaban delante de mí nos miraron ceñudos a los dos, pero no dijeron nada. Al parecer, ella no hizo más caso que yo de aquellas miradas.

Abrió la puerta y entre en la espaciosa estancia, donde había varios muebles archivos, dos sillones muy cómodos, una mesa y un escritorio muy grande.

Adopté mi mejor sonrisa y me disponía a decir: «Señor Cool, yo…», pero me abstuve antes de empezar, porque la persona sentada al otro lado del escritorio no era ningún señor.

Contaría unos sesenta años, tenía el cabello gris, ojos de igual color, muy alegres, y rostro benigno y casi de abuela. Quizá pesaba noventa kilos y dijo:

—Siéntese, señor Lam… No. En ese sillón, no. Acérquese para que pueda verlo. Así. Ahora, ¡por Dios!, no mienta.

Giró sobre su sillón y me miró como si hubiese sido su nieto favorito que iba a pedirle un bollo.

—¿Dónde vive? —preguntó.

—No tengo señas permanentes. En la actualidad tengo tomada

una habitación en una pensión de West Pico.

—¿Qué sabe hacer?

—Nada —contesté—. O por lo menos, nada que me sirva. Me dieron una educación apropiada, tal vez, para poder apreciar el arte, la literatura y la vida, pero no para hacer dinero. Y me he dado cuenta de que no me es posible apreciar el arte, la literatura y la vida sin dinero.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiocho.

—¿Viven sus padres?

—No.

—¿Casado?

—No.

—Está usted muy flacucho. Con seguridad que no pesa más de unos cincuenta y tantos kilos.

—Cincuenta y seis.

—¿Es usted capaz de andar a puñetazos?

—No. A veces los he probado y me han pegado una paliza.

—El cargo que ofrezco es para un hombre.

—Pues yo soy un hombre —contesté enojado.

—Pero demasiado pequeño. Todos podrían darle empujones.

—Cuando estaba en la escuela —dije—, algunos muchachos lo intentaron, pero en breve pudieron convencerse de que no les convenía. No me gusta que me empujen. Hay muchas maneras de pelear. Yo tengo la mía propia y en ella soy un as.

—¿Leyó usted bien el anuncio?

—Me parece que sí.

—¿Se considera con aptitudes?

—No tengo relaciones ni parientes —dije—. Y me parece que soy bastante valiente. Soy activo y no me creo nada tonto. Pero si me engaño, no hay duda de que alguien malgastó su dinero en darme educación.

—¿Quién?

—Mi padre.

—¿Cuándo murió?

—Hace dos años.

—¿Qué ha hecho usted desde entonces?

—¡Oh! Varias cosas.

No cambió de expresión su rostro, pero sonrió benigna y dijo:

—¡Es usted un embustero de tomo y lomo!

Yo hice retroceder mi silla y dije:

—Se aprovecha de ser una mujer para decirme eso. Pero si fuera un hombre no se lo consentiría.

Y me dirigí a la puerta.

—Espere —dijo—. Me parece que tiene algunas probabilidades de quedarse con el empleo.

—No lo quiero.

—¡No sea tonto, hombre! Vuélvase ya míreme. Estaba usted mintiendo, ¿verdad?

¡Demonio! Ya había perdido aquel empleo, de modo que me volví para mirarla, y exclamé:

—Sí. Mentía. Tengo esa costumbre. Pero por raro que parezca, me gusta que, cuando prevarico, me llamen la atención con un poco más de tacto.

—¿Ha estado en la cárcel?

—No.

—Bueno, siéntese otra vez.

Eso es lo que gana la moral de uno cuando ha de ir de un lado a otro con las manos en los bolsillos y sin nada que hacer. Todo mi capital se reducía a diez centavos y no había comido desde el mediodía anterior. Las agencias de empleos no podían o no querían hacer nada por mí. De modo que, por fin, tuve que contestar a los anuncios que exponían en los escaparates. Y aquélla era mi última tentativa.

—Bueno. Ahora dígame la verdad.

—Tengo veintiocho años —dije—. Mis padres han muerto. Me he educado en el colegio. Soy bastante inteligente y estoy dispuesto a hacerlo casi todo. Necesito dinero. Si me da el empleo, me esforzaré en ser leal.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Cómo se llama?

Sonreí.

—Así Lam no será su nombre verdadero.

—Le he dicho la verdad. Y ahora, si quiere, puedo seguir hablando, porque lo hago bastante bien.

—Ya me lo figuro —dijo—. Y dígame, ¿qué ha estudiado realmente?

—¿Qué importa eso?

—No lo sé, pero en cuanto me habló de su educación escolar comprendí que mentía. ¿Ha ido usted a la escuela realmente?

—Sí.

—¿Y no alcanzó el grado?

—Sí.

—¿Lo expulsaron?

—No.

—¿Sabe algo de Anatomía? —preguntó dudosa.

—No mucho.

—¿Qué estudió, pues, en la escuela?

—¿Quiere que improvise? —pregunté.

—No —contestó—. Ahora no. Pero, sí. Este empleo requiere a un embustero, a un hombre que sepa hablar y convencer. La primera mentira que me dijo no me gustó, porque no convencía.

—Pues ahora le digo la verdad —repliqué.

—Bueno, pues déjelo. Mienta un poco más.

—¿Acerca de qué?

—De lo que quiera, pero de modo convincente. Borde la mentira. ¿Qué estudió en la escuela?

—La vida amorosa de los microbios —contesté—. Hasta ahora los sabios sólo han tenido en cuenta la propagación de los microbios, del mismo modo como si fuesen conejillos de Indias. Nadie se ha interesado en estudiarla desde el punto de vista del microbio. Usted misma se vería inclinada a estudiarla desde el punto de vista de sus…

—No tengo ningún microbio —me interrumpió.

—… ideas acerca de la vida —añadí, sin hacer caso de su interrupción—. Ahora, con una temperatura invariable, una cantidad adecuada de alimentos, los microbios llegan a sentirse llenos de ardor y, en realidad…

Levantó la mano, con la palma hacia fuera, como si quisiera rechazar mis palabras.

—Bueno, ya es bastante —dijo—. Desde luego, ha mentido, pero es una calidad de mentira inferior, puesto que a nadie le importa. Ahora dígame la verdad. ¿Sabe usted algo, por poco que sea, acerca

de los microbios?

—No —le contesté.

—Bueno, y cuando estaba en la escuela, ¿cómo logró que sus compañeros no le dieran empujones?

—Preferiría no hablar de eso… si quiere la verdad.

—Quiero la verdad y deseo conocer este dato.

—Hice uso de mi cabeza —dije—. Me han llamado monigote, pero en la vida todo el mundo ha de buscar el modo de protegerse. Cuando se tiene algo débil, la Naturaleza nos hace vigorosos en otra cosa. Yo siempre he buscado medios especiales. Cuando un hombre empieza a empujarme, yo hallo la manera de impedirlo, y al poco rato se arrepiente de haberlo intentado siquiera. No tengo ningún inconveniente, si es necesario, en dar golpes prohibidos. Bien es verdad que a veces recibo un puntapié. Pero en fin, soy así. No se puede exigir demasiada delicadeza al débil. Ahora, si se ha divertido bastante a mi costa, me marcho, porque no me gusta que se rían de mí. Algún día se convencerá usted de que es una diversión bastante cara, porque capaz sería de encontrar el modo de hacer que se arrepintiese.

Ella dio un suspiro, no de fatiga, sino como si se hubiese quitado un peso de encima. Tomó el teléfono de su escritorio y dijo:

—Elsie, voy a dar el empleo a Donald Lam. Saque a esa chusma del despacho y ponga un cartel en la puerta diciendo que ya está ocupado el empleo. Por un día ya hemos tenido bastante basura.

Colgó el receptor en su gancho, abrió un cajón y tomó unos papeles y empezó a leer. Poco después oí el roce de la silla y los apagados ruidos de la oficina exterior, originados por la salida de los solicitantes. Continué inmóvil, mudo de sorpresa y esperando.

—¿Tiene dinero? —preguntó de repente mi interlocutora.

—Sí —dije. Y añadí—: Un poco.

—¿Cuánto?

—Lo bastante para que me dure algo.

Me miró por encima de los cristales bifocales de sus gafas y dijo:

—Ahora vuelve a mentir como aficionado. Eso es peor que los microbios. Lleva usted una camisa que le sienta muy mal. Por ochenta y cinco centavos podrá comprar otra. Tire también la corbata; nueva le costará veinticinco o treinta y cinco centavos. Hágase limpiar las botas y cortar el pelo. Supongo que llevará los

calcetines agujereados… ¿Tiene hambre?

—No, señora —contesté.

—No me venga usted con esos cuentos. Mírese usted al espejo, hombre. Tiene un color que parece la barriga de un pescado. Las mejillas están chupadas y tiene ojeras. Probablemente hace una semana que no ha comido. Vaya a hacerlo ahora. Destinaremos a eso veinte centavos. Además, habríamos de encontrar la manera de que se procure un traje. Hoy no es posible. Ahora está trabajando para mí y no quiero que se figure por un solo momento que podrá ir de compras en las horas de trabajo. Después de las cinco de la tarde, podrá ir a comprarse un traje. Le daré un anticipo sobre su salario y Dios le ayude si trata de engañarme. Tome veinte dólares.

Cogí el dinero.

—Bueno —dijo—, vuelva a las once. ¡Andando!

Cuando llegué a la puerta, levantó la voz.

—Oiga, Donald, no vaya usted a hacerse el grande con ese dinero. Para almorzar no le permito que gaste más de veinticinco centavos.

capítulo dos

LA secretaria tecleaba en su máquina cuando abrí la puerta, en la que había una placa que decía:

«B. L. Cool. Investigaciones Confidenciales».

—¡Hola! —dije.

Ella inclinó la cabeza por toda respuesta.

—Dígame, ¿es señora o señorita? —pregunté indicando el despacho particular.

—Señora.

—¿Está?

—No.

—Y a usted —añadí—, ¿cómo tendré que llamarla además de «diga»?

—Señorita Brand.

—Me alegro de conocerla, señorita Brand. Soy Donald Lam. La señora Cool me ha dado el empleo mencionado en el anuncio.

Siguió tecleando.

—Puesto que he de trabajar aquí —dije—, espero que usted y yo nos veremos mucho. Noto que no le soy simpático, pero tampoco tengo mucha confianza en que me inspire usted simpatía. De modo que, si quiere, lo dejamos así.

Interrumpió su tecleo para volver una página de su libreta taquigráfica. Luego levantó los ojos y repuso:

—Como quiera.

Y volvió a teclear. Yo entré y me senté.

—¿He de hacer algo más aparte de esperar? —pregunté unos minutos después.

Ella meneó la cabeza.

—La señora Cool me dijo que volviese a las once —añadí.

—Bien, ya está aquí —replicó ella sin dejar de teclear.

Saqué del bolsillo un paquete de cigarrillos. Había pasado una semana sin fumar, no por gusto, sino por fuerza. Se abrió la puerta exterior y entró la señora Cool, seguida por una muchacha de cabello color castaño.

Examiné a la señora Cool mientras atravesaba la oficina, y rectificando mi primer cálculo, añadí diez kilos más a su peso. Desde luego, no era partidaria de encerrarse en un traje estrecho, porque se le agitaba el cuerpo dentro de la ropa, como una masa de jalea sobre una fuente. Pero sin embargo, andaba con ritmo fácil y suave. En realidad, parecía que no moviese las piernas, como si no las tuviera; más bien avanzaba como el agua de un río.

Miré a la muchacha que la seguía y ella me devolvió la mirada. Tenía los tobillos finos, era esbelta y al parecer andaba de puntillas, como asustada. Tuve la impresión de que si le gritaba «*¡Bu!*» con toda la fuerza de mis pulmones, en dos saltos saldría de la oficina. Tenía los ojos castaños, el cutis curtido por el sol, o por los polvos, y un traje cortado de modo que pusiera en relieve su figura… y, en efecto, lo conseguía. Y además, era una figura digna de ser mirada.

Elsie Brand seguía tecleando. La señora Cool mantuvo abierta la puerta de su oficina particular.

—Entre, señorita Hunter. —Y volviéndose a mí, continuó en el mismo tono de voz, cual si prosiguiera la frase—: Dentro de cinco minutos lo llamaré. Aguarde.

Poco después, sonó el timbre del teléfono de Elsie Brand. Ella interrumpió su tecleo, tomó el receptor y dijo:

—Muy bien. —Volvió a colgar el receptor y ordenó—: Entre.

Y antes de que me pusiera en pie, volvió a teclear.

Abrí la puerta del despacho particular. La señora Cool rebosaba en el ancho sillón. Estaba inclinada sobre la mesa y apoyada de codos en ella. Cuando entraba oí que decía:

—… No, querida, poco me importa lo que mienta usted. Antes o después averiguaremos la verdad. Y cuanto más nos cueste, más dinero cobramos. Le presento a Donald Lam. La señora Hunter. El señor Lam lleva poco tiempo conmigo, pero tiene condiciones. Trabajará en su caso y yo vigilaré lo que haga.

Incliné la cabeza para saludar a la joven, que me sonrió

preocupada. Al parecer, titubeaba con respecto a algo importante.

La señora Cool continuaba con los codos apoyados en la mesa, con la inmovilidad que caracteriza a las personas gruesas. Los que son flacos no cesan de hacer movimientos repentinos, para aliviar la excitación nerviosa que sienten. La señora Cool, seguramente, no tenía ni siquiera cosquillas. En cuanto se sentaba estaba instalada de un modo definitivo. Y tenía la majestad de una montaña con pico cubierto de nieve, así como el aplomo de una apisonadora.

—Siéntese, Donald —dijo.

Obedecí, demostrando interés profesional por el perfil de la señorita Hunter. Tenía la nariz larga y recta, la barbilla fina, la boca deliciosamente formada, la frente muy suave y rodeada por el cabello rizado y castaño, y al parecer, estaba muy preocupada, cosa que le impedía notar cuanto la rodeaba.

—¿Ha leído usted el periódico, Donald? —me preguntó la señora Cool.

Afirmé inclinando la cabeza.

—¿Acerca de Morgan Birks?

—Algo —contesté, fascinado por la abstracción de la señorita Hunter—. ¿No es ese individuo condenado por el tribunal por el escándalo de las máquinas tragaperras?

—No hubo ningún escándalo acerca de eso —contestó la señora Cool—. Habían instalado una serie de máquinas tragaperras ilegales, donde más negocio podían hacer, como es natural, y había algún soborno entre los policías. Morgan se encargaba de pagarles. El tribunal no lo acusó de nada. Simplemente lo citó como testigo, porque no tienen indicios suficientes para condenarlo. Pero él no acudió. Y ahora andan buscándolo. Creo que hay un auto de prisión contra él. Eso es todo. Si lo cogen, quizá le busquen las cosquillas por lo de la policía. Pero si no lo encuentran, no podrán acusarlo de nada. Y no comprendo que alguien quiera dar a eso las proporciones de un escándalo.

—Me limité a repetir lo que dice el periódico —contesté.

—No lo haga, Donald. Es una mala costumbre.

—Bueno, ¿y qué pasa con ese Morgan Birks? —pregunté, ya que la señora Hunter seguía preocupada.

—Morgan Birks está casado —dijo la señora Cool—. Su esposa se llama… —Se volvió a la señorita Hunter, diciéndole—:

Permítame consultar esos papeles, querida señorita. —Pero tuvo que repetir sus palabras antes de que la interpelada las oyese, abriera el bolso y sacando de él unos documentos de aspecto legal, los ofreciera a la señora Cool. Ésta, después de consultarlos, reanudó la explicación que estaba dando—… Sandra Birks. Ella quiere divorciarse y desea aprovecharse de la situación de su marido, porque le parece el momento más apropiado para lograr su objeto. Pero existe el inconveniente de que no puede dar con su marido para entregarle la citación.

—¿No está clasificado ya como fugitivo de la justicia? —pregunté.

—No sé cuánta justicia pueda haber en eso —replicó ella—. Pero no hay duda de que es fugitivo de algo, y que nadie lo encuentra.

—¿Qué debo hacer? —pregunté.

—Encontrarlo —contestó ella, tendiéndome aquellos documentos.

Los tomé y vi que entre ellos figuraba una citación para que Morgan Birks compareciese a declarar en la petición de divorcio de su mujer.

—Para entregar esa citación —explicó la señora Cool— no es preciso ser agente de la autoridad. Cualquier ciudadano de los Estados Unidos, de más de veintiún años, y que no sea una de las partes, puede encargarse de eso. Procure encontrar a Birks y entréguele esa citación. En cuanto lo haya hallado, muéstrele estos documentos y vuelva aquí para aclarar oficialmente que ha cumplido este encargo.

—¿Y cómo lo encontraré? —pregunté.

—Me parece que podré ayudarlo —dijo la señorita Hunter.

—¿Y en cuanto yo lo haya encontrado? —pregunté a la señora Cool—. Tal vez él se enoje…

—Claro que sí —replicó la señorita Hunter—. Eso es lo que temo. Quizá sea capaz de agredirlo, señor Lam. Morgan es…

—¡Caramba, Donald! Eso es cuenta de usted —observó la señora Cool con la mayor naturalidad—. ¿Qué demonio quiere que hagamos nosotras? ¿Acompañarlo para ocultarse detrás de nuestras faldas, cuando le haya entregado esos documentos?

Me resigné a que me despidiera antes o después. Y como esto podía ocurrir de seguro inmediatamente, repliqué:

—Tan sólo le pedía noticias.

—Ya se las han dado.

—No, señora —dije—. Y por si le interesa, no me gusta su modo de hacerlo.

—No me interesa —replicó mientras abría la pitillera que había en la mesa—. ¿Quiere fumar, señorita Hunter? ¿Cómo se llama usted, querida? Me cuesta mucho recordar los nombres de pila.

—Alma.

—¿Quiere fumar, Alma?

—No, gracias. Ahora no.

La señora Cool tomó un fósforo, lo frotó en la parte inferior de la mesa y añadió:

—Como decía, Donald, encontrará usted a Birks y le entregará esos documentos. Alma le ayudará a encontrarlo… ¡Ah, sí! Desde luego, querrá usted saber que tiene que ver Alma en este asunto. Es amiga de la esposa… ¿o tal vez pariente?

—Nada más que amiga —contestó Alma Hunter—. Sandra y yo vivíamos juntas antes de que contrajera matrimonio.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó la señora Cool.

—Dos años atrás.

—¿Dónde vive usted ahora?

—Con Sandra. Tiene un piso con dos dormitorios. Vivo con ella. En breve llegará su hermano del Este. Morgan Birks se ha alejado del domicilio conyugal y…

—Supongo que conoce usted a Morgan —insinuó la señora Cool.

—No —contestó Alma Hunter, con excesiva rapidez—. Nunca me gustó la idea de conocerlo. Gracias a Sandra sé algunos detalles de él. Y si me lo permite, preferiría no hablar de eso.

—Se lo permito —replicó la señora Cool—. Y si se refiere usted a hechos que no tienen relación con el caso, me importa un pito. En cambio, si nos interesan, ya los averiguaré a razón de tantos dólares por día, de manera que puede usted hacer lo que quiera. Usted misma fijará la cuenta, querida.

Alma Hunter sonrió levemente.

—Y no haga caso de mi modo de hablar —añadió la señora Cool —, porque me gustan las palabrotas, los trajes anchos y la libertad de expresar las ideas. Quiero estar cómoda, porque la Naturaleza me destinó a estar gorda. Me pasé diez años comiendo ensaladas,

bebiendo leche desnatada y comiendo tostadas. Llevaba unos cinturones que me ahogaban, y una serie de prendas que no me dejaban suspirar y además me pasaba largas horas pesándome en traje de baño. ¿Y para qué hice eso? Pues simplemente, para pescar un marido.

—¿Y lo consiguió? —preguntó Alma Hunter, interesada.

—Sí.

La señorita Hunter guardó un discreto silencio y la señora Cool se resintió de él.

—Pero no me sirvió de nada —dijo—. Aunque en definitiva no es este el momento más apropiado para hablar de mi vida privada.

—Dispense —dijo la señorita Hunter—. No quise ser indiscreta, sino que me interesó. Tengo mis propios problemas y no me gusta oír hablar mal del matrimonio. Creo que cuando una mujer se esfuerza en alcanzar el éxito en el matrimonio, puede hacer tan atractivo el hogar, que el marido no sienta deseos de alejarse. Después de dos…

—¿Y por qué demonio una mujer se ha de preocupar en hacer eso por un hombre? —interrumpió Berta Cool, sin levantar la voz—. ¡Dios mío! Al cabo, los hombres no son dueños del mundo.

—¡Pero el mundo es el lugar en que ha de vivir una mujer! —contestó Alma Hunter—. Es una parte de la estructura biológica.

Berta Cool la miró por encima de sus gafas.

—Si quiere hablar de impulsos biológicos, hágalo con Donald, porque está enterado de cómo se hacen el amor los microbios.

—Los hombres no son microbios —replicó Alma Hunter.

Berta Cool dio un suspiro que hizo temblequear sus carnes.

—Mi matrimonio es la única cosa del mundo que me pone fuera de sí. Algún día, Donald, se enterará por otro de que me conduje muy mal y de que traté pésimamente a mi marido. Tal vez, por mi parte, le relataré esa historia, aunque no en horas de oficina, a no ser que lo haga en las horas dedicadas a usted, querida mía… pero ¡por Dios!, no se case con la idea de poner a un hombre en un pedestal y humillarse a sus pies para quitarle el polvo de los zapatos. Si hace usted eso, un día cualquiera una muchachita insignificante, de grandes ojos azules, mirará a su marido y entonces podrá usted convencerse de que ocupa el lugar que ha elegido por sí misma, es decir, que se verá convertida en una

fregona, que tendrá las manos ásperas, la cara desfigurada y las rodillas con callos. Yo sé que usted se dice ahora que su marido no será así, pero me consta que todos son iguales.

—Señora Cool…

—Bueno, si quiere detalles, oiga lo que me ocurrió. Y usted, Donald, escúcheme también, porque le conviene enterarse.

—A mí no me importa —contesté—. Si de mí dependiese, podría usted…

—¡Cállese! —replicó—. Soy su jefe y no me interrumpa cuando hablo. —Se volvió a Alma y le dijo—: Quítese cuanto antes de la cabeza esas ideas acerca de los maridos, porque de lo contrario, será una desgraciada toda la vida. Mi marido era uno del montón, como todos. Yo continué en mi ilusión hasta después de la luna de miel y entonces empecé a mirarlo a través de la mesa del almuerzo, preguntándome qué demonio obtenía yo a cambio de lo que daba. Él comía melocotones, nata, un cuenco de harina de avena, con mucha mantequilla, jamón y huevos, café con leche, con dos cucharadas de azúcar y así sucesivamente. Y comía todo eso en mi presencia, sin darme nada. Yo estaba sentada frente a él, muerta de hambre, y comiendo pan seco para que me durase más.

»Llegó un día en que me dijo que había de emprender un viaje a Chicago, para negocios. Sospeché que mentía y lo hice seguir por un detective. Se llevó a su secretaria y se dirigió a Atlantic City. Recibí la noticia por teléfono, el lunes por la mañana, cuando los dos estaban sentados para almorzar.

—¿Y se divorció usted de él? —preguntó Alma Hunter, con ojos centelleantes.

—¡Y un cuerno! —replicó la señora Cool—. ¿Para qué había de divorciarme de aquel gusano? Él representaba mi comida. Me limité a decirle. «Mira, Henry Cool, bien está que te lleves a esta rubia oxigenada a Atlantic City para pasar el fin de semana. Y no me parece mal tu pretensión de que llegue a gustarme. Pero yo voy a comer lo que me dé la gana, hasta que te guste». Empecé, pues, a servirme grandes cantidades de todos los requisitos que había en la mesa, sin privarme de nada, y comí con el mayor apetito antes de que mi marido se atreviese siquiera a contarme alguna mentira.

—¿Y qué más? —preguntó Alma.

—¡Oh! —replicó mi jefe—. Siguió mintiendo y yo continué

comiendo. A partir de entonces, echamos los cimientos de una buena camaradería. Él continuó manteniéndome, y yo comiendo. Y siguió jugueteando con la secretaria oxigenada, hasta que ella intentó hacerle víctima de un chantaje. Como se comprende, ya no quise aguantar eso, de modo que fui al encuentro de la muy sinvergüenza, le armé un escándalo fenomenal y así logré que se marchara, corrida como una mona. Luego yo misma cuidé de escoger una secretaria para mi marido.

—Seguramente buscó usted a una que no pudiese hacerle víctima de sus tentaciones —observó Alma Hunter, sonriendo.

—Nada de eso —contestó la señora Cool—. Yo, en aquella época, estaba ya muy gruesa y me pareció justo que Henry se divirtiese algún rato. Le escogí, pues, a una muchacha muy bonita, a quien ya conocía desde tres años atrás. Y como sabía muchas cosas acerca de ella, estaba segura de que ni siquiera intentaría hacerle víctima de un chantaje. Y le juro a usted, querida mía, que aún ahora ignoro si Henry llegó a tener algo con ella, aunque supongo que sí, porque era de esos que no pueden tener las manos quietas cuando ven a una mujer. Pero ella era una secretaria estupenda; y Henry parecía ser feliz. Yo comía todo lo que me daba la gana. Fue un convenio maravilloso… hasta que murió Henry.

Parpadeó y no pude darme cuenta de si aquello había sido un movimiento nervioso o tenía los ojos llenos de lágrimas. De repente volvió a tratar de su negocio.

—Usted desea que se entreguen esos documentos. Y yo me encargo de ellos. ¿Hemos de hablar de algo más?

—Tan sólo de los honorarios —contestó Alma.

—¿Tiene dinero esa Sandra Birks?

—No es rica, pero tiene…

—Deme un cheque de ciento cincuenta dólares —interrumpió la señora Cool—. A mi nombre. Lo mandaré al Banco y si el cheque es bueno, encontraremos a Morgan Birks. Luego le entregaremos los papeles. Si lo encontramos mañana, eso le costará a usted ciento cincuenta dólares. Si tardamos más de siete días, nos pagará veinte dólares diarios, por cada uno de los que excedan de siete. Y en cualquier caso, no le devolveremos un centavo. Hablando con franqueza, si no lo podemos encontrar en siete días, no lo encontraremos ya. Sería una lástima que gastara usted demasiado

dinero en eso, pero debo avisarla.

—Es preciso que lo encuentre usted —dijo Alma—. Es imperativo.

—Oiga, querida. Toda la policía se esfuerza en hallar a ese hombre y yo no le digo a usted que sea imposible, como tampoco afirmo que podremos encontrarlo. Me he limitado a indicarle la manera de no gastar demasiado dinero.

—Pero la policía no cuenta con el auxilio de Sandra y ella…

—¿Debo entender que Sandra sabe dónde está?

—No, pero lo sabe su hermano.

—¿Quién es ése?

—Se llama B. Lee Thoms. Está dispuesto a ayudar a Sandra. Ella ha ido a la estación a recibirlo. Su hermano sabe quién es la amiguita de Morgan, de modo que tal vez por medio de ésta podrían encontrarlo.

—Bien —contestó Berta Cool—. En cuanto me entregue usted el dinero, empezaremos.

—Voy a pagarle en efectivo ahora mismo —dijo Alma mostrando su bolso.

—¿Cómo ha venido usted a encargarme de este asunto?

—El abogado de Sandra nos comunicó que ha logrado usted algunos éxitos y que se encargaba de asuntos que las demás agencias no querían aceptar, como divorcios y cosas por el estilo. Y…

—¿Quién demonio es ese abogado? —interrumpió Berta Cool—. No me he acordado de averiguar su nombre. Donald, entrégueme esos papeles. Pero no. No hay necesidad. Dígame solamente cómo se llama el abogado.

—Sidney Coltas. Tiene su oficina en el Temple Building.

—Nunca había oído hablar de él —comentó la señora Cool—. Pero al parecer me conoce. Sí, en verdad. Yo me dedico a los divorcios, a la política y a lo que sea. Mis ideas acerca de la ética de esos negocios sólo tienen en cuenta el dinero que dan.

—Al parecer, trabajó usted una vez para un amigo del abogado —dijo Alma Hunter.

—Bien. Pero conviene aclarar un punto, querida mía —replicó Berta Cool—. No me encargaré yo misma de entregar esos documentos y no se figure que voy a ir de un lado a otro con ellos

en la mano, en busca de ese individuo. Tengo algunos empleados que se ocupan de estas cosas. Y Donald Lam es uno de ellos.

Se oyó el timbre del teléfono. Ella frunció el ceño y dijo:

—Me gustaría que alguien inventara un bozal para este maldito armatoste, que siempre tiene la habilidad de llamar cuando se dice algo interesante. ¡Diga!… ¡Diga!… ¿Quién es? Sí… ¿Qué quiere usted, Elsie? Bueno, le pongo en comunicación.

Empujó el teléfono hasta la esquina de la mesa y anunció:

—La llaman a usted, Alma. Una mujer. Dice que es urgente.

Alma Hunter tomó el receptor, tragó saliva y clamó:

—¡Diga!

Se oían los repiqueteos del micrófono. Vi cómo se transformaba la expresión del rostro de Alma y dijo:

—¡Dios mío! —Escuchó unos momentos y añadió—: ¿Dónde estás ahora?… Sí… ¿Irás directamente a casa?… Bueno, ya nos veremos allí. Iré lo antes posible… Sí. He encargado este asunto a un detective… No… Ella en persona, no… No trabaja en estos casos… Es… En realidad…

—No le dé vergüenza —contestó Berta Cool—. Dígale que soy muy gorda.

—Bueno… pues… Está muy gruesa —añadió Alma Hunter—. Sí… gruesa… No, es un joven. Bueno, ya lo llevaré conmigo. ¿Cuándo? Espera un momento… —Levantó los ojos y preguntó—: ¿Podrá usted acompañarme ahora mismo? Desde luego, si lo permite la señora Cool.

—Sí —contestó ésta—. Haga usted lo que quiera con él. Póngale un collar y llévelo atado, porque no me importa. Usted lo ha alquilado y es suyo.

—Sí, lo llevaré conmigo —dijo Alma Hunter ante el receptor.

Luego colgó para mirar a la señora Cool. Su voz temblaba ligeramente.

—Hablaba Sandra —anunció—. Fue a recibir a su hermano a la estación, pero, a la salida, otro vehículo se arrojó contra su coche y el hermano salió disparado a través del parabrisas. Ahora los dos se hallan en un hospital de urgencia. Dice que su hermano conoce muy bien a la muchacha con la que Morgan anda por ahí, pero, al parecer, se niega a decir quién es. Cree que será preciso hacer alguna presión sobre su hermano. La ejerceremos…

—Bueno, ya se encargará Donald de eso —dijo Berta Cool—. Puede usted manejarlo como le parezca mejor. Pero recuerde —añadió dirigiéndose a la joven—, que si lo encontramos mañana, le costará ciento cincuenta dólares.

—Comprendido —dijo la señorita Hunter—. Y si quiere, le pagaré ahora mismo.

—Quiero —contestó muy serena Berta Cool.

Alma Hunter abrió el bolso, sacó unos billetes y empezó a contarlos. Mientras lo hacía, examiné las alegaciones de la esposa que pedía el divorcio. Vi que además de citar todos los datos necesarios y de pedir alimentos, en el párrafo en el que se especificaba la causa del divorcio, la esposa alegaba la crueldad. Su marido la había golpeado y en una ocasión la empujó para que se cayera delante de un automóvil, porque ella se mostraba lenta en bajar la acera. La insultó luego, llamándola bruja y otra cosa peor, en presencia de testigos y todo eso había ocasionado a la esposa grave sufrimiento moral e intensa angustia física.

Levanté la mirada y pude notar que Berta Cool me observaba atentamente con sus ojos grises. En la carpeta y ante ella estaban los billetes de Banco.

—¿No va usted a contarles? —preguntó Alma Hunter.

—No —contestó la señora Cool. Metió los billetes en el cajón, tomó el teléfono y dijo a Elsie Brand—: Cuando salga Alma Hunter dele un recibo a nombre de Sandra Birks, por ciento cincuenta dólares. —Colgó el receptor y dijo a Alma Hunter—: Nada más.

La joven se puso en pie y me miró. Salimos juntos de la oficina. Elsie Brand tenía ya el recibo preparado. Lo arrancó del talonario, lo entregó a mi compañera y volvió a dedicar su atención a la máquina de escribir.

Alma Hunter me miró cuando salíamos por el pasillo en dirección al ascensor.

—Deseo hablar con usted —dijo.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Ahora procure comprenderme. Me doy cuenta de lo que piensa. Después de lo que ha dicho la señora Cool acerca de que yo lo he alquilado, sin duda se sentirá un *gigoló* o un perrillo.

—Gracias —dije.

—Sandra me dijo que el doctor emplearía casi una hora en

poner parches a su hermano y que hasta entonces no volvería a su casa.

—De modo que usted ha decidido emplear esa hora hablando conmigo.

—Sí.

Centelleó de rojo la luz indicadora del ascensor.

—¿Es demasiado temprano para almorzar? —preguntó.

Pensé en mi almuerzo de veinticinco centavos y cuando la seguía al ascensor, contesté:

—No.

capítulo tres

PENETRAMOS en un apacible y pequeño restaurante de una calle lateral, regentado por una gruesa alemana. Yo desconocía aquel local, pero Alma Hunter me dijo que Sandra había comido allí durante cinco o seis meses. Nos sirvieron platos excelentes.

—Ahora dígame cuánto tiempo lleva trabajando usted ahí.

—¿En la agencia de detectives?

—Desde luego.

—Cosa de tres horas —contesté.

—Ya me lo figuraba. ¿Y ha pasado usted algún tiempo sin trabajo?

—Sí.

—¿Y cómo se explica que un hombre como usted haya decidido convertirse en… es decir… qué experiencia tiene usted…? Aunque tal vez sería mejor que no le preguntase eso…

—Sería mejor —repliqué.

—Ahora voy a darle algún dinero para que pague el *lunch*. Haremos eso cuantas veces comamos juntos, porque no quiero que pase un mal rato haciéndose el distraído mientras yo pago la cuenta. Como hombre que es, naturalmente le sabría mal…

—No se preocupe por mí —contesté sonriendo—. El orgullo que pudiera haber tenido, ya me lo han quitado a puntapiés. Por sí misma lo habrá observado.

—No debiera usted decir eso —contestó dolorida.

—¿Se ha visto usted —le pregunté—, alguna vez por las calles, hambrienta sin atreverse a hablar a nadie, porque sus conocidos la rechazarían y los desconocidos la mirarían como si quisiera pedir limosna? ¿Se ha visto condenada, sin que la escuchasen siquiera?

—Me parece que no —contestó.

—Pues pruébelo, porque es muy conveniente para el orgullo.

—A pesar de todo, no debe usted desalentarse.

—¡Oh, desde luego, no hay cuidado! —le aseguré cortésmente.

—Ahora habla usted con sarcasmo —replicó—. No creo, señor, pero voy a llamarle Donald. Usted llámeme Alma. Cuando dos personas están interesadas en un asunto, como nos ocurre a nosotros, me parece una tontería andarse con cumplidos.

—Ante todo, háblame usted del asunto que nos interesa —rogué.

En sus ojos apareció una expresión rara, quizá de súplica, de soledad o de miedo.

—Dígame, Donald, y sea sincero. Usted no tiene ninguna práctica como detective, ¿no es verdad?

Vertí en la taza las últimas gotas de café de la cafetera y contesté:

—Hace un día hermosísimo.

—Eso es lo que me figuraba.

—¿Qué?

—Que hace un día hermosísimo —contestó sonriendo.

—Eso indica que estamos de acuerdo —observé.

—No quise herir sus sentimientos, Donald.

—No podría aunque quisiera.

—Deseo que me ayude usted, Donald.

—Ya ha oído a la señora Cool. Es decir, que puede ponerme un collar y llevarme atado como un perro, si así le parece bien.

—Por favor, Donald, no sea así. Comprendo muy bien lo que ha podido pensar, pero no me guarde mala voluntad, porque yo no tengo ninguna culpa.

—No me he propuesto tal cosa. Me limito a decirle que estamos tratando de un asunto de negocios.

—Pues yo quiero darle carácter personal. Ha sido usted contratado para entregar unos documentos a Morgan Birks, pero es preciso que se haga cargo de multitud de detalles con respecto a ese caso. Y… además, quisiera que me ayudase un poco.

—Adelante —contesté—. Usted manda.

—Desde luego —replicó—, Morgan está metido hasta las orejas en ese negocio de las máquinas tragaperras. Es un asunto sucio. Ha habido soborno, fraude y corrupción. Esas máquinas estaban ajustadas de manera que el público no ganase casi nunca. Claro está que era preciso que no se investigara. Y Morgan era el encargado de

cuidar de la policía. Además, los dueños de los locales donde estaban instaladas las máquinas habían de obtener un beneficio considerable.

—Por ahora no observo nada de extraordinario —le dije.

—No lo sé —contestó—. Es el primer caso en que advierto algo de esa naturaleza. Me escandalizó saberlo y… Sandra ha cambiado mucho.

—¿Desde cuándo?

—De dos años acá.

—¿Desde que se casó?

—Sí.

—¿Y conocía usted a Morgan Birks antes de su matrimonio?

—No, no lo he visto en mi vida. Al parecer, no le soy simpática.

—¿Por qué?

—Seguramente Sandra se valió de mí para echarle algunas cosas en cara. Después de su matrimonio, ella me escribió largas cartas. Es preciso añadir que mi amiga se casó cuando estaba de vacaciones. Por espacio de tres años estuvo haciendo economías para hacer un viaje a Honolulu. En el barco conoció a Morgan. Y se casaron en Honolulu, de modo que ella, por telégrafo, dimitió su empleo.

—¿De qué clase? ¿Qué hay de particular en la conducta de su amiga?

—¡Oh!, con respecto a los hombres. Morgan tiene ideas muy anticuadas y creo que es muy celoso. Al parecer, acusa a Sandra de exhibirse demasiado.

—¿Y es verdad?

—De ningún modo. Sandra es una muchacha franca y moderna, y bueno, lo cierto es que no siente ninguna modestia anticuada con respecto a su propio cuerpo.

—¿Sabía Morgan Birks todo esto antes de casarse?

—A los hombres —contestó ella sonriendo—, les gusta que las mujeres sean modernas para con ellos, pero se disgustan si se conducen así con otros.

—¿Y Sandra le daba a usted la culpa? —pregunté.

—No, pero sospecho que lo hacía Morgan Birks. Él estaba persuadido de que alguien había minado los sentimientos de Sandra con respecto… bueno, acerca de esas cosas; y como Sandra vivía

conmigo antes de casarse, Morgan creyó que la culpa era mía.

—¿Y cómo ha cambiado Sandra?

—No sé. Se ha convertido en una mujer dura, recelosa, astuta y calculadora. Cuando le mira a uno se tiene la sensación de que se oculta detrás de sus propios ojos.

—¿Y cuándo notó usted eso?

—Así que la vi de nuevo.

—¿Cuándo fue?

—En el momento de ocurrir este suceso, o sea una semana atrás. Me escribió rogándome que fuese a vivir unos días con ella.

—¿Trabaja usted? —pregunté.

—Ahora no. Abandoné mi empleo para venir aquí, atendiendo el llamamiento de mi amiga.

—¿Y le parece a usted haber hecho bien?

—Ella me aseguró que podría encontrar otro empleo aquí.

—¿Y dónde estuvo usted trabajando?

—En Kansas City.

—¿Conoció allí a Sandra y vivió también en su compañía?

—No. Sandra y yo vivíamos juntas en la Ciudad del Lago Salado. Ella conoció a Morgan en su viaje a Honolulu y ya no regresó ni siquiera para recoger sus cosas. Yo se las mandé a Kansas City. Poco después Morgan se trasladó aquí; y yo me dirigí al Este y obtuve el empleo de Kansas City, pero cuando llegué, Morgan se había marchado ya o, por lo menos, así lo creo. No volví a ver a Sandra. En cuanto a Morgan, es uno de esos hombres que se dirige a una ciudad, vive algún tiempo en ella y luego se va echado a puntapiés. Es decir, se le ponen las cosas mal, como le ha ocurrido aquí mismo, aunque en este caso se trata de algo más grave.

La corpulenta alemana se acercó, sonriente, a preguntar si queríamos más café. Alma contestó negativamente, pero yo dije que sí. La alemana se llevó la cafetera para llenarla y, volviéndome a mi interlocutora le dije:

—Hasta ahora he hablado tanto como usted. Pero si quiere decirme cosas, ¿por qué no lo hace?

—¿Qué desea saber?

—Todo.

—Yo estaba loca por Sandra —replicó Alma—. Me parece que aún me sucede lo mismo, pero el matrimonio la ha cambiado

mucho, así como, probablemente, la vida que ha llevado con Morgan Birks. —Sonrió nerviosamente y añadió—: Supongo que usted se figurará ya el asunto. Morgan me censura por las cosas que le disgustan de Sandra y yo sostengo que Morgan es el responsable del cambio de mi amiga…

—¡Por Dios! —exclamé—. ¡Dígame la verdad! ¿Qué le pasa a Sandra? ¿Acaso su conducta…?

—Aunque no fuese correcta, no sería posible censurarla —dijo Alma con algún calor—. Morgan no le ha sido nunca fiel. A los pocos meses de matrimonio ella descubrió que tenía una amante. Él siempre ha sido igual.

—¿Con la misma muchacha? —pregunté.

—No, sería incapaz de guardar fidelidad ni siquiera a una querida.

—De acuerdo con las ideas de usted —repliqué—, tal vez Sandra no habrá sabido hacerle agradable el hogar, y…

—No sea usted así, Donald. Ahora cállese.

La alemana volvió con el café.

—Ya me he callado —dije—, pero ahora hable usted por mí.

—Morgan rodeó a Sandra de una serie de tipos desagradables —añadió—. Él se trata con jugadores, gente de mal vivir y a veces algún político y deseaba que Sandra colaborase con él en sus negocios sucios. Con frecuencia le decía: «Mujer, no seas tan seria. A ver si consigues entusiasmar a ese individuo. Deseo que le gustes, porque es muy importante para mí». De modo que utilizaba a Sandra como espejuelo para cazar incautos.

—Bueno —dije—; ella es amiga suya y se comprende que no la acuse de nada. Sería inútil discutir. Cuénteme, pues, todo lo demás.

—¿Qué?

—Lo que le preocupa a usted.

—Me parece que ella se ha apoderado de algún dinero de su marido.

—¿Cómo?

—Es dinero que él tenía destinado a sus sobornos. Tengo entendido que hubo algunas arcas de alquiler a nombre de mi amiga o tal vez a un nombre supuesto que adoptara ella. Morgan se lo dio a guardar, dinero que, como ya he dicho, estaba destinado a corromper y sobornar. No lo sé a punto fijo, pero lo cierto es que

Sandra no quiere devolvérselo.

—Bien —dije—, resulta que su amiga quiere ganar siempre.

—Supongo que no podrá usted censurárselo —observó Alma Hunter.

—No lo sé aún.

—Bueno, ya me he esforzado en decirle a usted lo que temo.

—¿Qué?

—Todo.

—¿A Morgan Birks?

—Sí.

—¿Sabe usted si Sandra le tiene miedo?

—No, y por eso me preocupa, porque opino que, en efecto, debería estar asustada.

—¿Ha leído usted la petición de divorcio?

—Sí.

—¿Se ha fijado en que su amiga se esfuerza en quedarse con todo lo que pueda? Por ejemplo, desea cobrar el seguro de vida, que se le otorgue la posesión de todos los muebles, que su marido le pase alimentos, le pague los gastos de abogado y algunas cosas más, que no recuerdo.

—Así lo consignó el abogado. Ellos siempre hacen lo mismo.

—¿Eso es lo que le ha dicho Sandra?

—Sí.

—¿Y que desea usted que haga yo?

—Desde luego, cuando Sandra quiere luchar, lo hace —dijo Alma—. Siempre ha sido así. Una noche, uno de sus amigos no se quiso ir de su casa y se puso tonto. Y Sandra estuvo a punto de darle con uno de sus palos de golf. Era muy capaz de haberlo hecho.

—¿Quién lo impidió?

—Yo.

—¿Y qué fue de ese muchacho?

—Se asustó. Por fin lo convencí de que se fuera a su casa. No era un amigo, sino, simplemente, un conocido.

—Bueno. Prosiga.

—Sandra obra como si quisiera ocultarme algo y temo que sea así. Me figuro que quiere aprovecharse a costa de su marido. No sé cómo ni cuándo, pero me gustaría mucho averiguarlo y que usted lograse que se condujera de un modo más razonable.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y usted no querría algo? —pregunté.

—No —contestó, después de dirigirme una larga mirada.

—Como quiera —dije después de tomar el café—. Sin duda cree que soy un niño extraviado en el bosque, en quien no se puede confiar después de oscurecido. Si yo le hubiese dicho que llevaba tres años de detective, me habría contado sus apuros. Ahora, en cambio, no se fía de mí.

Ella pareció dispuesta a replicar algo, pero se contuvo.

—Bueno, pague la cuenta —mandó—, y vamos en busca del hermano para ver que tiene que decir.

—¿Y no descubrirá usted a nadie lo que acabo de contarle?

—Me parece que no me ha dicho nada.

—¿Cómo se llama ese hermano?

—Thoms.

—¿Y su nombre de pila?

—Me parece no haberlo oído nunca. Se llama B. Lee Thoms. Así firma. Sandra lo llama Bleatie.

—Pues vamos a ver a Bleatie —dije, llamando con un gesto a la alemana para que nos trajera la cuenta.

capítulo cuatro

SI Alma Hunter tenía llave del piso, no la utilizó. Detúvose ante la puerta y oprimió con su mano enguantada el botón eléctrico que había en la jamba. Abrió la puerta una mujer joven, que se quedó mirándonos. Tendría cerca de treinta años. Su cintura era estrecha, pero tenía curvas en el resto del cuerpo y el traje las ponía de manifiesto. El cabello era negro, los ojos grandes, oscuros y expresivos. Sus pómulos aparecían acentuados y los labios eran carnosos y rojos. Dejó de mirar a Alma para estudiarme como si yo fuese un caballo comprado en la feria, en el momento de ser llevado a su nueva cuadra.

—Este señor es Donald Lam, Sandra —dijo la joven—. Trabaja en la agencia de Berta Cool. Y ahora buscará y encontrará a Morgan para entregarle esos documentos. Cuéntame lo del accidente. ¿Ha sido muy grave?

—No tiene usted aspecto de detective —dijo Sandra, mirándome muy sorprendida y ofreciéndome la mano.

Pero no se limitó a extenderla, ni en realidad estrechó la mía, sino que me la ofreció como si me entregase una parte cualquiera de su cuerpo. Mientras la estrechaba se rindió a mi presión. Y contesté:

—Hago todo lo que puedo para tener aspecto de inocente.

—Me alegro mucho de que haya venido, señor Lam —exclamó riéndose, algo nerviosa—. Es absolutamente preciso encontrar cuanto antes a Morgan. Supongo que ya habrá comprendido la razón. Entre.

Me hice a un lado para dejar pasar a Alma. Era una estancia espaciosa, en cuyo techo había unas vigas oscuras. Delante de las ventanas vi unas cortinas gruesas y el suelo estaba cubierto de blandas alfombras. Vi también algunos sillones, muy cómodos,

varios paquetes de cigarrillos y ceniceros al alcance de la mano.

Aquel lugar apestaba, dando la sensación de que se había llevado allí una vida intensa, sensual y cálida.

—Archie está aquí —dijo Sandra Birks—. Por suerte lo pude pescar… Creo que no conoces a Archie, ¿verdad, Alma?

—¿Archie? —repitió la joven extrañada.

—Archie Holoman. Sí, mujer, el doctor Holoman. Cuando me casé, él obtuvo el título. Trabaja en el hospital y aunque no hace visitas particulares, tratándose de Bleatie, el caso es distinto. Forma parte de la familia.

Al fijarme en la sonrisa y en el movimiento de cabeza de Alma, comprendí que nunca había oído hablar de Archie y me di cuenta de que Sandra conocía el truco de sacar a relucir a sus amigos íntimos, del mismo modo como un prestidigitador saca conejos de un sombrero de copa.

—Haga el favor de sentarse —me dijo Sandra Birks—. Voy a ver si Bleatie puede hablar. Ha sido horrible. Aquel automóvil dio la vuelta a la esquina y se arrojó contra mí antes de que pudiera apartarme. Bleatie jura que el conductor lo hizo adrede. Era un automóvil viejo y grande, pero se apresuró a escapar. Yo no solté un momento el volante. Bleatie dio un salto y atravesó el parabrisas. El médico asegura que se ha roto la nariz. Al telefonearte, Alma, aún no sabía tal cosa. Siéntese, señor Lam. Busque un sillón cómodo, extienda el cuerpo y fume un cigarrillo. Yo deseo hablar con Alma un minuto.

Me dejé caer en el sillón, puse los pies en una otomana, encendí un cigarrillo y empecé a despedir columnas de humo al techo. Berta Cool cobraba veinte dólares diarios por mi tiempo, y yo tenía el estómago lleno.

Oí algunos movimientos en un dormitorio cercano, el rumor de una voz masculina y luego un chirrido, como si alguien rompiese una cinta de esparadrapo. Noté que Sandra Birks hablaba rápidamente y en voz baja. A veces Alma la interrumpía con una pregunta. Regresaron poco después y la señora Birks me dijo:

—Deseo que vaya usted a hablar con mi hermano.

Hice una bola con mi cigarrillo y las seguí al dormitorio. Un individuo joven, de rostro triangular, ancho en la frente y en los ojos y que terminaba en una barbilla puntiaguda y débil, se

ocupaba en poner vendajes con habilidad profesional. En la cama, estaba tendido un hombre que en voz baja profería maldiciones. Tenía la nariz rodeada de tablillas, vendas y esparadrapo. Llevaba el cabello negro y largo, dividido en el centro de la cabeza y colgante a cada lado. En la coronilla tenía un círculo de cinco centímetros completamente calvo. El esparadrapo, que desde la nariz radiaba en todas direcciones, daba la impresión de que sus ojos miraban a través de una telaraña.

Tenía un cuerpo más fornido del que se creyera al observar su rostro. Su estómago era prominente y sus manos eran pequeñas y los dedos largos y huesudos. Juzgué que tendría cinco o seis años más que Alma.

—Éste —dijo Sandra Birks— es el hombre que se encargará de entregar los documentos a Morgan, Bleatie.

Él me dirigió una mirada desconcertante con sus ojos verdes, de gato, que asomaban a cada lado de su nariz vendada.

—¡Caray! —exclamó—. ¿Cómo se llama?

—Donald Lam —le contesté.

—Deseo hablar con usted —dijo.

—Ya sabes que el tiempo es precioso —observó Sandra—. Morgan es capaz de estar a punto de salir del país.

—No se marchará sin que yo lo sepa —contestó Bleatie—. Oiga, doctor, ¿ha terminado ya?

El joven médico ladeó la cabeza como un escultor que examinara una obra terminada.

—Por ahora ya está —dijo—, pero procure no hacer movimientos bruscos ni excitarse, porque la hipertensión sanguínea podría ocasionarle una hemorragia. Por espacio de tres o cuatro días habrá de tomar un laxante suave. Cada cuatro horas convendrá que examine su temperatura, y si tiene fiebre, llámeme en seguida.

—Bueno —dijo Bleatie—. Ahora salgan todos, porque quiero decir algo a Lam. Vete, Sandra, y salga usted también, Alma. Tomen una copa, pero márchense.

Salieron todos como gallinas expulsadas de un sendero. Ante aquella personalidad dominante, el doctor perdió sus maneras y salió con los demás.

En cuanto se hubo cerrado la puerta, los ojos verdes de Bleatie volvieron a mirarme.

—¿Está usted con algún abogado? —preguntó.

Al principio me fue bastante difícil comprender sus palabras, pues hablaba como hombre que se hubiera puesto una servilleta delante de la nariz.

—No —le contesté—. Estoy empleado en una oficina de investigaciones.

—¿Conoce usted bien a Sandra? —preguntó con recelo, en aquel momento incomprensible para mí.

—Hace cinco minutos la he visto por vez primera en mi vida.

—¿Y qué sabe de ella?

—Nada, aparte lo que me contó la señorita Hunter.

—¿Qué le contó?

—Nada.

—Es mi hermana —contestó Bleatie—. Y, naturalmente, debería estar a su lado, aunque bien sabe Dios que tiene sus faltas, que en el caso actual son algo muy importante. Si me pregunta usted la verdad, le diré que ha tratado muy mal a su pobre marido. En cuanto ve unos pantalones, ya no es mujer de fiar. No está contenta si no tiene a media docena que le hagan la rosca para divertirse azuzando a uno contra otro. Y aunque está casada, el matrimonio no ha servido para contenerla. Sigue su camino y hace lo que la da la gana.

—Ahora pasa igual con todas —contesté.

—Me parece que la defiende usted demasiado, teniendo en cuenta que apenas la conoce desde hace cinco minutos —observó.

Yo guardé silencio.

—¿Está seguro de que no me cuenta una mentira?

—No estoy acostumbrado a mentir —repliqué—, y no me gusta que los individuos con la nariz rota me acusen de embustero.

Sonrió y pude ver cómo se contraían los músculos de las mejillas y se entornaban los párpados.

—Eso sería abusar de mi situación, ¿verdad?

—Sí, señor, porque, como es natural, yo no podría pegar a un hombre que tuviese la nariz rota.

—¡Hombre, no me lo explico! Yo no vacilaría.

—Supongo que, en efecto, no vacilaría usted.

—Si un hombre tiene la nariz rota —añadió— es más vulnerable todavía. Cuando me veo obligado a luchar, no me preocupa ganar

por puntos, sino que busco la manera de derribar a mi contrario y le pego todo lo que puedo, porque cuanto más pronto lo consigo más contento estoy. Y usted, puesto que tiene estos escrúpulos, da muestras de ser bastante tonto.

Aunque me hubiera gustado hacer un comentario, me abstuve.

—De modo —dijo después de corto silencio— que Sandra quiere divorciarse.

—Así parece.

—Se podrá decir mucho en favor de Morgan. ¿No se le ha ocurrido nunca pensar en ello?

—Yo no tengo otra misión que la de entregar estos documentos —dije—, de modo que ya cuidará él de defenderse ante el tribunal.

—¡Y un cuerno! —exclamó Bleatie impaciente—. ¿Cómo demonio va a presentarse ante el tribunal? Es un fugitivo de la justicia. Si lo cogieran, capaces serían de abrirlo en canal. Pero, en fin, ¿para qué todo eso? ¿No podría Sandra publicar esos documentos en el Boletín Oficial?

—Sería muy largo, seguramente ineficaz y, por otra parte, ella quiere que el asunto se vea ante el tribunal para obtener que su marido le pase alimentos.

—¿Ah, sí? Me figuré haber oído que no es usted abogado.

—No lo soy, pero ella ha contratado a uno —repliqué—. Yo no tengo otra misión que la de entregar esos papeles.

—¿Los tiene usted aquí?

—Sí.

—Pues veámoslos.

Le entregué los documentos, pero él quiso incorporarse, y me dijo:

—Haga el favor de pasarme el brazo por detrás de los hombros y ayúdeme a sentarme. Ahora póngame la almohada detrás. Quizá me considerará un mal hermano, pero nuestra familia es algo rara. En fin, si he de hablarle con franqueza, me importa un pito lo que pueda usted pensar.

—No me pagan para pensar —contesté—, sino por entregar unos documentos. Por lo tanto, tampoco me importa un pito lo que piensa usted.

—Así me gusta. Ante todo, la franqueza. Siéntese y no me interrumpa por espacio de un minuto.

Tomó los documentos, examinó la situación y leyó las quejas de la esposa con la laboriosa atención de un lego que no está familiarizado con el lenguaje de los documentos legales y que se enreda con los considerandos, resultados, infrascritos y toda la fraseología empleada en estos casos. Al terminar dobló los papeles y me los devolvió. Estaba pensativo y había entornado los párpados.

—Así, pues, desea una sentencia del tribunal, que le otorgue la custodia del contenido de todas las arcas de alquiler, ¿no es eso?

—Yo no sé más sino lo que contienen esos papeles —contesté—. Ya los ha leído usted y, por consiguiente, sabe tanto como yo.

—Observo que es usted muy cazurro.

—Me pagan por entregar esos documentos —dije—. ¿Por qué no habla con su hermana, si quiere conocer sus intenciones?

—No se apure, porque lo haré —dijo.

—¿Sabe dónde está su marido? —pregunté.

—Conozco a la querida de Morgan —contestó—. Es una muchacha estupenda.

—La señora Birks podría haberle obligado a comparecer ante el tribunal, pero se ha abstenido —declaré.

Se echó a reír de un modo desagradable.

—No creo que le sirva de cosa alguna —replicó—. Y si no es usted capaz de conocer a Sandra de una sola mirada, es que Dios no le ha dado el talento de comprender a las mujeres.

Como hablaba de su hermana, no contesté.

—Si algún día le dejan a usted a solas con ella, en un cuarto, por espacio de diez minutos, tardará muy poco en hacerle cucamonas. De seguro. No, no se escandalice usted.

—No me escandalizo.

—Yo le aviso. Somos una familia rara. Desde luego, no voy contra ella, ni le censuro nada. Que viva su vida y yo viviré la mía. Pero es una mujer astuta, egoísta calculadora. Tiene tanta moralidad como un gato, aunque es muy atractiva, desde luego. Es lista y se vale de ello para obtener lo que desea. ¡Hombre! Me gustaría hablar de todo eso en presencia de usted. Llámela.

Me dirigí a la puerta y dije:

—Señora Birks: su hermano desea hablar con usted. ¿Quiere que me vaya? —pregunté a Bleatie.

—No, no; quédese.

Me dirigí a un extremo de la cama. Entró Sandra y con acento de ansiedad preguntó:

—¿Qué te pasa, Bleatie? ¿Te encuentras bien? El doctor ha dejado un calmante por si te pones nervioso y…

—Mira, no me vengas con arrumacos —dijo Bleatie—. Cuando andas en busca de algo, empiezas a mostrarte cariñosa. Bien sabe Dios que soy tu hermano y te conozco y puedo leer en ti como si fueses un libro abierto. Sé muy bien lo que quieres: que te diga el nombre de esa muchacha que se entiende con Morgan y, además, hacer llegar esos documentos a manos de tu marido. Quieres divorciarte de él y recobrar la libertad, para casarte con tu último enamorado. ¿Quién es? ¿Ese medicucho? Te advierto que me ha inspirado grandes recelos.

—No seas así, Bleatie —exclamó ella, mirándome recelosa—. No hables de ese modo. Acabas de sufrir un choque nervioso muy fuerte, estás trastornado y…

—¡Y un demonio coronado! —interrumpió él—. Cuando no puedes manejar a alguien a tu gusto le dices que está trastornado, que es él… en fin, no te censuro. Y ahora fíjate bien, Sandra. Tú y yo vamos a hablar claro. Somos hermanos y supongo que debo conducirme con lealtad contigo, pero da la casualidad de que también soy amigo de Morgan Birks, y no vayas a figurarte que si él no está aquí ahora, voy a consentir que lo atropelles.

—¿Y quién quiere atropellarlo? —preguntó ella, con los ojos centelleantes—. En mi petición de divorcio le doy todas las ventajas posibles. ¡Dios mío, si hubiese dicho todo lo que sé de él…!

—Habría sido en tu perjuicio —contestó Bleatie—, porque habrías de tener en cuenta las cosas que Morgan podría decir de ti. Fíjate en ti misma, mujer. Eres incapaz de olvidar tu sexo por un solo momento. Me rompo las narices y, en el acto, encuentras a uno de tus galanes a punto, para venir a practicarse a mi costa. Ese médico que me has traído es un mocoso indecente y…

—Cállate, Bleatie —exclamó ella—. Archie Holoman es un joven muy distinguido. Morgan lo conoce. Es amigo de la familia. No hay absolutamente nada entre nosotros.

—De modo que Morgan lo conoce —exclamó riéndose cínicamente—. Y es amigo de la familia… ¿Sabes lo que significa eso? Pues que visita la casa, que da la mano a tu marido, que se

fuma sus cigarros… Y eso lo ha convertido en amigo de la familia, ¿verdad? ¿Por qué no me hablas de las veces que ha venido a verte en ausencia de Morgan?

—Mira, Bleatie —exclamó ella—, si no te callas, voy a hablar yo. No eres ningún angelito y me estás fastidiando con esa actitud propia de quien no ha roto un plato en su vida. Y si estás dispuesto a cubrirme de barro, yo te imitaré. Ésa…

Él levantó la mano y dijo:

—Cuidadito, niña, cuidadito. Voy a decir algo interesante.

—Pues dilo de una vez y cállate luego.

—Voy a darte una oportunidad para encontrar a Morgan —dijo —. Así podrás entregarle esos documentos y seguir adelante con el divorcio. Pero antes quiero asegurarme de que Morgan recibirá un buen trato.

—¿Qué quieres decir?

—Todo ese párrafo que habla de dinero —dijo—, está de más. Cuando conociste a Morgan te ganabas la vida. A partir de entonces has llenado tu nido de plumas. Dios sabe lo que has conseguido atesorar. Pero te conozco y sé que con esos arrumacos habrás arramblado con todo lo que te ha sido posible. Tienes aquí un buen piso, bien amueblado. Supongo que estará pagado, por lo menos, el alquiler de un año. Tienes un armario lleno de ropa buena y, además, seguramente, un grueso fajo de billetes. Con esa ropa, tu figura y tu habilidad en manejar a los hombres, haces un viaje a Europa y conquistas a un par de duques.

—¿Le ha mostrado usted esos documentos? —me preguntó ella —. ¿Le ha dejado leer mi petición de divorcio?

—Sí —contesté—. Usted misma me hizo entrar para que hablase con él.

—Entre todas las locuras… —exclamó irritada. Pero se interrumpió, y volviéndose a su hermano, le dijo—: Ya no quiero saber nada más de los hombres.

Él se echó a reír con expresión sarcástica. Sandra lo miraba con ojos centelleantes, pero continuó hablando en tono apacible:

—¿Qué quieres, Bleatie? Por ahora todo lo que has dicho no nos llevará a ninguna parte.

—Quiero que vayas a ver a tu abogado, a fin de que redacte otra petición de divorcio, en la cual no se hable de dinero. Tú

confórmate con que te concedan el divorcio. Sigue tu camino y Morgan seguirá el suyo. Eso es lo justo.

—¿A qué dinero te refieres?

—Al que está depositado en las cajas de alquiler.

—¡Usted tiene la culpa de eso! —exclamó Sandra volviéndose hacia mí—. ¿Por qué le ha mostrado los papeles?

—Yo le he obligado a que lo hiciese —contestó Bleatie—. Y ahora, niña, ten mucho cuidado. No quiero que me tomes el pelo. Uno de estos días Morgan se presentará y entonces es posible que me busque. Morgan no es ningún tonto. En el momento en que yo mezcle en este asunto a la muchacha, sabrá inmediatamente quién ha dado las indicaciones necesarias. Y acuérdate muy bien de que Morgan Birks no es un muñeco con el que se pueda jugar impunemente.

—No tengo tiempo para ir a casa de mi abogado, a fin de que haga otra demanda —contestó ella—. Por otra parte, ésta ha sido presentada ya y se ha expedido la oportuna citación.

—A pesar de todo, tú puedes cambiar de intenciones, ¿no es verdad?

—Me parece que no.

—Siéntate a esa mesa —ordenó él—, y escribe una carta. Consignarás en ella que si bien en tu demanda de divorcio pides todos los bienes matrimoniales, en realidad no los deseas. Que cuando el caso vaya a juicio, tu abogado comunicará al juez que no quieres que tu marido te pase alimentos; que conservarás el piso todo el tiempo por el cual se haya pagado el alquiler; que, desde luego, te quedarás con toda tu ropa y el dinero que en la actualidad poseas, y Morgan podrá quedarse con el resto.

—¿Y que harás tú con esa carta? —preguntó ella.

—La deseo para estar seguro de que tratas equitativamente a Morgan.

Ella cerró con fuerza la boca y su mirada ardió de cólera. Su hermano, tendido en la cama, le dirigió una mirada tranquila como quien está acostumbrado a ser obedecido y que ni siquiera cree posible que alguien se resista a sus deseos. Después de uno o dos segundos, ella se dirigió al pequeño escritorio, abrió el cajón como si quisiera arrancarlo, sacó una hoja de papel y empezó a escribir.

—Dios sabe —me dijo Bleatie— el sabor que tendrá un

cigarrillo, pero voy a probarlo. ¿Tiene usted alguno? —Y en vista de que yo afirmaba, añadió—: Haga el favor de ponérmelo en los labios y encenderlo, ¿quiere? Me molestan esas tiras de esparadrapo. Y seguramente me costará mucho poder fumar.

Le di un cigarrillo y lo encendí. Aspiró dos bocanadas de humo, y dijo:

—¡Caramba, que mal sabe!

Después fumó en silencio. Sandra Birks, mientras tanto, escribía en la mesita. Cuando se hubieron consumido cosa de tres centímetros del cigarrillo la joven dejó de escribir, secó las últimas líneas, leyó lo que acababa de hacer y tendió el papel a su hermano.

—Supongo —dijo— que ahora estarás satisfecho. Acabas de dejar a tu hermana en la indigencia para favorecer a un maldito amigo tuyo.

Él leyó por dos veces la carta, y dijo:

—Me parece que está bien. —Dobló el papel, buscó a tientas el bolsillo de su pantalón y se lo guardó—. Ahora puede usted cumplir su misión. Esa chica es Sally Durke. Vive en el edificio Milestone. Vaya usted allá y sáquele lo que pueda. No tenga reparos. Amenácela si quiere y dele un susto. Dígale que oculta a Morgan, que usted procurará que la detengan por amparar a un fugitivo de la justicia o lo que se le ocurra. Añada que Sandra ha pedido el divorcio, que la arrastrará a ella ante el tribunal y que se va a quedar con todo lo que tiene Morgan. No le diga una palabra de la carta que Sandra acaba de entregarme. Hágase pasar por agente de policía… No. Con toda seguridad ella no lo creería, porque no tiene usted el tipo. Y trátela con dureza.

—¿Y qué más? —pregunté.

—Sígala y ya verá cómo de este modo acaba por encontrar a Morgan.

—¿Y Morgan no irá allá?

—¡No, hombre! Morgan es demasiado listo para eso. Está en contacto con ella, desde luego, pero no cometerá la imprudencia de meterse en una trampa como ésa, y menos sabiendo, como sabe, que la policía anda buscándolo.

—¿Tiene usted algunas fotografías de su marido? —pregunté a Sandra.

—Sí —contestó ella.

—Los periódicos han publicado algunas —observó Bleatie.

—Ya lo sé —dije—. Pero no son buenas. Por otra parte, ya las tengo.

—Tengo dos instantáneas y un buen retrato de fotógrafo —dijo Sandra.

—Prefiero las instantáneas.

—¿Quiere hacer el favor de venir?

Saludé a Bleatie con un movimiento de cabeza.

—Buena suerte, Lam —dijo él tendiéndose de nuevo en la cama. Parecía como si quisiera sonreír y no pudiera—. Cuando hayas terminado, Sandra, vuelve para darme el calmante. Me parece que dentro de media hora la nariz me va a doler como un diablo. Parece mentira que aún no sepas guiar un coche.

—No comprendo cómo me dices eso —replicó ella—. Eres injusto. Acuérdate de que habían dicho que el otro automóvil se arrojó expresamente contra nosotros. Si consiguieras callarte…

—Bueno, déjalo —replicó él—. A Lam no le interesan los sentimientos fraternales de nuestra familia.

—Mucho te ha costado darte cuenta de eso —replicó ella apuñalándolo con los ojos.

Luego salió y yo la seguí después de haber cerrado la puerta.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Alma Hunter mirando recelosa a su amiga que estaba sonriente.

—Claro que sí —replicó Sandra en voz baja—. Y ahora vas a ver lo que hago yo con esa muchacha. Entre, señor Lam —añadió, volviéndose a mí.

Atravesó la sala y penetró en un dormitorio, en donde había dos camas y algunos cuadros en las paredes. Los muebles eran caros y en algunos ángulos de la habitación vi unos espejos.

—En el cajón de mi tocador tengo un álbum fotográfico —dijo Sandra—. Siéntese aquí. Pero tal vez preferirá, hacerlo en la cama, porque yo me sentaré a su lado. Repasaremos las fotografías los dos y podrá escoger las que prefiera.

Me senté en la cama. Ella abrió un cajón del tocador, sacó un hermoso álbum fotográfico y vino a sentarse a mi lado.

—¿Qué le ha dicho mi hermano de mí? —preguntó, sosteniendo el álbum sin abrir.

—Muy poco.

—Sí, le ha dicho algo. Es un hombre muy mal intencionado. Me importa muy poco que sea mi hermano.

—Hemos venido aquí —le recordé—, para buscar una fotografía de su marido. ¿Hay alguna en el álbum?

Ella frunció el ceño y dijo:

—Supongo que no habrá olvidado usted para quién trabaja.

—No, señora.

—¿Y qué? —preguntó.

Arqueé las cejas en muda interrogación.

—Deseo saber lo que le ha dicho Bleatie de mí.

—Poca cosa.

—¿Acaso que soy egoísta?

—No lo recuerdo exactamente.

—¿Dijo que yo estoy loca por los hombres?

—No.

—Pues, si es así, no hay duda de que me ha mejorado —dijo amargamente—. Siempre ha creído eso de mí. Segura estoy de que ahora está convencido de que el doctor Holoman es mi amante.

Como yo no contestara, me miró con los párpados entornados, y preguntó luego:

—¿Ha dicho eso?

—¿Le importa mucho saberlo? —repliqué.

—¡Claro que sí!

—¿Y que quiere saber?

—Lo que sospecha Bleatie. ¿Me ha acusado de ser demasiado afectuosa con el doctor Holoman?

—No puedo recordarlo.

—Veo que tiene usted muy mala memoria.

—En efecto.

—Quizá será muy mal detective.

—Puede ser.

—Ya sabe que trabaja para mí.

—En realidad, trabajo para una señora llamada Berta L. Cool —contesté—. Le comunico directamente mis informaciones. Y, según me ha parecido entender me han contratado para entregar unos documentos a Morgan Birks. También parece que me ha traído aquí para mostrarme unas fotografías de su marido.

—Es usted un impertinente.

—Lo siento.

—En realidad, no sé por qué tengo tanto interés en recibir esa respuesta, porque ya la conozco. Desde luego me ha puesto bajo los cascos de los caballos. Nunca nos hemos querido como hermanos, pero no le creí capaz de comprometer al doctor Holoman.

—Prefiero las instantáneas —dije—, porque dan al rostro una expresión particular y personal de que carecen los retratos del fotógrafo.

Pareció dispuesta a tirarme el álbum a la cara, pero lo abrió y yo empecé a volver las páginas.

El primer retrato era de Sandra Birks, sentada en un banco rústico, con una cascada en segundo término. Unos pinos y una pequeña corriente de agua a la izquierda. Un hombre le rodeaba los hombros con el brazo y ella le miraba con dulzura a los ojos.

—¿Es Morgan? —pregunté.

—No —dijo, al mismo tiempo que volvía la página.

Rápidamente iba pasando páginas, al mismo tiempo que decía, disculpándose:

—No sé dónde está. El álbum no ha sido bien ordenado. Los dos hicimos un viaje de vacaciones… —Volvió dos páginas más y añadió—: Aquí está.

Y se inclinó hacia mí, para señalar las fotografías.

Vi a un hombre alto, flaco, de facciones acentuadas, cabello lustroso, peinado hacia atrás, sobre la alta frente.

—Es precisamente lo que deseo —dije—. La fotografía es buena. ¿Tiene usted más?

Hizo resbalar las puntas de sus uñas teñidas de rojo por debajo de la fotografía, la levantó para desprender las puntas metidas en unas ranuras, y contestó:

—Tal vez.

Volvió dos o tres páginas más llenas de fotografías vulgares de personas en automóviles, sentadas en soportales o sonriendo estúpidamente a la cámara. De pronto Sandra dijo:

—Aquí hay tres o cuatro páginas de fotografías tomadas durante las vacaciones. Algunas muchachas fuimos a nadar…, no, no mire usted.

Volvió aquellas páginas, se rió y al fin pudo encontrar otra fotografía de su marido.

—No es tan buena como la otra —dijo—. Pero lo muestra de perfil.

La tomé, comparándola con la otra y dije:

—Está bien. Gracias.

—¿No quiere usted ninguna más?

—No.

Continuó sentada en la cama, con los labios entreabiertos y los ojos fijos en la pared, como si no viese nada. De repente exclamó:

—Dispénseme un minuto. Quiero preguntar una cosa a Alma.

Se puso en pie de un salto y se dirigió a la otra habitación, dejándome dueño del álbum fotográfico.

Yo lo arrojé a la cabecera de la cama.

Estuvo dos minutos ausente y volvió acompañada de Alma.

—¿Querrás hacerlo tú, Alma? Sé buena muchacha, ¿verdad?

—Haré lo que convenga —contestó la joven—. Ya lo sabes, Sandra.

Se dirigió al tocador, se arregló el cabello, se puso polvos e inclinó la cabeza hacia atrás para pintarse los labios. De momento me figuré que la luz reflejada del espejo le comunicaba aquellas manchas, pero luego pude observar que parecían magulladuras.

Sandra Birks se apresuró a decir:

—Vámonos a la otra habitación para dejar en libertad a Alma a fin de que pronto pueda vestirse.

—No quiero vestirme —contestó Alma.

—Le invito a tomar una copa, señor Lam.

—No, gracias. No bebo en absoluto mientras estoy trabajando.

—Es usted de una moralidad repugnante —exclamó ella en tono burlón—. Veo que no tiene ningún vicio.

—Trabajo para usted —indiqué—, y eso le cuesta dinero.

—Tiene razón. Supongo que he de agradecérselo —añadió, en tono que contradecía estas palabras.

—Su hermano —le recordé— deseaba tomar el calmante que le recetó el médico.

—¡Oh, que espere! Cuénteme ahora lo que le refirió de mí —añadió, con la mayor coquetería. Dábase cuenta de que era una mujer atractiva—. ¿Qué dijo acerca de Archie?

Alma dejó de contemplar su imagen en el espejo para dirigirme una mirada de aviso.

—Pues que, a su juicio, el doctor Holoman es muy hábil —contesté—. Añadió que usted es impulsiva y algo testaruda, pero buena como el oro; que no siempre está de acuerdo con usted acerca de algunos detalles insignificantes, pero que, en cambio, los dos se ayudaban mutuamente en las cosas serias; y que en cuanto se viese usted en un apuro de cualquier clase, podía apelar a él, porque la defendería hasta el último momento.

—¿Eso le ha dicho?

—Eso es lo que he sacado en claro de sus palabras.

Se quedó mirándome con los ojos muy abiertos y con expresión que no pude comprender. Por un momento casi llegó a parecerme que tenía miedo.

—¡Oh! —exclamó.

—Vámonos —me dijo Alma Hunter.

capítulo cinco

ERAN las doce menos cinco cuando llegué a la oficina. En la puerta vi un cartel anunciando que ya no se recibía a ningún solicitante más. Vi que algunos seguían acudiendo en respuesta al anuncio. Dos estaban en pie y leyendo el cartelón cuando me acerqué. Ellos se volvieron y echaron a andar con el paso mecánico de los soldados que se retiran de una batalla perdida.

Elsie Brand había acabado de escribir a máquina. Estaba sentada ante el escritorio y tenía abierto el cajón superior de la izquierda. Se apresuró a cerrarlo en cuanto abrí la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Acaso no puede usted leer una revista cuando ha terminado su trabajo?

Me miró de pies a cabeza. Luego abrió otra vez el cajón y reanudó su lectura. Pude ver que era una revista cinematográfica.

—¿Qué le parece a usted si llama por teléfono a la señora Cool —sugerí— para decirle que el agente número Trece está en la oficina exterior, esperando para dar el parte?

Levantó los ojos y contestó:

—La señora Cool ha salido a tomar el *lunch*.

—¿Cuándo volverá?

—A las doce.

—Si es así —repuse, apoyando los codos en la mesa—, habré de esperar cinco minutos. ¿Prefiere hablar conmigo o seguir la lectura?

—¿Ha de decirme algo interesante? —preguntó.

—No —contesté, fijándome en sus ojos.

Apareció en ellos una expresión humorística.

—No me gusta oír conversaciones interesantes. Tengo una revista cinematográfica. No he leído ninguna obra interesante ni me propongo hacerlo, ¿de qué quiere usted hablar?

—Para empezar —contesté—, ¿qué le parece si tratamos de la

señora Cool? ¿A qué hora sale?

—A las once.

—¿Y vuelve a las doce? Supongo que entonces se marcha usted para regresar a la una.

—Sí.

Observé que tenía más años de los que me figuré cuando supuse que estaba cerca de los treinta. Más bien creí que tendría treinta y cinco. Cuidaba bien de su rostro y de su figura, pero advertí en el primero algunas señales que evidentemente la envejecían algo.

—Alma Hunter me espera en un automóvil en la calle —dije—. Si la señora Cool ha de tardar, mejor será que vaya a avisarla.

—Llegará puntual —contestó Elsie—. A lo sumo dos o tres minutos después de las doce. Berta Cool cree que los demás tienen derecho a comer, y es incapaz de hacer esperar a nadie.

—Parece ser una mujer dotada de una gran personalidad —observé.

—Sí —contestó Elsie.

—¿Y cómo se ha dedicado a detective?

—Se quedó viuda.

—Bien, pero una mujer puede dedicarse a otras muchas cosas —repliqué.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—A confeccionar trajes —contesté—. ¿Cuánto tiempo lleva usted con ella?

—Desde que se estableció.

—¿Hace mucho?

—Tres años.

—¿La conocía antes de enviudar?

—Yo era la secretaria de su marido —contestó—. Berta me procuró aquel empleo y…

Se interrumpió al oír ruido de pasos en el corredor.

Se proyectó una sombra en el cristal de la puerta y Berta Cool entró, majestuosa.

—Bueno, Elsie —dijo—, puede marcharse. ¿Qué quiere usted, Donald?

—Dar mi informe.

—Entre —dijo.

Penetró en su despacho particular con los hombros echados

hacia atrás.

—Siéntese —dijo—. ¿Lo ha encontrado ya?

—Al marido, no, pero he hablado con el hermano de ella.

—Bien, procure encontrarlo cuanto antes.

—A eso voy.

—Claro. ¿Es usted buen calculador?

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

—He recibido honorarios por siete días de trabajo. Si los emplea usted enteritos en eso, habré cobrado ciento cincuenta dólares. Si resuelve el caso hoy mismo, me quedan seis días que podré dedicar a otro cliente. Calcule eso y deme la solución. Le advierto, además, que no podrá entregar esos documentos si se limita a rondar esta oficina. Vaya, pues, al diablo y entregue esos papeles.

—He venido a dar el parte.

—No lo necesito. Quiero acción.

—Puedo necesitar que alguien me ayude.

—¿Para qué?

—He de seguir a una muchacha, pues acabo de descubrir dónde está la amiguita de Morgan Birks. He de decirle algo que la obligue a salir en busca de Morgan y así podré seguirla.

—¿Y por qué está usted aquí?

—He conseguido también un automóvil. La señora Hunter me llevará a donde quiera.

—Bueno, déjese llevar por ella. Otra cosa —dijo—: En cuanto haya localizado a Morgan Birks, llame a Sandra.

—Eso podría ser un obstáculo para entregar los documentos —objeté.

—No se moleste —respondió sonriendo—. Ya se han llevado a cabo las disposiciones pecuniarias del caso.

—Puedo verme en un lío. Es una familia muy rara, que me da bastante cuidado. El hermano de Sandra Birks asegura que tanto puede decirse en perjuicio de Morgan como de su hermana.

—No nos pagan para tomar el partido de nadie, sino para entregar unos documentos.

—Ya lo entiendo, pero puede haber jaleo. ¿No podría usted darme algo que demuestre que estoy al servicio de la agencia?

Me miró un instante y luego abrió un cajón de su mesa, tomó un carnet y lo llenó con mi nombre, edad y señas. Lo firmó, secó la

tinta y me lo ofreció.

—¿Qué le parece una pistola? —pregunté.

—No.

—Puedo verme en un apuro.

—No.

—¿Y si es así?

—Salga como pueda.

—Lo haría mejor con un arma —insistí.

—Podría hacer demasiado con un arma. Ya veo que ha leído novelas detectivescas.

—Bien, usted manda —repliqué. Y me dirigí a la puerta, pero me contuvo, exclamando:

—Espere un momento. Venga, venga. He de referirle algo.

Volví a su lado.

—He hecho averiguaciones acerca de usted, Donald —dijo en tono maternal—. Esta mañana, por el modo de examinar los documentos legales, se hizo traición. Ya sospechaba que había hecho estudios jurídicos. Es joven y se ha visto metido en algún lío. No ha intentado siquiera hallar trabajo en una oficina jurídica, y cuando le pregunté por su instrucción, no se atrevió a decirme que había estudiado la carrera de abogado.

Yo traté de no dejar traslucir nada por mi expresión.

—Conozco también su nombre verdadero, Donald, y estoy enterada de lo que le sucedió. Después de haber ingresado en el Colegio de Abogados, fue expulsado por violación de la ética profesional.

—No fui expulsado —repliqué—, y tampoco cometí esa falta.

—Así lo asegura el comité investigador.

—Lo componía una serie de idiotas. Hablé demasiado. Eso es todo.

—¿De qué, Donald?

—Hice un trabajo para un cliente —contesté—. Luego hablamos de la ley. Yo le dije que un individuo podría quebrantar cualquier ley y, si tenía un poco de habilidad, se vería libre de toda persecución.

—Eso no es nada —contestó ella—. Todo el mundo lo sabe.

—Lo malo es que no me detuve aquí —confesé—. Ya le dije a usted que me gusta planear y buscar triquiñuelas a los asuntos.

Estoy convencido de que los conocimientos no sirven de nada cuando no se aplican. Yo había estudiado una colección de trucos legales y sabía cómo era preciso aplicarlos.

—Adelante —dijo, muy interesada por mis palabras—. ¿Qué sucedió?

—Dije a aquel individuo que sería posible planear un asesinato de modo que nadie pudiese perseguir al criminal. Contestó que estaba equivocado. Me irrité y le ofrecí apostar quinientos dólares a que tenía razón y que podía demostrarlo. Él me contestó que estaba dispuesto a aceptar la apuesta en cuanto yo le mostrara el dinero. Le dije que volviera al día siguiente. Él fue preso aquella misma noche. Y resultó que el individuo era un *gánster*. Dijo a la policía todo lo que sabía y, entre otras cosas, que yo estaba dispuesto a demostrarle cómo podría cometer un asesinato sin verse preso. Añadió que, a cambio de este informe, me pagaría quinientos dólares, porque, si el medio le parecía bueno, pensaba utilizarlo en un *gánster* rival.

—¿Y que sucedió?

—Pues que inmediatamente me persiguió el comité de investigación del Colegio de Abogados. Me condenaron a un año de inhabilitación para ejercer mi carrera. Yo les aseguré que aquello no había sido nada más que una discusión y una apuesta. No me creyeron y, en cambio, aceptaron la otra versión del caso, seguros de que ningún individuo puede cometer deliberadamente un asesinato y quedar impune.

—¿Y es posible, Donald? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y usted sabe cómo?

—Sí; ya le he dicho que ésa era mi dificultad. Me gusta mucho andar buscando astucias.

—De modo que dentro de su cabeza hay un plan gracias al cual yo podría matar a alguien y a la Ley le sería imposible castigarme.

—Sí.

—¿Debo entender que eso sería así, en el caso de que no me dejara prender?

—No he dicho nada de eso. Le bastaría ponerse en mis manos y obedecerme ciegamente y sin titubeos de ninguna clase.

—Supongo que no se referirá al antiguo truco de que no se

encuentra el cadáver.

—Eso es tonto —contesté—. Le he hablado de un defecto de la Ley del que podrá aprovecharse un individuo para cometer un asesinato.

—Dígamelo, Donald.

Me eché a reír y le contesté:

—Acuérdese de que ya estoy escarmentado.

—¿Cuándo termina su año de inhabilitación?

—Terminó hace dos meses.

—¿Y por qué no se dedica otra vez al ejercicio de su carrera?

—Se necesita dinero para instalar y amueblar una oficina, sin hablar de libros legales y de poder esperar a los clientes.

—¿Y no se fiarían de usted los editores de obras legales?

—Después de una inhabilitación, no.

—¿Y no podría usted hallar trabajo en una oficina legal?

—Imposible.

—¿Y qué piensa usted hacer con sus conocimientos jurídicos, Donald?

—Entregar documentos —dije, y giré sobre mis tacones.

Salí a la oficina exterior y pude observar que Elsie había ido a tomar su *lunch*. Alma Hunter me esperaba en el automóvil.

—Me he visto obligada a casi seducir a un agente del tráfico —dijo.

—Buena muchacha —contesté—. Vamos ahora al edificio Milestone para ver si encuentro a esa Sally Durke y consigo asustarla.

Se volvió para mirar por la ventanilla ovalada de la trasera del coche, a fin de observar el tráfico. Y cuando torcía el cuello, que se asomó por encima del de seda de su blusa, vi otra vez aquellas manchas oscuras y siniestras, las huellas que dejaron los dedos de una mano que le agarraron la garganta.

No dije nada, porque tenía mis propias preocupaciones. Ella, hábilmente, puso el coche en marcha y se dirigió al edificio Milestone.

—Bueno —dije—. Ya estamos.

—¡Buena suerte!

—Gracias.

Atravesé la acera, consulté la lista de nombres que había al lado

de la puerta y oprimí el botón inmediato al nombre «S.
L. Durke,
314».

Me preguntaba lo que haría un detective competente si la señorita Durke no estaba en su casa. Pero antes de hallar la respuesta, el zumbador de la puerta indicó que la señorita Durke estaba en su casa y dispuesta a recibir visitas, con conferencias previamente por medio del tubo acústico.

Abrí la puerta, en tanto que el zumbador dejaba de hacerse oír, seguí por un maloliente corredor, hasta el lugar en que una luz pálida indicaba la situación del ascensor automático. Cerré la puerta y oprimí el botón del tercer piso.

Al levantar los dedos para llamar a la puerta del número 3l4, la abrió una joven que vestía un pijama de seda de color azul oscuro y preguntó:

—¿Qué desea?

Era rubia y me pareció oxigenada. Tendría algo menos de treinta años y una figura que la seda de su pijama dejaba apreciar por completo. Impaciente, repitió su pregunta y pude notar que su voz era lo único áspero que había en ella.

—Deseo entrar.

—¿Para qué?

—Para hablar.

—Entre —replicó.

Estaba pulimentándose las uñas. El pulimentador se hallaba en una mesita inmediata al diván. Se dirigió a éste, se tendió cómodamente, tomó el pulimentador, examinó las uñas con interés y sin levantar los ojos preguntó:

—¿De qué se trata?

—Soy detective —contesté.

Me miró con algún sobresalto, pero luego se echó a reír. Y al advertir mi expresión, recobró la serenidad y preguntó:

—*¿Usted?*

Yo afirmé.

—Pues no lo parece —observó, tratando de contener su carcajada—. Tiene cara de muchacho bondadoso, lleno de ideales y que aún tiene madre. Supongo que no se habrá ofendido por mi risa.

—Ya estoy acostumbrado.

—Bueno. Es usted detective. ¿Qué más?

—Trabajo para Sandra Birks. ¿Qué le parece eso?

Ella continuó manejando el pulimentador, sin duda para dar a sus uñas el brillo requerido.

—¿Y qué tiene que ver Sandra Birks? —preguntó al fin.

—Podría tener mucho.

—No la conozco.

—Es la esposa de Morgan Birks.

—¿Y quién es éste?

—¿No ha leído los periódicos? —pregunté.

—Y si los he leído, ¿qué? ¿Dónde entro yo en este asunto?

—Podría darse el caso —contesté— que la señora Birks tuviera deseos de darle a usted un disgusto.

—¿Podría hacerlo?

—Bien sabe que sí.

—¿Y cómo se supone que pueda yo saberlo?

—Déjese guiar por la conciencia.

Me miró y, echándose a reír, dijo:

—No la tengo. Hace mucho tiempo que me libré de ella.

—La señora Birks —añadí— podría, si lo deseara, obligarla a comparecer ante un tribunal.

—¿Con qué motivo?

—Por ser amiga íntima de su marido.

—¿No le parece asegurar demasiado? —preguntó.

—Lo ignoro en absoluto.

—Ahora habla usted y yo me limito a escuchar.

—Bueno. Estoy haciendo lo que me han encargado. Para eso me pagan.

—¿Qué es eso?

—He de entregar unos documentos a Morgan Birks.

—¿Cuáles?

—Una citación resultante de una demanda de divorcio.

—¿Y por qué viene aquí?

—Porque supongo que podrá usted decirme dónde se halla.

—No me es posible.

—Si me lo dijera, tal vez pudiera cobrar algún dinero.

—¿Cuánto? —preguntó con los ojos centelleantes.

—Esto depende de…

—¿De qué?

—De la utilidad que tenga para la señora Birks y de lo que saque ella del asunto.

—Gracias, pero no me interesa. Me parece que esa señora no obtendrá un solo centavo.

—Me parece así, a juzgar por su demanda de divorcio.

—Para obtenerlo es preciso que haya algo más que una demanda. El tribunal es el que decide. La señora Birks es una de esas zorras con cara inocente, que sabe ponerse una máscara de respetabilidad. Desde que se casó con Morgan no ha hecho más que engañarlo y estafarlo. Si él quisiera decir la mitad de las cosas que sabe… pero, en fin. Hable usted y yo escucharé.

—Bueno, pues, la señora Birks obtendrá el divorcio.

—¿Sí?

—Ya sabe usted que se lo concederán —contesté—. Y si quisiera podría enredarla a usted en el asunto, porque tiene todas las pruebas necesarias. Así, pues, la tratará según el comportamiento de usted.

—¿Ah, sí? —dijo, poniendo el pulimentador en la mesa y levantando sus ojos hacia mí llena de, curiosidad.

—Así es —dije.

—Me sabe mal —dijo suspirando—, porque me parecía usted un muchacho simpático. ¿Quiere una copa?

—No, gracias. Cuando trabajo no bebo.

—¿Y trabaja usted ahora?

—Sí.

—Le compadezco.

—No hay necesidad.

—¿Y cuál es la amenaza de esa señora contra mí?

—¿Amenaza?

—Sí.

—Pues nada. Yo me he limitado a decirle algunas cosas.

—Como amigo, supongo —replicó, sarcástica.

—Sí, como amigo.

—¿Y qué quiere usted pedirme?

—Que bien directa o indirectamente me proporcione la manera de entregar esos documentos a Morgan Birks. En resumidas cuentas

—añadí—, le interesa a usted que se divorcie, ¿no es así?

—No lo sé y me gustaría saberlo —contestó preocupada. Yo guardé silencio y añadió—: ¿Qué debo hacer para que usted pueda entregar esos documentos?

—Dé una cita a Morgan Birks —contesté—. Luego telefonee a B. L. Cool,
en Main 6-932l. Yo vendré a escape y entregaré los documentos.

—¿Y cuánto cobraré?

—No cobrará nada.

Se echó a reír, al parecer muy divertida.

—Bueno, precioso —dijo—. Quería saber todo lo que tenía dentro y ya me he enterado. Ahora, largo de aquí. Diga usted a la señora Birks que por mí puede irse al diablo, y si quiere mencionar mi nombre, pregúntele por su lindo Archie Holoman. Pregúntele si, a su juicio, Morgan es un idiota.

Sus carcajadas me siguieron hasta que hube atravesado la puerta.

Volví adonde me esperaba Alma Hunter en el automóvil.

—¿La ha visto usted? —preguntó curiosa.

—Rubia oxigenada —contesté—. Buenos ojos y malos oídos.

—Y ¿qué ha dicho?

—Que me vaya al cuerno.

—¿Eso esperaba usted?

—En cierto modo, sí.

—Pues yo me figuré que sus esperanzas serían que se enojase mucho y luego echara a andar y así le indicase donde está Morgan.

—Lo mismo creía yo.

—¿Y qué cosas desagradables le dijo?

—Cuando un detective va a cepillar a alguien a contrapelo, se expone a que le digan cosas sumamente desagradables.

Alma Hunter guardó silencio y luego preguntó:

—¿Le ha venido la idea?

—No —contesté subiendo al coche y a su lado. Poco después dije—: Mejor será meter el coche en esa callejuela. Desde allí podremos vigilar de igual modo y no será tan fácil que nos vea.

Extendió un pie muy bien calzado para oprimir el botón de puesta en marcha. Llevó el automóvil a la entrada de la callejuela, en la que entró de espalda, halló un lugar sombreado y paró el

motor.

—Es usted un muchacho simpático.

—Gracias por la afirmación, pero el mal sabor que tengo no se quita con palabras.

—¿Qué se figuraba, pues, de ese trabajo? —preguntó.

—En realidad, no lo sé.

—¿Y no se dejó atraer por alguna idea romántica o el deseo de aventuras?

—Me atrajo la posibilidad de comer dos veces por día y tener donde dormir por la noche. Cuando contesté al anuncio no sabía ni me importaba nada la clase de trabajo que fuera.

—No se sienta amargado, Donald —dijo, poniendo su mano en mi brazo—. En resumidas cuentas, no es tan malo como se figura. Esa Durke es una tunanta a quien no le importa nada Morgan. Lo conserva para sacarle cuanto pueda.

—Ya lo sé. Pero me disgusta el trato que me ha dado.

—¿No ha logrado usted ningún resultado? —preguntó.

—Me parece que sí.

—Es usted un hombre extraordinario —exclamó echándose a reír—. Ahora dígame qué le ha sucedido para haber descendido tanto en el mundo.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Ésta es la impresión que doy?

—En cierto modo.

—Pues yo procuraré evitarlo.

—Pero dígame, Donald, ¿no es verdad?

—He tenido desgracia —contesté—. Cuando se ha trabajado muchos años para alcanzar un puesto luchando contra todos los obstáculos con objeto de conseguir al fin lo que se desea, es muy triste ver que alguien nos lo quita de las manos y hay que volver a empezar.

—¿Fue una mujer, Donald?

—No.

—¿Y no quiere contármelo?

—No.

Pensativa, miró a través del parabrisas, en tanto que sus dedos repiqueteaban sin cesar en la manga de mi chaqueta.

—Usted misma se quedó defraudada al observar que no soy un detective veterano —observé.

—¿Sí?

—Sí. ¿Por qué?

—No me di cuenta —replicó ella.

—¿Acaso —le pregunté volviéndome para mirarla de perfil—, porque alguien intentó estrangularla y usted deseaba mi consejo o protección?

Observé que se contraían sus facciones a causa de la emoción y en sus ojos aparecía el sobresalto. Luego se llevó la mano al cuello como para ocultarlo.

—¿Quién trató de estrangularla, Alma? —repetí.

Temblaron sus labios y se llenaron de lágrimas sus ojos. Me clavó los dedos en el brazo y yo, rodeándole la cintura, la acerqué a mí. Apoyó la cabeza en mi hombro y se echó a llorar, quizá para desahogar su excitación nerviosa. Deslicé mi mano izquierda en torno de su cuello, puse las puntas de los dedos bajo la barbilla y, mientras tanto, elevé la mano derecha a lo largo de su blusa.

—¡Oh, no, no! —Sollozó, agarrándome la muñeca con ambas manos.

Fijé los ojos en los suyos, asustados y llenos de lágrimas. Sus temblorosos y húmedos labios estaban entreabiertos.

No tuve el deseo consciente de besarla, pero, de pronto, sentí mis labios sobre los suyos, y el sabor de sus lágrimas. Soltó entonces mi muñeca y se apretó contra mí.

Poco después se separaron nuestros labios. Levanté la mano derecha a lo largo de su blusa, abrí los broches del cuello y separé la tela.

Ella estaba inmóvil en mis brazos sin oponer resistencia. Ya no lloraba.

—¿Cuándo ocurrió eso, Alma? —pregunté.

—Anoche.

—¿Cómo fue? ¿Quién era?

Se apretó contra mi cuerpo y noté que temblaba.

—¡Pobre niña! —musité, besándola de nuevo.

Estábamos sentados en el coche muy cerca el uno del otro. Yo noté que ya no odiaba al mundo y que me invadía una sensación de intensa paz. No era la pasión, pero sí me di cuenta de que nunca había sentido nada igual, porque experimenté lo que hasta entonces había desconocido.

Cesó de llorar, profirió una leve exclamación, abrió el bolso, sacó un pañuelito y empezó a secar sus lágrimas.

—Estoy hecha una facha —dijo contemplándose en el espejito de su bolso.

—¿No habrá salido Sally Durke?

Aquella pregunta me devolvió violentamente a la realidad. Miré a través del parabrisas del coche y hacia la entrada de la casa. Estaba desierta, pero Sally Durke podía haber entrado y salido una docena de veces sin que yo lo notara.

—Supongo que no habrá salido —observó Alma.

—Lo ignoro, aun cuando espero que no.

—¡Ojalá! —dijo—. Estoy más animada y me han gustado mucho tus besos, Donald. Eres… delicioso.

Quise contestar, pero ya no pude. Me dio la impresión de que veía a mi compañera por vez primera. Había estado muchas horas en mi compañía, pero hasta entonces no me fijé en ella. Toda mi atención estaba ya concentrada en ella, y no podía pensar en otra cosa.

Parecía ser dueña de sí, mientras se arreglaba el rostro aplicándose rojo en los labios, con la punta de un dedo meñique.

De nuevo quise hablar, sin conseguirlo. Ni siquiera sabía lo que quería decir.

Volví a dedicar mi atención a la casa que vigilaba. Habría deseado hallar el modo de averiguar si había salido. Pensé en volver allá y llamar a su morada. Eso me permitiría saber si aún estaba. Pero, en caso afirmativo, no se me ocurrió lo que podría decirle. Ella se daría cuenta de que la vigilaba… quizá no, pero, por lo menos, notaría que yo estaba en la calle.

Alma levantó la mano y empezó a abrocharse el cuello de la blusa.

—¿Quieres decirme ahora lo que te ha sucedido? —pregunté.

—Sí —contestó—. Estoy asustada, Donald.

—¿De qué?

—No lo sé.

—¿Crees que la llegada del hermano de Sandra habrá cambiado las cosas?

—Hablando sinceramente, no lo sé.

—¿Qué sabes de él, Alma?

—Muy poco. Cuando Sandra habla de él, dice que nunca se han llevado muy bien.

—¿Recientemente?

—Creo que sí.

—¿Y qué dice de él?

—Que es un hombre raro e independiente. Y al parecer no le importa nada ser hermano de Sandra.

—Y, sin embargo, cuando ella ha necesitado ayuda de otro, ha recurrido a él.

—No lo sé —contestó Alma Hunter—. Creo que fue él quien le ofreció su auxilio. La llamó por conferencia interurbana quizá. Pero tengo una idea. Oye, Donald, ¿crees que ese hombre es socio de Morgan?

—¿En el negocio de las máquinas tragamonedas?

—Sí.

—Desde luego, es posible. ¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé. Por su modo de hablar, por una observación de Sandra… Además, mientras estabas en el dormitorio con él, pude oír algo, muy poco, pero, en general, me dio esta impresión.

—Morgan —contesté— es el marido. Ha sido citado para que acuda a oír la demanda de divorcio de su mujer. Es preciso entregarle la citación y la demanda. De modo que él acudirá ante el tribunal, y si lo hace fallarán en favor de su mujer. Por consiguiente, eso no ha de preocuparnos.

—Hago estas observaciones, porque me figuro que no podrás llevar a cabo tu cometido con gran facilidad. Ese hombre es peligroso.

—Ahora llegamos al punto que me interesa.

—¿Cuál?

—Esas señales que tienes en el cuello.

—¡Oh! Él no tiene nada que ver en eso.

—Bien, cuéntamelo todo. ¿Qué sucedió?

—Fue un ladrón.

—¿Dónde?

—Un hombre que entró en el piso.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Tú y Sandra estabais solas?

—Sí.

—¿Dónde estaba Sandra?

—Durmiendo en la otra habitación.

—¿Y tú dormías en la que tiene dos camas?

—Sí.

—¿Y Sandra lo hacía en la que ahora ocupa Bleatie?

—Sí.

—¿Y qué sucedió?

—No lo sé —contestó—. Pero no debería decirte eso. Prometí a Sandra que no lo comunicaría a nadie.

—¿Y por qué tanto secreto?

—Porque la pobre tiene ya bastantes dificultades con la policía. Quieren hallar a Morgan y han ido a casa de ella, a todas las horas del día y de la noche, para hacerle toda clase de preguntas. Ha sido molesto.

—Ya lo supongo. Pero ésta no es ninguna razón para que quieran estrangularte.

—Luché y pude librarme de él.

—¿Cómo fue la cosa?

—La noche era muy calurosa. Yo dormía con muy poca ropa. Me desperté y pude ver a un hombre inclinado sobre la cama. Empecé a gritar. Él me agarró por el cuello, y yo me defendía a puntapiés. Pude aplicarle algunos golpes en el estómago con los talones y luego recogí las piernas y apoyé las rodillas en sus hombros, empujándolo con toda mi fuerza. Si hubiese permanecido dormida por un momento más, o él se acercara más a mí, habría logrado estrangularme. Pero al doblar las piernas y empujarlo con las rodillas, conseguí quitármelo de delante.

—¿Y qué sucedió luego?

—Pues que emprendió la fuga.

—¿Hacia dónde?

—Hacia la habitación inmediata.

—¿Y qué más?

—Llamé a Sandra, encendimos las luces y registramos todo el piso, pero no pudimos descubrir nada en absoluto.

—¿Y no averiguasteis cómo pudo escapar?

—Quizá por la escalera para casos de incendio, porque la puerta no estaba cerrada.

—¿Estaba vestido por completo?

—No lo sé, porque no pude verlo. La habitación estaba a oscuras.

—Mira, Alma —le dije—, estás muy nerviosa. En eso que me has contado hay mucho más de lo que te figuras. ¿Por qué no me das la oportunidad de ayudarte?

—No. No puedo. Quiero decir que no… Ya te lo he contado todo.

Me recliné en el asiento y en silencio fumé un cigarrillo. Un momento después ella habló:

—¿Eres realmente un detective? Quiero decir desde punto de vista legal.

—Sí.

—¿Y tienes derecho a usar armas?

—Supongo que sí.

—¿Podrías adquirir una pistola si yo te doy el dinero, y dejármela para que yo la llevase algún tiempo?

—¿Para qué?

—Con objeto de protegerme.

—¿Y para qué quieres una pistola?

—¿Por qué no? —replicó ella—. ¡Dios mío! Si una noche despertaras para sorprender a alguien inclinado sobre tu cara y luego te oprimiera el cuello con sus manos…

—¿Temes que vuelva a ocurrir eso?

—No lo sé. Pero deseo continuar viviendo con Sandra. Y creo que ella corre peligro.

—¿De qué?

—Lo ignoro. Pero temo que alguien quiera matarla.

—¿Y por qué a ella?

—Recuerda que yo dormía en su cama.

—¿Acaso será su marido?

—No lo creo… pero, desde luego, podría haber sido él.

—Pues deja a Sandra —aconsejó—. Toma una habitación para ti sola y…

—No puedo hacerlo. Soy su amiga y continuaré a su lado. Otras veces ella me ha ayudado sin ninguna clase de regateos.

—¿Sí?

—Sí.

—Según me dijo su hermano, es una mujer muy egoísta que…

—No es verdad —interrumpió Alma—. ¿Qué sabe su hermano de ella? ¡Dios mío! Jamás le ha demostrado la menor atención. Y en cinco años, quizá no le ha escrito una sola carta.

—Pues parece conocerla muy bien.

—Eso me hace suponer que está en comunicación con Morgan. Sin duda, éste le ha metido todas esas ideas en la cabeza. Morgan ha hablado mucho de Sandra y ha dicho cosas horribles de ella; que está loca por los hombres, que siempre tiene un amante… en fin, cosas por el estilo, que ningún hombre debiera decir de una mujer y menos aún de su esposa.

—Parece que su vida doméstica no ha sido muy feliz.

—¡Claro que no! Pero no hay razón para que un hombre vaya desacreditando a una mujer a quien juró amar y proteger… Te aseguro que algunas veces los hombres me dan asco.

—Ahora dime otra cosa. ¿Por qué te interesó tanto la aventura matrimonial de Berta Cool?

—¿Qué quieres decir?

—Me pareció que te interesaba mucho.

—Realmente, fue algo interesante.

—Y más todavía para quien se propone contraer matrimonio.

—O que quiere zafarse del matrimonio —replicó sonriendo.

—¿Eso es lo que estás haciendo?

Ella afirmó, inclinando la cabeza.

—¿No quieres contármelo?

Titubeó un momento y dijo:

—Todavía no, Donald. Por lo menos, no quiero hacerlo en este momento.

—¿Es algo ocurrido en Kansas City?

—Sí. Se trataba de uno de esos individuos celosos y medio locos que siempre andan buscando la excusa para emborracharse, alborotar y romper cosas.

—No malgastes más tiempo en él —aconsejé—. Conozco a esos tipos. Todos son iguales. Tienen el deseo feroz y posesivo de ser dueños de una mujer en cuerpo y alma. Probablemente, te dijo o quiso decirte que sus celos se debían únicamente a no tener ningún derecho legal de amarte y quererte como él desea, y que si fueras su esposa ya no le importaría, y que vuestras relaciones serían

entonces muy agradables; pero en cuanto te hubieras negado tú, él iría a emborracharse. Luego, al volver, haría una escena, empezaría a romper cacharros, y…

—Lo estás describiendo de modo que cualquiera podría creer que lo conoces —interrumpió la joven.

—Desde luego, no describo a un individuo, sino a un tipo.

—¿Y me aconsejas permanecer alejada de él?

—En absoluto. Cuando un hombre no puede demostrar la energía de su carácter corrigiendo sus propias faltas y trata de recobrar su propio respeto rompiendo platos, lo mejor es separarse de él.

—A él le gustaría más romper vasos en un bar —observó la joven.

—¿Y vas a casarte con él?

—No.

—¿Está en Kansas City?

—Por lo menos allí lo dejé. Si él supiera dónde me encuentro, acudiría en seguida.

—Esos hombres son tan indeseables como el veneno —dije—. Son capaces de hacer cualquier cosa para imponer su dominio.

—Ya lo sé —dijo Alma—. Todos los días, en los periódicos, se pueden leer cosas de esos individuos, que abandonan a sus mujeres, las matan a tiros y luego se suicidan para llevar a cabo su última hazaña. Los odio con toda mi alma y, al mismo tiempo, los temo, te lo aseguro.

—¿Y por esta razón quieres la pistola? —pregunté, mirándola.

Ella me devolvió la mirada y contestó afirmativamente.

—¿Quieres comprar un arma?

—Desde luego.

—¿Tienes dinero para ello?

—Sí.

—Costará unos veinticinco dólares.

Abrió el bolso, sacó dos billetes de diez y uno de cinco y me los dio.

—No puedo comprarla ahora mismo —le advertí—. Porque es preciso vigilar la posible salida de esa muchacha Durke. No comprendo cómo Bleatie se mostró tan seguro de que ella iría a ponerse en contacto con Morgan Birks. Más fácil parece que

utilizara el teléfono.

—Quizás está vigilada —sugirió Alma.

—No, la policía no sabe nada de ella, porque, de lo contrario, ya la seguirían.

—Pero es posible que ella se figure que la línea está vigilada o tal vez Morgan lo cree así.

—Eso no tiene sentido —contesté—, aunque lo cierto es que en la vida ocurren muchas cosas disparatadas. ¡Ahí está!

Sally Durke salió de la casa llevando un saco de mano. Vestía un traje sastre de color azul. La falda era muy corta y tenía unas piernas merecedoras de que los hombres se volviesen a mirarlas. Llevaba un sombrerito azul, inclinado, y su cabello rubio, que asomaba por debajo, destacaba muy bien en contraste con el azul.

—¿Por qué te figuras que se tiñe el cabello? —preguntó Alma Hunter mientras ponía en marcha el motor.

—No sé. Me lo hace creer el tono del color. Es…

—Pues desde aquí parece una rubia natural y bastante bonita.

—No quiero discutir con quien sabe más que yo acerca de una belleza femenina —dije—. Ten cuidado con no acercarte demasiado. Ahora se dirige al bulevar. Déjala que vaya a cierta distancia de nosotros, para que, si mira hacia atrás, no se dé cuenta de que la seguimos. Conviene que no pueda sospechar nada.

—Pues yo había imaginado echar a correr por la calle y pararnos luego para ver qué hace.

—No me parece mal. ¿Quieres que guíe yo?

—Me gustaría mucho, porque estoy nerviosa.

—Bueno, déjame el asiento libre y tomaré el volante.

Lo hizo así y fui a ocupar el asiento. Embragué el coche y luego emprendí la marcha.

Sally Durke se hallaba entonces en la esquina inmediata, y llamaba un taxi. Di marcha a mi automóvil y me metí en el bulevar, para situarme a unos veinte metros del taxi. Luego, gradualmente, me rezagué, deseoso de observar si miraba hacia atrás. No lo hizo, y, por lo que pude ver, me pareció que miraba hacia delante.

—Por ahora va bien —dije, cuando disminuía la distancia entre ambos vehículos.

El taxi seguía corriendo y, al parecer, no intentó siquiera eludir nuestra persecución. Torció a la izquierda al llegar a la calle

Dieciséis y se dirigió al hotel Perkins. Allí no había ninguna estación de parada para los automóviles, y dije a mi compañera:

—Ahora encárgate del coche otra vez. No te detengas. Sigue corriendo para dar la vuelta a la manzana. Deseo entrar en el hotel, después que ella haya registrado su nombre, para averiguar qué habitación le han dado. Así le daré tiempo para que se dirija hacia su cuarto.

—Oye —me dijo Alma—, yo quiero tomar parte en eso.

—Ya lo haces —contesté.

—Así no. Quiero presenciar la cosa hasta el final. ¿Qué vamos a hacer?

—Averiguar qué habitación le han dado y tomar otra enfrente, si es posible.

—Iré contigo.

—No es posible —contesté—. Los buenos hoteleros se ponen tontos cuando un hombre recibe a una mujer en su habitación. Los «botones» tratan de hacer un poco de chantaje…

—¡No digas tonterías! —exclamó—. Podemos decir que somos marido y mujer. ¿Qué nombre vas a dar tú?

—Donald Helforth.

—Pues bien, yo soy la señora Helforth. Iré luego a reunirme contigo. Ahora apéate.

Me dirigí al hotel y ya no pude ver a Sally Durke. Encargué a un «botones» que trajera a su jefe y luego me dispuse a hablar con éste de cosas interesantes.

—Hace dos minutos —dije— entró una rubia vestida de azul. Quiero saber qué nombre ha dado y si hay alguna habitación libre inmediata a la suya. En caso de ser posible, prefiero la que esté enfrente de su puerta.

—¿Con qué objeto?

Saqué del bolsillo un billete de cinco dólares, lo doblé, me lo puse en torno de uno de mis dedos y le dije:

—Soy un encargado del comité gubernamental que trabaja en favor de los «botones», a fin de lograr la rehabilitación y el aumento de salario de estos funcionarios, con objeto de que puedan pagar mayores impuestos.

—Yo soy un entusiasta colaborador del Gobierno —contestó sonriendo—. Un momento.

Esperé en el vestíbulo hasta que regresó con los informes pedidos. La rubia era, al parecer, la señora B.
F. Morgan
y se alojaba en el número seiscientos dieciocho. Esperaba la pronta llegada de su marido. La única habitación desocupada que había en aquel lugar del hotel era la seiscientos veinte. Al parecer, la señora Morgan había pedido por teléfono, algunas horas antes, que le reservaran la seiscientos dieciocho, añadiendo que tal vez necesitaría la seiscientos veinte también, de modo que rogó que no la cedieran a nadie más. Pero, al llegar, dijo que había cambiado de intención con respecto a la seiscientos veinte y que sólo necesitaría la seiscientos dieciocho.

—Yo me llamo Donald Helforth —dije—. Mi esposa, que tiene unos veinticinco años, cabello castaño y ojos pardos, llegará dentro de cinco o diez minutos. Esté al cuidado de su llegada, para acompañarla a mi cuarto. ¿Me hará usted ese favor?

—¿Su esposa? —preguntó.

—Sí, mi esposa.

—Ya comprendo.

—Además, necesito una pistola —añadí.

Sus ojos perdieron su mirada cordial.

—¿Qué clase de pistola? —preguntó.

—Pequeña y que entre bien en el bolsillo. Sería preferible automática. Además, quisiera una caja de municiones.

—Supongo que tendrá usted permiso de la policía para el uso de armas —observó.

—Cuando se tiene el permiso de la policía, se compra el arma en un almacén y cuesta quince dólares —repliqué—. ¿Para qué demonios voy a pagar veinticinco?

—¡Ah! ¿Paga usted veinticinco dólares por una pistola?

—Eso es.

—Veré lo que puedo hacer.

No le di ninguna oportunidad para que avisara al empleado que cuidase de reservar las habitaciones, porque me dirigí a su encuentro. El empleado me dio una carpeta y escribí: «Donald Helforth y su esposa», y le puse una dirección falsa.

—¿Le parece bien siete dólares por día, señor Helforth? —preguntó el empleado.

—¿Qué tiene usted en el segundo piso? No quiero estar demasiado alto, pero sin embargo, sí a suficiente altura de la calle para que no me moleste el ruido de los coches.

Miró el plano y contestó:

—Podría darle el seiscientos setenta y cinco.

—¿En qué extremo de la casa se encuentra?

—Hacia el Este.

—¿Tiene algo en el Oeste?

—Podría darle el seiscientos cinco o el seiscientos veinte.

—¿Cómo es el seiscientos veinte?

—Dos camas y un baño. El precio es siete dólares y medio por las dos camas.

—¿Lo deja por siete?

Me miró, y al fin, repuso que haría una concesión especial.

—Bueno —dije—; mi esposa llegará luego con el equipaje y ahora mismo voy a pagar la habitación.

Le di el dinero, tome un recibo y subí a mi cuarto con el jefe de los «botones».

—Por veinticinco dólares no se puede comprar ninguna pistola nueva —dijo.

—¿Y quién le ha hablado de una pistola nueva? Cómprela de segunda mano, por ahí. Veinticinco dólares es el máximo y procure no ganar demasiado. Compre una que le cueste quince dólares por lo menos.

—Será infringir la Ley —dijo.

—No.

—¿Por qué no?

Saqué del bolsillo el carnet que me diera la señora Cool y añadí:

—Soy un detective particular.

Examinó aquel documento y de su rostro desapareció toda perplejidad.

—Bien, jefe. Veré lo que puedo hacer.

—No pierda tiempo —le dije—. Pero no se marche antes de que haya llegado mi esposa, porque deseo que la acompañe hasta mi cuarto.

—Bien, señor —dijo antes de alejarse.

Examiné la estancia. Era como todas las de un hotel corriente y tenía dos camas. Entré en el cuarto de baño. Estaba dispuesto para

que lo utilizaran los inquilinos del seiscientos dieciocho y del seiscientos veinte, porque se hallaba entre las dos habitaciones. Quise hacer girar el pomo de la puerta que daba al seiscientos dieciocho y pronto me convencí de que estaba cerrada.

Presté oído y pude percibir el ruido de alguien que se movía en la estancia inmediata. Me dirigí al teléfono y llamé a Sandra Birks. En cuanto oí su voz que me contestaba, le dije:

—Al parecer, todo va bien. La he seguido hasta el hotel Perkins. Ocupa la habitación seiscientos dieciocho. Dio el nombre de Morgan y avisó en el despacho que esperaba a su marido. Alma y yo estamos en el mismo hotel, como marido y mujer, y he dado el nombre de Donald Helforth. Nos han destinado la habitación seiscientos veinte.

—¿Se han hecho pasar por marido y mujer? —preguntó Sandra, extrañada.

—Sí. Alma desea ser testigo de todo lo que ocurra.

—¿En qué?

—Supongo que querrá ser testigo de la entrega de los documentos.

—Yo también —contestó—; y sentiré muchísimo interrumpir su luna de miel, pero Bleatie y yo vamos allá.

—Oiga —objeté—, si diese la casualidad de que Morgan Birks estuviese en las cercanías del hotel y los viera a ustedes, las consecuencias serían funestas. Ya nunca más se presentaría otra ocasión favorable.

—Lo comprendo muy bien —contestó—, y tendré mucho cuidado.

—No podrá; porque es imposible adivinar si lo encontrará en el vestíbulo, en el ascensor o en el pasillo. Quizá está vigilando el edificio y aun…

—No debiera usted haber consentido que Alma compartiese su habitación —dijo en tono muy digno—. Tenga en cuenta, señor Lam, que tal vez todo lo que va a ocurrir será declarado ante el tribunal.

—Yo no me ocupo de otra cosa que de entregar los documentos.

—Temo que no se haya hecho usted cargo del asunto —replicó ella, en tono cariñoso—. Yo no puedo consentir que aparezca en los periódicos el nombre de Alma. Bleatie y yo no tardaremos. Hasta

ahora.

Y oí el ruido que hizo al colgar el receptor.

La imité, me quité la americana, me lavé la cara y las manos y, después de sentarme en un sillón, encendí un cigarrillo. Alguien llamó a la puerta, y antes de que pudiese ponerme en pie la abrió el jefe de los «botones» y dijo:

—Ya estamos, señora Helforth.

Entró Alma, y fingiendo un tono indiferente, exclamó:

—¡Hola, querido! Me ha parecido mejor dejar el coche en un estacionamiento antes de subir. Más tarde traerán los equipajes para mí.

Me dirigí al jefe de los «botones», cuya expresión demostraba que no se había dejado engañar por las fingidas palabras de Alma, puesto que parecía muy risueño.

—Va a venir alguien más —dije—. Quizá no tardarán diez o quince minutos, y quisiera que antes me trajera usted la pistola.

—Necesitaría algún dinero…

Le di dos billetes de diez y uno de cinco.

—Dese prisa —recomendé—, y no olvide las municiones. Tráigalo todo envuelto en papel de embalaje y no entregue el paquete a nadie más que a mí. Andando; ligero.

—Voy allá —dijo, antes de cerrar la puerta.

—¿Qué pistola es ésa? —preguntó Alma—. ¿La que vas a comprar para mí?

—Sí —le dije—. Sandra y Bleatie van a venir. Ella se figura que te has deshonrado ya para siempre, metiéndote en eso, es decir, lo que se llama «compartiendo mi habitación».

—¡Pobre Sandra! —exclamó Alma, riéndose—. Siempre ha tenido mucho cuidado en proteger mi buen nombre. Sin embargo, ella…

—¿Qué hace ella? —pregunté.

—Nada —contestó.

—Anda, dímelo.

—No, nada. Sinceramente no iba a decir nada.

—Mucho —contesté—. Y me gustaría saber qué hace Sandra.

—No es importante.

—Sea como fuere, va a venir, y antes de que llegue, quisiera examinarte bien el cuello.

—¿El cuello?

—Sí, esos cardenales. Quiero verlos bien.

Di un paso, le rodeé la espalda con un brazo y luego desabroché los botones del cuello.

—No, no —exclamó—. ¡Por favor!

Levantó la mano para rechazarme, pero yo conseguí abrirle la blusa. Inclinó la cabeza hacia atrás. Sus labios estaban muy cerca de los míos. Unos momentos después retrocedió, diciendo:

—¡Oh, Donald! ¿Qué habrás pensado de mí?

—Que eres estupenda —exclamé.

—Nunca hago estas cosas, Donald. Pero me he sentido tan sola y tan triste. ¡Y desde el primer momento en que te conocí…!

La besé. Después suavemente le separé la blusa del cuello y examiné las amoratadas señales. Ella estaba inmóvil y pude sentir muy bien la respiración acompasada y la palpitación de su sangre en una vena visible por debajo de la epidermis.

—¿Era muy corpulento el hombre que quiso estrangularte?

—No lo sé. Ya te dije que la habitación estaba muy oscura.

—¿Era grueso y corpulento o bien por lo contrario pequeño y flaco?

—No era gordo.

—Sus manos debían de ser muy pequeñas.

—Lo cierto es que lo ignoro.

—Mira —añadí—. Hay algunos pequeños arañazos en la piel, que sólo pueden haber sido causados por las uñas. ¿Estás segura de que no era una mujer?

—¿Arañazos? —preguntó, sorprendida y conteniendo el aliento.

—Sí, arañazos. Causados por unas uñas. La persona que quiso estrangularle debía de llevar las uñas puntiagudas. ¿Por qué, pues, no pudo ser una mujer?

—Porque no creo. No, me parece que era un hombre.

—¿Pero no pudiste ver nada?

—No.

—¿Tan oscuro estaba?

—Por completo.

—¿Y quien quiera que fuese, no hizo ruido?

—No.

—De modo que simplemente se dispuso a estrangularte y tú

pudiste librarte de sus manos.

—Sí. Lo empujé hacia atrás.

—¿Y no tienes la menor idea de quién pudo ser?

—No.

—¿Y no hay nada que pueda darte una indicación, por pequeña que fuese?

—No.

—Bien, querida —dije, dándole una palmadita en el hombro—. Me mueve el deseo de poner en claro este misterio. Nada más.

—Voy a sentarme —dijo ella—, porque me pongo muy nerviosa cada vez que hablo y recuerdo eso.

Se dirigió hacia un sillón y se dejó caer en él.

—Ahora háblame de tu amigo —le dije.

—Está en Kansas City.

—¿Y crees que va a continuar allí?

—Si averigua dónde estoy, quizá venga.

—¿Y no lo habrá averiguado ya?

—No lo creo.

—Y sin embargo, tienes la duda de que tal vez lo haya conseguido.

—¡Por favor, Donald! —replicó—. Ya no puedo más.

—No te apures, mujer —contesté—. Abróchate la blusa, porque Sandra y Bleatie pueden llegar de un momento a otro.

El sol de la tarde penetraba en la habitación y en ella hacía mucho calor. No soplaba ninguna brisa, y las abiertas ventanas parecían dar más libre paso al calor que irradiaba la pared de la fachada.

Llamó el jefe de los «botones» a la puerta y me entregó un paquete envuelto en papel de embalaje.

—Oiga, amigo —me dijo—. Procure no meterse en ningún fregado con esa pistola. Es buena, pero me ha costado mucho convencer al viejo Moisés para que me la vendiese.

Le di las gracias, cerré la puerta de un empujón y, desenvolviendo el paquete, vi una pistola automática de color azulado y de calibre 7,35. En algunos lugares, el pavonado había desaparecido, pero el arma se hallaba en muy buen estado. Abrí la caja de municiones; llené el cargador y pregunté a Alma:

—¿Sabes manejar una pistola?

—No.

—Aquí hay un seguro que se mueve con el dedo pulgar —expliqué—. En la parte posterior de la empuñadura hay otro seguro, que se suelta automáticamente cuando se oprime con la mano. Así, pues, sólo es preciso empujar la pistola con la mano derecha, soltar esta palanquita con el pulgar y luego oprimir el disparador. ¿Comprendes?

—Me parece que sí.

—Vamos a ver cómo lo haces.

Quité el peine, hice correr el cierre, puse el seguro, le entregué el arma y le indique:

—Dispara contra mí.

—¡No digas eso, Donald! —exclamó ella, tomando la pistola.

—Apúntame; Pégame un tiro. Suponte que no tienes otro remedio, porque yo voy a estrangularte. Decídete, mujer. Veamos si sabes apuntar y disparar.

Apuntó la pistola y se esforzó en oprimir el disparador; Blanqueáronse los nudillos de su mano, pero no ocurrió nada.

—El seguro —le dije.

Accionó la palanquita con el dedo pulgar. Oí luego el chasquido del gatillo contra la recamara y luego ella se dejó caer sentada en la cama, como si sus piernas se negaran a sostenerla. Y se le cayó la pistola al suelo.

La recogí, puse el cargador en el lugar debido, metí una bala en la recámara, me cercioré de que estaba puesto el seguro, y, quitando de nuevo el cargador, puse la bala que me faltaba, puesto que la anterior estaba ya en la recámara. Hecho esto, metí la pistola en el bolso, en tanto que la joven me miraba, asustada y fascinada a la vez.

Envolví la caja de cartuchos en el papel de embalaje y la metí en el cajón del escritorio. Luego fui a sentarme en la cama, a su lado, y pase un brazo por su cintura.

—Oye, Alma —dije—. La pistola está cargada. No dispares contra nadie, más que en un caso de absoluta necesidad, si alguien se dispone a hacerte alguna broma pesada o quiere estrangularte. Entonces empieza a hacer ruido con la pistola. Simplemente que empieces a disparar, porque eso bastará para que vengan a socorrerte.

* * *

Quizás una hora después, una rápida sucesión de golpes anunció la llegada de Sandra Birks y de su hermano. Abrí la puerta y Sandra preguntó:

—¿Dónde está Alma?

—En el cuarto de baño —contesté—. Lavándose los ojos. Está nerviosa y trastornada, y ha llorado.

—Supongo —dijo Sandra, con ironía—, que usted se ha esforzado en consolarla.

Bleatie lanzó una mirada a su alrededor y no dijo nada.

—¿Han visto ustedes a Morgan Birks? —pregunté entonces.

—No, hemos entrado por la parte superior y sobornado al portero para que nos dejara subir en el montacargas.

Alma salió entonces del cuarto de baño.

—No ha llorado —observó Bleatie.

Sandra no le hizo ningún caso.

—¿Qué pasa en la habitación inmediata? —preguntó:

—La señora Sally Durke se ha convertido en la señora B. F. Morgan —contesté—. Está esperando la llegada del señor Morgan. Sin duda vendrá antes de cenar. Quizá se hagan servir la cena en su habitación.

—Podríamos empujar esa puerta, abrirla y escuchar —dijo Sandra.

—Veo —observé—, que no supone muy inteligente a su marido.

—¿Por qué?

—Antes de llegar a la mitad del pasillo, se daría cuenta de que la puerta estaba entreabierta. Mejor será que, por turno, escuchemos a la puerta del cuarto de baño. De este modo oiremos bien su llegada.

—Tengo un proyecto muchísimo mejor —dijo Bleatie.

Sacó un berbiquí de bolsillo, se dirigió de puntillas al cuarto de baño, escuchó un momento y dijo:

—El mejor lugar para abrir agujeros en una puerta es la esquina de un panel.

—Deje eso —exclamé—. Se caerían al suelo, al otro lado, algunas partículas de madera y eso los pondría sobre aviso.

—¿Tiene usted otro plan mejor? —me preguntó.

—Muchos. Escucharemos por turno a la puerta del cuarto de

baño y cuando oigamos entrar a un hombre, saldré para llamar a la puerta exterior. Y si es Morgan Birks, le entregaré inmediatamente esos papeles.

—¿Y lo reconocerá usted gracias a las fotografías? —preguntó Sandra.

—Sí, lo he estudiado muy bien.

—¿Y cómo va a entrar? —preguntó Bleatie.

—Llamaré por teléfono, diciéndole que hablan desde la oficina. Y añadiré que acaba de llegar un telegrama para el señor B.
F. Morgan.
Luego preguntaré si he de mandarlo arriba.

—Es un truco muy viejo. Sospecharán y le darán la orden de que lo pase por debajo de la puerta.

—No se preocupe, porque tendré un telegrama preparado y también el libro de registro. Y no podré hacer pasar este último por debajo de la puerta. A pesar de todo, lo intentaré. El telegrama será desde luego verdadero.

—Pues ellos abrirán la puerta cosa de dos o tres centímetros, y al verlo cerrarán de nuevo.

—No lo harán en cuanto me hayan visto —contesté—. Ahora voy a salir, con objeto de reunir todo lo necesario. Ustedes quédense aquí, manteniendo el sitio de la fortaleza. No se exciten si oyen llegar a Morgan. No tardaré ni siquiera media hora. Creo que no es aventurado suponer que, por lo menos, permanecerá en este cuarto hasta mi regreso. Recuerden ustedes que ella llevaba un maletín que, sin duda, contiene alguna ropa para la noche.

—No me gusta —dijo Bleatie—. Todo esto es muy burdo y…

—Todo parece burdo cuando se menciona en una conversación —dije—. Es muy distinto lo que se lee en un periódico de lo real. Y sin embargo, no por eso carece de emoción.

—Repito que todo eso es muy burdo y…

Me pareció inútil seguir discutiendo. Salí al pasillo y a Bleatie lo dejé ocupado en explicar sus puntos de vista a las dos mujeres.

capítulo seis

ESTUVE ausente casi por espacio de una hora. Al regresar llevaba un traje de «botones», que había alquilado, un telegrama que expedí yo mismo, con destino a B.
F. Morgan,
y una libreta con páginas rayadas, en las que llené seis o siete de ellas con firmas imaginarias, trazadas con lápiz tinta y una pluma estilográfica.

Llamé suavemente a la puerta de mi habitación en el hotel y Alma acudió a abrir.

Al entrar pude ver a Berta Cool, sentada en el sillón, que llenaba casi hasta rebosar. En una mesita, a su lado, vi una botella de *whisky*, un cubo de hielo y un sifón. Ella bebía el refresco de un alto vaso. Sandra Birks se acercó a mí como ágil sombra.

—¡Torpe! —exclamó—. Lo ha estropeado todo.

—¿A qué obedece la felicitación? —pregunté, mientras fijaba la mirada en la directora de la Agencia de Detectives Cool.

—¡Por Dios, cierre la puerta! —dijo Berta a Sandra—. Si tiene algo que decir, dígalo, pero procure que no la oigan en todo el hotel. Entre, Donald.

Obedecí y Alma Hunter cerró la puerta. No pude ver a Bleatie. Estaba cerrada la puerta del cuarto de baño, pero pude oír algunas voces a través de la hoja de madera.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Se marchó usted sin decir a dónde iba —exclamó Sandra—. Se llevó consigo la citación y la copia de la demanda y hace casi una hora que Morgan está en su cuarto. Llegó pocos minutos después de haberse marchado usted. Entre todas las tonterías, estupideces y…

—¿Dónde está ahora? —interrumpí.

—Supongo que todavía en su cuarto.

—¿Dónde está su hermano?

—Ha tenido una hemorragia. Inmediatamente telefoneé al doctor. La cosa puede tener alguna gravedad. Ahora el doctor y él están en el cuarto de baño atendiéndole.

—No hay duda, Donald —observó Berta Cool— que ha conseguido usted algo. La señora Birks me telefoneó para averiguar dónde estaba usted. ¿Por qué no ha comunicado con la oficina?

—No lo hice recordando sus palabras. Me dijo que no necesitaba ningún parte, sino acción. Al parecer, solamente le interesa que entregue los papeles —añadí—, y si me dejan ustedes en paz, no tardaré en hacerlo. Siento mucho que se haya preocupado usted por todo eso. Éste es el resultado que he obtenido a causa de mi deseo de ser cortés, cuando informe a la señora Birks de lo que está sucediendo. Desde luego, no me agradó su intención de venir acá con su hermano.

—Todo eso no es más que una sarta de tonterías —replicó Sandra Birks—. Ahora trata de librarse de sus responsabilidades para hacernos culpables a todos los demás.

—Nada de eso —contesté—. Y puesto que su hermano sufre una hemorragia y está en el cuarto de baño, voy a ponerme ese traje de «botones» en el cuartito ropero y ustedes podrán volverse de espaldas.

—¡Los documentos! —exclamó Sandra Birks—. Los necesitamos. ¡Dios mío! Hemos estado telefoneando frenéticamente…

—No se altere —exclamé—. Yo soy el encargado de entregar esos documentos. Y voy a hacerlo. ¿Les consta la presencia de Morgan en la habitación inmediata y…?

—Sí, se oye perfectamente su voz a través de la puerta del cuarto de baño.

—¿Cuánto rato lleva usted aquí? —pregunté a Berta Cool.

—Diez minutos —contestó—. ¡Caramba! Llegué a figurarme que había estallado un incendio al oír sus llamadas, y le advierto, Donald, que si Morgan Birks consigue darle esquinazo, me enojaré en gran manera.

No contesté. Me dirigí al cuartito ropero, quité la envoltura que rodeaba el traje, me desnudé y me puse luego el uniforme de «botones». Y como aquel pequeño recinto estaba oscuro, dejé la puerta entreabierta para ver lo que hacían. A través de la pequeña,

abertura pude enterarme de lo que ocurría en la habitación inmediata. Oí que Alma Hunter decía:

—Has sido injusta, Sandra. El pobre muchacho ha hecho lo que le pareció mejor.

—Pues no ha estado en lo justo —replicó Sandra.

Luego oí el gorgoteo de una botella, casi llena, el silbido del sifón y la voz apacible de Berta, que decía:

—Recuerde, señora Birks, que él le ha facilitado ocasión de estar presente. Si no le hubiese telefoneado no sabría nada en absoluto de lo que ocurre. Nos ha contratado usted para que entregásemos esos papeles. Si Morgan Birks está todavía en la habitación inmediata y Donald puede entregarle los documentos, habrá de pagarme un recargo por haberme obligado a dejar todo mi trabajo a fin de venir lo antes posible.

—Si quiere que le diga la verdad —replicó Sandra—, creo que se equivocó mi abogado al recomendármela. Siento mucho haber acudido a su agencia.

—Desde luego es lamentable —replicó Berta, con la apacibilidad de una dama refinada, que discute el valor literario de la última novela.

Salí del cuartito ropero, mientras me abrochaba la chaqueta. Tomé el sobre amarillo que contenía el telegrama, me hice cargo de la libreta, me dirigí al teléfono y ordené al operador.

—Haga el favor de llamar al seiscientos dieciocho.

Un momento después, al oír una voz femenina, añadí:

—Ha llegado un telegrama para la señora B.
F. Morgan.

—No espero ningún telegrama —contestó ella—. Nadie sabe que me encuentro aquí.

—Bien, señora Morgan. Ese telegrama tiene unas señas muy raras. Dice «Señora B. F. Morgan. Hotel Perkins, y en caso necesario se entregará a Sally Durke». Pero en el registro no aparece ese último nombre.

—No sé una palabra de todo eso —replicó, aunque su voz no era tan firme como antes.

—Voy a enviárselo —repliqué— y podrá usted examinarlo y abrirlo para convencerse de si va dirigido a usted. Tiene derecho de hacerlo. ¡«Botones»! ¡«Botones»! ¡Telegrama para el seiscientos

dieciocho!

Y colgué el receptor.

Berta Cool puso un poco más de hielo en el vaso, y dijo:

—Dese prisa, Donald, porque a lo mejor llama a la oficina para comprobar el aviso.

Me puse la libreta debajo del brazo, abrí la puerta y salí al corredor. Las tres mujeres me vieron salir. Me dirigí al 6l8 y llamé a la puerta. Pude oír una voz femenina que hablaba por teléfono, y dije:

—¡Telegrama!

Aquella mujer interrumpió su conversación.

—Páselo por debajo de la puerta —ordenó.

Hice asomar la libreta por debajo de la hoja de madera, a fin de que ella pudiese ver el borde del sobre amarillo que asomaba por entre las hojas de papel.

—No pasa —dije—. Además, deberá usted firmar el recibo. La libreta es demasiado gruesa.

—Un momento —replicó ella—. Voy a abrir.

En efecto, dio vuelta a la llave, abrió ligeramente la puerta y me miró, recelosa. Yo tenía la cabeza inclinada, pero al ver mi uniforme y el telegrama en la libreta, abrió la puerta por espacio de diez o quince centímetros.

—¿Dónde he de firmar? —preguntó.

—Debajo de esta línea —contesté, mostrándole el lugar y ofreciéndole un lápiz.

Cubríase con una bata de color de rosa, de la que vale más no hablar. Miré por la abertura de la puerta y, como no viese gran cosa, la empujé y entré.

De momento no comprendió mi intención, pero al verme el rostro, me reconoció y exclamó:

—¡Morgan! ¡Cuidado! Es un detective.

Morgan Birks, que vestía un traje gris de americana cruzada, estaba tendido en la cama y fumaba un cigarrillo. Me dirigí a él y le dije:

—Es una citación, señor Birks, en el caso de Sandra Birks, contra Morgan Birks. Ésta es la copia de la demanda y la citación que le entrego en este momento.

Sin alterarse, separó el cigarro de sus labios, despidió una

bocanada de humo hacia el techo y observó:

—Veo que es usted un muchacho listo.

Sally Durke me siguió corriendo; su bata de color de rosa apenas la envolvía. Había abierto el sobre amarillo para sacar el falso telegrama. Arrojó la libreta al suelo, rompió en dos el telegrama y me tiró los pedazos a la cara.

—¡Cochino traidor! —exclamó.

—¿Algo más? —preguntó Birks.

—Nada más.

—¿Ninguna orden de prisión?

—No. Éste es un caso civil.

—Bien, amigo. Buena suerte.

—Gracias —contestó—. Y haga el favor de llamar a su perro, porque no me gusta su modo de ladrar.

Di media vuelta y me dirigí a la puerta, en el momento en que se abría para dar paso a Sandra Birks; la seguía Alma Hunter, deseosa de contenerla, y detrás, con un cigarrillo en los labios, divisé a la corpulenta Berta Cool.

—¡Caramba! ¡Caramba! —exclamó Birks, sin echar pie al suelo.

—¡Cochino! —gritó Sandra Birks—. Así te portas, ¿eh? ¿Ésa es la mozuela con la que te gastas tu dinero? ¿Así cumples tus deberes matrimoniales?

—Sí, querida —contestó Birks, después de un bostezo—. Ésta es Sally Burke. Lamento mucho que no te parezca simpática. Pero ¿por qué no trajiste a tu amigo doctor, y así tendríamos la fiesta completa?

Sandra Birks estaba tan indignada, que no supo qué contestar. Su marido se apoyó en el codo y pude notar sus facciones acentuadas, su largo y esbelto cuerpo y sus dedos afilados. Su cabello negro y lustroso estaba peinado hacia atrás.

—No tengamos bronca, Sandra —dijo—. Quieres divorciarte y lo mismo pienso yo. Y ahora, ¡largo de aquí!

—Vea usted qué marido tengo —dijo Sandra a Berta Cool—. Ahí lo tiene usted, con una rubia teñida que casi va en cueros.

Berta Cool cogió a Sandra por la cintura y la separó de la irritada rubia, con quien se estaba peleando.

—¡Gracias! —dijo Morgan Birks, aún tendido en la cama—. Me evita usted la molestia de ponerle un ojo a la funerala. Por Dios,

Sandra, contente. Recuerda que muchas veces has estado jugando con tus amantes en mi presencia.

—¡Mentira! —exclamó ella, luchando por liberarse.

—Cálmate, Sandra —dijo Alma Hunter—. No discutas. Los papeles le han sido ya entregados.

Morgan Birks se inclinó, dejó caer el cigarrillo en la escupidera y dijo a Sally:

—Siento mucho que mi mujer sea una fiera, querida mía, pero no puede evitarlo.

—Me parece que necesita una buena zurra —replicó Sally.

—Le he entregado ya esos documentos —dije a Berta Cool—. Estoy dispuesto a atestiguarlo. Lo demás ya no me importa, por eso creo que estoy aquí demás.

Y salí al corredor.

Poco después Berta sacó a Sandra de la habitación y le dirigía palabras de consuelo; La puerta fue cerrada y atrancada detrás de nosotros. Nos dirigimos al 620, y al entrar dije:

—Nunca me figuré que vería una escena como aquélla.

—No pude evitarlo —contestó Sandra—. Quise afrentar a mi marido con la prueba palpable de su infidelidad.

Se abrió entonces la puerta del cuarto de baño para dar paso al doctor Holoman. Apareció en mangas de camisa, con los puños arremangados. En ella pude notar algunas gotas de sangre y de agua.

—¿Qué ha sido este escándalo? —preguntó—. Me parece haber oído algo acerca de un doctor.

—Desde luego —contestó Berta Cool—. Me parece que al abogado de la señora Birks no le habría gustado la presencia de usted aquí.

—Vino a cuidar a Bleatie —observó Sandra—. ¿Cómo está, Archie?

—Bien —contestó el doctor Holoman—. Pero me ha costado mucho cortar la hemorragia. Estaba excitadísimo. He de insistir en que durante tres o cuatro días permanezca tendido y quieto.

Asomó la cabeza al cuarto de baño y luego cerró la puerta.

—Es una bestia —dijo Sandra Birks—. Siempre está con esas insinuaciones indecentes. Le he guardado absoluta fidelidad, hasta el punto de que ni siquiera he llegado a mirar a un hombre. Pero él

ha conseguido envenenar a mi hermano para que se ponga abiertamente contra mí.

Volví al cuarto ropero, me cambié de traje y envolví el de «botones».

Sandra se dirigió a la puerta del cuarto de baño y exclamó:

—Ya está, Bleatie. Ya le han entregado los papeles.

—¡Cállate! —contestó Bleatie—. Podría oírte.

E inmediatamente desde la otra habitación, distante y apagada, pude oír la voz de Morgan Birks, diciendo:

—Bleatie, ¿eh? Te lo agradezco, mujer. Ya podía haberlo imaginado.

—Estás loco, Morgan —gritó Bleatie—. Ya sabes que soy tu amigo. Tengo en el bolsillo una cosa para ti. Abre la puerta.

Hubo un silencio durante unos instantes, y se abrió, al fin, la puerta del cuarto de baño y Bleatie compareció entre nosotros. Llevaba la camisa y la chaqueta manchados de sangre por todas partes.

—¡Tonta! —gritó a Sandra, con voz ahogada por los vendajes de la nariz—. ¿No tienes sentido común? ¿Por qué me gritabas de ese modo? ¿No comprendías que podía oírte?

—Lo siento mucho, Bleatie.

—¡Y un cuerno! —replicó él—. En toda tu vida sólo has lamentado lo que podía perjudicarte. Y ahora que le han entregado ya los papeles a tu marido, a mí que me parta un rayo. Bueno, ya procuraré que Morgan no te pase ninguna suma para alimentos.

Salió al corredor y se dirigió a la habitación 6l8. Empezó a dar puñetazos en la puerta y, como no obtuviera respuesta, exclamó:

—¡Morgan! Déjame entrar. Soy Bleatie. Quiero hablar contigo, he de decirte algo interesante.

Berta Cool apuró su vaso y sonrió, benigna, al grupo expectante que había en la estancia. Luego Sandra se dirigió al corredor y pudo ver a Bleatie ante la puerta de la otra habitación, llamando y suplicando.

—¡Vámonos, Donald! —me pidió Berta Cool—. Vámonos a la oficina.

Miré a Alma Hunter y pude ver que me comprendía.

—Tengo una cita para ir a cenar —dije—. He de hablar de algo…

—Cenará usted conmigo, Donald —replicó Berta Cool—. Recuerde que trabaja a mis órdenes. Si Alma Hunter desea encargarle otro trabajo lo aceptaré con gusto y se lo confiaré a usted. Este asunto ha terminado. Vamos.

Saqué de mi bolsillo una tarjeta, anoté el número del teléfono de la pensión donde me alojaba y la entregué a Alma Hunter.

—Ella manda —dije—. Si me necesitas, llámame.

—Este refresco de *whisky* —dijo Berta Cool a Sandra—, forma parte de la cuenta de gastos. Diré abajo que lo pagará usted. Vámonos, Donald.

El doctor Holoman salió al corredor precediéndonos.

Tiró de la manga de Bleatie y le dijo en voz baja:

—Va usted a tener otra hemorragia. Venga.

Bleatie se libró de él y continuó golpeando la puerta.

—Abre, Morgan. No seas tonto —dijo—. Tengo algo que te ayudará a ganar en el caso del divorcio. He cuidado con mucho interés de todos tus asuntos.

El doctor Holoman se volvió rápidamente y la señora Cool, que se dirigía al ascensor; casi lo atropelló.

El doctor la agarró por el brazo, exclamando:

—Usted podría hacer algo en su favor. Va a sufrir otra hemorragia. ¿Por qué no procura meterlo en su habitación?

—No —contestó la señora Cool—. Vamos, Donald.

Una vez estuvimos en la calle, me volví a ella y le pregunté:

—¿Cuál es el caso de que me he de encargar esta noche?

—¿Qué caso?

—El que, según me dijo usted, examinaríamos a la hora de cenar.

—¡Ah! —replicó—. No hay ningún caso ni tampoco cena. —Y al observar la expresión de mi rostro añadió—: He visto que se aficiona a esa muchacha Hunter y no me gusta. Está relacionada con un asunto en que hemos trabajado. Pero como ya está listo, olvídela. Ahora, Donald, llame a un taxi y hágalo parar al lado de la acera.

Llamé al primero que pasó y en cuanto se hubo aproximado a la acera, ayudé a mi compañera a subir al vehículo.

—Usted viene conmigo, Donald —dijo ella.

—Tengo otras cosas que hacer.

—¿Adónde?

—Quiero preguntar a Alma Hunter qué día cenaremos juntos.

—Me parece que no se ha hecho cargo de mi consejo, Donald —dijo, en tono maternal.

—Es verdad —contesté.

Me descubrí en cuanto el vehículo arrancó y luego me volví hacia el hotel y tropecé contra un hombre que estaba a mi espalda.

—Dispense —le dije.

—¿Tanta prisa tiene? —preguntó.

—A usted no le importa —repliqué.

Y me esforcé en reanudar la marcha, pero otro individuo que estaba al lado del primero me interceptó el paso.

—Cuidadito, muñeco —me dijo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—El jefe quiere verlo —contestó uno de ellos.

—¿Y a mí qué me importa? —repliqué.

El primer individuo era alto y esbelto, tenía nariz aguileña y ojos duros. El otro tenía anchos hombros, caderas estrechas y un cuello muy robusto. Su nariz estaba aplastada y la oreja derecha aparecía retorcida.

—Bueno, bueno —dijo—. Nuestro amiguito se resiste. ¿Qué te parece, compañero? Y tú —añadió, dirigiéndose a mí—, ¿quieres ir a hablar con el jefe o prefieres que vayamos a decirle que te niegas a cooperar?

—¿Con qué? —pregunté.

—Contestando algunas preguntas.

—¿De qué?

—Con respecto a Morgan Birks.

Miré a los dos hombres y cambié de posición para observar el hotel, temeroso de que saliesen entonces Sandra Birks y su hermano, quienes tal vez se figurarían que yo los había traicionado o vendido. Por esto sonreí al más alto de los dos y quise acompañarlos.

—Eso ya está mejor. Pero yo suponía que acabarías consintiendo —dijo el que tenía aspecto de pugilista, mirando ansioso a ambos lados de la calle.

Un gran coche *sedan* se acercó a nosotros, y aquellos dos individuos, agarrándome por los brazos, me hicieron subir.

—Andando, John —dijo uno de ellos, dirigiéndose al chófer.

Cuando el coche hubo llegado a un barrio en que abundaban las casas particulares, empecé a sentir algún recelo.

—Vamos a ver, ¿de qué se trata? —pregunté.

—Mira, muñeco —contestó uno de ellos, que, según pude averiguar, se llamaba Fred—. Ahora vamos a vendarte los ojos, porque sería peligroso para ti ver demasiadas cosas.

Me volví y le asesté un puñetazo en la barbilla, aunque al parecer ni siquiera lo notó. Sacó un pañuelo, y a pesar de mi resistencia y de mis gritos, me cubrió los ojos. Luego el otro me sujetó las manos, en tanto que el automóvil daba una serie de vueltas para que perdiese por completo el sentido de la dirección.

Poco después noté que el vehículo avanzaba por una avenida particular. Oí cómo se abría la puerta de un garaje. Me quitaron la venda y vi que, en efecto, me hallaba en un garaje. Se abrió otra puerta y empezamos a subir por una escalera que nos llevó a un corredor; luego atravesamos una cocina y un comedor, para llegar a una sala.

—¿Qué es eso? —pregunté—. ¿Quién es ese jefe?

—Siéntate —dijo el más grueso de los dos—. El jefe no tardará en venir. Te hará unas preguntas y luego te llevaremos otra vez al centro de la ciudad y podrás olvidar por completo el asunto.

Resignado, esperé. Oí en el corredor unos pasos rápidos y un individuo muy gordo, de labios y mejillas abultados y frente inundada de sudor, penetró en la estancia con el paso rápido y ligero de un bailarín profesional. Era pequeñito y muy gordo, pero andaba erguido y sacando la barriga. Sus piernecitas se movían con gran agilidad.

—El jefe —dijo el más alto de los dos hombres.

—¿Quién es, Fred? —preguntó el otro, sonriendo.

—Trabaja con una mujer llamada Cool, que tiene una agencia de detectives. Fueron encargados de entregar unos documentos a Morgan Birks, relativos al divorcio. Y ése andaba rondando el hotel Perkins.

—Bien, bien —contestó el jefe, sonriendo afablemente—. Es verdad. Dispense si no lo he reconocido. ¿Cómo se llama usted?

—Donald Lam.

—Me alegro mucho de conocerlo, señor Lam, y le agradezco en

extremo su visita. Ahora dígame, señor Lam. Usted trabaja a las órdenes de la señora Cool, que, según me dicen, tiene una agencia de detectives. ¿Lleva usted mucho tiempo en ese empleo?

—No, señor.

—¿Qué? ¿Y le agrada ese trabajo?

—Sí, señor.

—Sí; realmente es un buen comienzo para un hombre joven lleno de recursos y de inteligencia. Desde luego es una excelente oportunidad. Ha hecho usted muy bien en dedicarse a eso, porque me parece vivo e inteligente.

Le di las gracias en tanto que él seguía riendo.

—Ahora dígame —añadió—. ¿Cuándo vio usted por primera vez a Morgan Birks?

—Ya he dado mi parte a la señora Cool, señor —contesté.

—Claro está. Comprendo que mi pregunta es, tal vez innecesaria.

Se abrió una puerta para dar paso a una mujer de gran corpulencia. Era enorme; tenía los hombros muy anchos, las caderas desarrolladas y elevada estatura. Vestía una bata que dejaba al descubierto su cuello poderoso y sus brazos bien desarrollados.

—¡Caramba, caramba! —exclamó el hombrecillo—. Aquí está mi mujercita. Te agradezco mucho que hayas venido, Madge. Precisamente preguntaba al señor Lam por Morgan Birks. Mira, querida, te presento a Donald Lam. Es detective y trabaja en la agencia Cool. Y ahora siéntate, amor mío. Y hazte cargo del asunto. Señor Lam, le presento a mi esposa.

Comprendí que me hallaba en un apuro. Pero me puse en pie e hice una reverencia, añadiendo:

—Tengo mucho gusto en conocerla.

Ella no replicó:

—Siéntese, Lam, siéntese. Sin duda ha pasado usted un día muy atareado. Ustedes, los detectives, tienen siempre mucho que hacer. Y ahora vamos a ver, Lam. Creo que tenía usted la misión de entregar unos documentos a Morgan Birks. ¿No es así?

—Sería mucho mejor que se pusiera en contacto con la señora Cool.

—¡Caramba! Me parece una magnífica idea, Lam. Pero el caso es que no tenemos tiempo y que ignoramos dónde está ahora esa

señora. Y como usted se encuentra aquí, tal vez podría darnos esos datos.

No contesté una palabra.

—Supongo —añadió el hombrecillo— que no se conducirá usted con obstinación, señor Lam. Crea que mi deseo ardiente es ver que no se muestra testarudo y obstinado.

Guardé silencio y entonces el pugilista dio un paso hacia mí.

—Un momento, Fred —dijo el jefe— no seas impulsivo. Deja al señor Lam que cuente las cosas a su manera. Y no le interrumpas ni trates de darle prisa. Ahora, señor Lam, empecemos por el principio.

—¿Quiere usted hacerme el favor de decirme lo que quiere saber y por qué quiere saberlo? —pregunté.

—Así me gusta —replicó él, sonriendo bondadosamente—. Así me gusta. Ahora le diremos lo que deseamos saber y usted nos lo dirá. Tenga en cuenta, señor Lam, que somos hombres de negocios. Estamos asociados con Morgan Birks y éste tiene… lo que pudiéramos llamar ciertas obligaciones para con nosotros. Y deseamos que no olvide esas obligaciones. Usted estaba encargado de entregarle unos papeles y por nada del mundo quisiéramos impedirle que lo haga. ¿No es así, Fred? Ya ve usted como los muchachos están de acuerdo conmigo. No queremos impedirle que cumpla su misión, Lam. Pero, una vez haya terminado, podemos preguntarle dónde está el señor Birks.

—Desde luego, con el permiso de la señora Cool no tendré ningún inconveniente en complacerles —dije—. Como ya saben ustedes, ella es mi jefe, y no puedo hacer nada sin su consentimiento.

El más alto de aquellos dos individuos se dirigió al hombre gordo y le dijo:

—Tal vez convendría que Fred lo suavice un poco. Al parecer, ese individuo esperaba encontrar a Morgan Birks en el hotel. Por lo menos allí se trasladó toda la cuadrilla, es decir, Sandra Birks, su hermano, que ha llegado del Este y que se rompió la nariz en un accidente de automóvil, y otro pajarraco, que parece llamarse Holoman y que, según creo, no tiene nada que ver en el asunto; Alma Hunter, Berta Cool y ese individuo… Salió con Berta Cool del hotel, la metió en un taxi y cuando se proponía regresar al hotel se

lo impedimos nosotros.

—Vale más, señor Lam, que conteste a mis preguntas, porque el asunto es realmente importante para nosotros y, a veces, los muchachos son violentos. Nadie lo deplora más que yo. Pero ya sabe usted cómo son los chicos. Los pocos años…

—Creo que la señora Cool no tendría inconveniente en colaborar con usted si se pone en contacto con ella —dije—. Y me parece que tiene unos informes muy útiles para ustedes. Desde luego, su negocio consiste en obtener informes, que vende a sus clientes.

—Comprendo —contestó el hombre gordo—, y es una buena idea. ¡Ya lo creo! Tendré que ponerme en relación con esa señora. ¿Qué te parece, amor mío?

Aquella mujer enorme no cambió de expresión. Me miró con sus ojos fríos, como si yo fuese un bicho raro.

—Hay que ablandarlo —dijo al fin.

El pugilista inclinó la cabeza para afirmar y disparó su brazo con la rapidez propia de una serpiente.

Me agarró por la corbata y tiró de ella hasta dejarme medio ahogado. Luego manteniéndome agarrado de aquel modo, me obligó a ponerme en pie para forzarme inmediatamente después a sentarme. Y así, sucesivamente, una serie de veces, hasta que por fin quedé derrengado de aquel violento ejercicio. Al notarlo, mi verdugo retrocedió un paso y me soltó.

—Ahora habla, vamos —dijo, sin dar gran importancia al asunto, como si estuviera acostumbrado a aquel trabajo y le molestara verse obligado a realizarlo después de las cinco de la tarde.

—Eso está bien —dijo el hombre gordo, sonriendo afable—. Fred tiene razón, señor Lam. Pero, en fin, no haga usted caso de lo ocurrido, porque no tiene ninguna importancia. Cuando nos haya dicho lo que deseamos, podrá arreglar el desorden de su traje y cuidar de alguna pequeña contusión que pueda haber recibido. Fred le ayudará. Y ahora dígame cuando vio a Morgan por última vez.

—¡Váyase usted al diablo! —repliqué.

—Un momento, Fred —dijo el hombre gordo, conteniendo al pugilista—. Ese joven es animoso. Vamos a ver lo que dice mi mujercita. ¿Qué te parece, amor mío? ¿Deberíamos…?

—Adelante —dijo ella a Fred.

Éste me agarró por la corbata. Yo, anticipando su movimiento, le dirigí un puñetazo a la región estomacal, pero de repente sentí que algo golpeaba mi brazo derecho y en seguida recibí un tremendo puñetazo en la mandíbula. Mis pies perdieron el contacto con el suelo y eché a volar. Vi numerosas estrellas y sentí una molestia horrible en el estómago. Cuando me esforzaba en enfocar la mirada, vi que se aproximaba un puño, pero, antes de que pudiese evitarlo, me golpeó el rostro. Al parecer, desde gran distancia, una voz femenina exclamaba: «Dale más en las costillas, Fred». Recibí otro golpe en la boca del estómago, me doblé como un cortaplumas y pude darme cuenta de que había ido a dar contra el suelo.

Oí la voz del hombre gordo, confusa como si fuese de una estación de radio lejana.

—Cuidado, Fred. No te excedas. Recuerda que deseamos hacerle hablar.

—Estamos perdiendo el tiempo —contestó el pugilista—. Ese individuo tiene los documentos en su poder y está dispuesto a entregarlos.

Al mismo tiempo, extendió la mano y, agarrándome por el cuello de la ropa, me levantó violentamente.

Después sentí cómo registraba sus bolsillos.

—Éstos son los originales. No tiene ninguna copia ni nada.

—¿No comprendéis, tontos, que los ha entregado ya?

—Pues estoy seguro de que no ha sido así —replicó Fred—. Sé que llevaba esos documentos consigo cuando se dirigió al Hotel Perkins. Cinco minutos después, Alma Hunter fue a reunirse con él. Se hicieron pasar por marido y mujer. Más tarde entraron Sandra Birks y su hermano y entonces salió él. Cuando estuvo en la calle, examinó los documentos para convencerse de que los llevaba y se los guardó otra vez. Por teléfono expidió un telegrama, pero no sé a quién, porque las chicas del telégrafo no quisieron decírmelo. Luego lo seguí hasta la tienda de un ropavejero. Alquiló un uniforme de «botones» y volvió al hotel. Permaneció allí veinte minutos y salió con la señora Cool.

—¿Y cuándo fue al hotel la señora Cool? —preguntó el jefe.

—Jerry, que estaba de guardia, dijo que llegó veinte minutos antes de que regresara ése con su disfraz.

Yo estaba tendido en el suelo, dolorido y casi inconsciente. Cada vez que quería respirar me dolían los costados. Sabía que el líquido tibio que resbalaba por mi rostro era sangre, pero estaba demasiado débil para intentar cosa alguna contra aquella gentuza.

—Llamad por teléfono a Jerry —ordenó la mujer—. Encargadle que registre bien el hotel, porque Morgan Birks está allí.

—No puede ser —insistió Fred—. Vigilábamos muy bien. Jerry está allí desde la semana pasada y nos consta que Birks no ha llegado aún. Y, sin embargo, allí debía de encontrar a su amante.

—¿Y habéis seguido a ese individuo o lo recogisteis en el hotel? —preguntó la mujer.

—En el hotel.

—¿Y ha entregado esos documentos en el hotel?

Alguien me obligó a ponerme en pie, agarrándome por la nariz, que ya me dolía algo más de la cuenta. Luego me pareció que me la arrancaban y la voz de Fred que, al parecer, seguía cansado de su trabajo, ordenó:

—Habla.

—No le toques la cara, Fred —ordenó la mujer.

Recibí un puntapié en la rabadilla y resonó en la parte superior de mi cabeza.

—Habla de una vez —exclamó Fred—. ¿Has entregado esos papeles?

Oí el timbre del teléfono. Todos se quedaron silenciosos. Percibí unos pasos que se acercaban al aparato, el cual cesó en su llamada. Luego la voz del hombre alto dijo:

—Sí, es aquí. ¿Quién llama? Sí, Jerry… Oye, Jerry… Creemos que está en el hotel… Te aseguro que los ha entregado… Desde luego, debe de usar un nombre supuesto y tal vez se ha escondido… Bueno, regístralo todo, porque no tiene más remedio que estar ahí.

Colgó el teléfono y dijo:

—Dos minutos después de salir nosotros, lo hicieron Sandra Birks, su hermano y Alma Hunter. También ha salido otro individuo que no sabemos quién es. Jerry dice que alguien le dio el título de doctor. Cree que el hermano tuvo una hemorragia y que llamaron al médico para contenerla. Eso es todo lo que han podido averiguar.

Lentamente, yo iba recobrando el sentido y oí que la mujer decía:

—No hay duda de que entregó las copias de esos documentos y que guarda los originales como comprobante.

—¿Quiere usted ganar fácilmente algún dinero, señor Lam? —preguntó el hombre gordo.

Nada repliqué, porque era mucho más fácil no contestar preguntas.

—Si quisiera usted, por ejemplo, quinientos o seiscientos dólares, creo que nos pondríamos de acuerdo. Para eso habría de darnos los detalles que nos permitiesen encontrar al señor Birks. Quizás usted podría…

—¡Cállate! —le interrumpió su mujer—. ¿No ves que no te entiende siquiera? No seas tonto.

—Ya ha oído usted lo que dice mi mujercita —observó él—. Y creo que tiene razón. ¿Se encuentra usted muy mal?

Yo me iba reponiendo poco a poco, pero cuanto mejor estaba, peor me encontraba, porque así que empezó a desaparecer el efecto atontador de los golpes sentí el dolor.

El teléfono llamó de nuevo y el jefe ordenó a Fred que contestara.

—¿Diga?… Sí… —dijo Fred. Guardó silencio unos instantes, y añadió—: En eso dan pruebas de una astucia tremenda. —Volvió a guardar silencio y al fin dijo—: No cuelgue. —Y, atravesando la sala, se dirigió a su jefe y le anunció—: Hay noticias. Vayamos a otro lado para hablar.

—Tú, John —dijo el jefe dirigiéndose al otro individuo—, te encargarás de vigilar a ese joven.

Oí pasos que se alejaban y permanecí inmóvil pensando en que me dolía mucho el costado. Poco después oí otra vez que Fred hablaba ante el teléfono.

—Está bien. Eso concuerda. Yo mismo me encargaré del trabajo. Adiós.

Regresaron todos a la sala y el jefe, dirigiéndose a Fred, me señaló. Fred dijo:

—Has pasado un rato malo, muñeco, pero al fin y al cabo, si ahora te duele la nariz, la barbilla y los costados, pronto pasará. Voy a lavarte con agua fría.

Me obligó a tomar aliento, me quitó la chaqueta y empezó a aplicarme paños mojados por la frente. Empecé a pensar con mayor

coherencia y al fin pude enfocar la mirada.

—Esa corbata está hecha un guiñapo —dijo—. Iré a ver si encuentro una del jefe. ¿Y la camisa? No es posible utilizarla. Limpiaremos la sangre de la chaqueta. Con agua fría bastará. Ahora siéntese.

Me quitó la camisa, dejándome el torso desnudo y me frotó con agua fría. Empecé a sentirme mejor.

La mujer entró en el cuarto de baño, llevando una camisa y dijo:

—Me parece que le servirá.

Fred le pidió una corbata, una botella de alcohol y sales aromáticas, asegurando que con todo eso me dejaría nuevo.

Poco después le entregaron lo pedido y él empezó a cuidarme como lo hacen los cuidadores a un boxeador en los descansos.

—Lo más interesante —dijo— es que no tienes nada roto. La nariz estará encarnada unos cuantos días y te dolerá. No te toques si quieres sanarte. Ahora un poco de alcohol en la nuca. Así. Voy a golpearte el pecho con un trapo mojado. Te duele, ¿verdad? Lo siento. Pero no hay nada roto. Tú tienes la culpa, por haber querido pegarme, Lam. Y ahora voy a darte una lección muy útil. Cuando quieras dar un puñetazo a alguien, no hagas retroceder el brazo antes, porque el otro se da cuenta de tu intención. Me sabe mal que estés tan dolorido, porque de lo contrario, te daría una lección práctica, en la que ganarías enormemente. Desde luego, eres valeroso, pero tienes poco pecho para resistir un puñetazo. Debes esforzarte en esquivarlo y para eso hay que trabajar con los pies. Bueno, fíjate, ya no sale sangre. El agua fría es una gran cosa. Llevarás el pelo mojado unas cuantas horas, pero eso no perjudica a nadie. Voy a ponerte la camisa. No va mal con el traje.

—Dale un poco de *whisky*, Fred —aconsejó la mujer.

—Mejor será coñac —contestó Fred—. Dele un buen vaso de esa botella que tiene el patrón. El pobre es demasiado ligero para esos puñetazos. El que le di en la mandíbula fue estupendo. ¿Cómo va, compañero? No te falta ningún diente. Me alegro. Claro está que te duele y seguirá doliéndote algunos días.

Madge regresó con un buen vaso de coñac.

—Es la bebida favorita del jefe —observó Fred—. Después de comer toma una copita, pero tú trágalo de una vez. Verás qué bien te sienta.

Obedecí y, en el acto, sentí un calor que me reanimó en gran manera.

—Bueno, ahora ponte la chaqueta y al coche. ¿Quieres que te lleve a algún sitio determinado, muchacho?

Yo le seguí, débil y atontado, pero di las señas de mi alojamiento.

Fred cambió algunas miradas con la mujer. Luego me ayudó a levantarme y salí a la otra estancia, donde me recibió el jefe con cariñosa sonrisa.

—¡Caramba! ¡Caramba! —exclamó—. Tiene usted un aspecto diez veces mejor. ¡Qué bien le sienta esa corbata! Sí, señor, magníficamente. Mi esposa me la regaló en la última Navidad.

Se echó a reír, me tomó la mano, me la estrechó y dijo:

—Querido Lam, se ha conducido usted de un modo magnífico. Es usted un valiente. Ojalá tuviese algunos hombres como usted. Y dígame: ¿no está dispuesto a comunicarnos algo?

—No.

—No se lo censuro, amigo. —Siguió estrechándome la mano, y dirigiéndose a Fred añadió—: Llévalo a donde quiera y cuídalo bien. No vayas demasiado aprisa, porque el pobre está dolorido todavía. Bueno, Lam, querido amigo, ya nos veremos otra vez. ¡Quién sabe! Supongo que no nos guardará usted rencor. Dígamelo, porque tendría un disgusto si no fuese así.

Al observar que yo no contestaba, me miró ceñudo, pero luego se echó a reír.

—Bien, muchacho; me gusta esa entereza, me gusta. La cabeza ensangrentada, pero erguida. ¡Eso es! Es una lástima, Fred, que ese muchacho no tenga más carnes, porque te habría dado una paliza. Salió de su silla como si lo hubiese disparado un cañón.

—Sí, el joven no tiene bastante fuerza para hacer daño a un mosquito —dijo Fred—, pero no se puede negar que es valiente.

—Bueno, llévalo a donde quiera. Procura que no pueda localizar esta casa, para encontrarla luego. Además, Lam, le agradezco mucho su visita y no se enoje si tomo esas precauciones, pero deseo que si alguna vez vuelve aquí lo haga con nosotros y no con otras personas.

Se echó a reír, y Fred dijo:

—Andando, muchacho. Ponte el pañuelo en los ojos y vámonos.

Me vendó los ojos y entre él y su jefe me llevaron hasta el coche. Poco después sentí el aire fresco en mi rostro. Cuando habíamos viajado por espacio de cinco minutos, Fred me quitó la venda de los ojos, recomendándome que me reclinara bien en los almohadones. Y me aseguró que guiaría despacio.

Era un buen conductor y con la mayor habilidad sorteó los obstáculos que se presentaban en su camino, hasta llegar a mi casa. Abrió la portezuela y me ayudó a bajar. La señora Smith abrió la puerta y me dirigió una mirada elocuente. ¡Un inquilino que le debía cinco semanas de alojamiento y que volvía borracho a casa!

—No me mire usted así, señora —dijo Fred—. Ese muchacho está bien. Ha sufrido un accidente de automóvil, de modo que ahora necesita ir a acostarse.

Ella se acercó para olerme el aliento, y al notar que había bebido coñac, contestó:

—Sí, ya veo que ha sido un accidente de automóvil. Seguramente ha sido disparado contra un camión lleno de *whisky*.

—De coñac, señora —contestó Fred—; de un magnífico coñac de setenta y cinco años. El jefe le ha dado un trago para reanimarle.

—Hoy he obtenido un empleo —dije.

—¿Y cuándo me paga usted? —preguntó, mientras se iluminaban sus ojos.

—La semana próxima —contesté—, cuando cobre.

—¡Un empleo! —dijo ella—. Supongo que lo habrá festejado.

Metí la mano en el bolsillo y le mostré el carnet que me diera Berta Cool. Ella lo leyó y dijo:

—Un detective particular. Lo cierto es que no tiene usted tipo para eso.

—No diga eso, señora —exclamó Fred—. Ese muchacho es valiente y alcanzará el éxito en cualquier cosa. Bueno, adiós, Lam; ya volveremos a vernos un día de éstos.

Se volvió para bajar la escalera y yo dije a la señora Smith:

—¡De prisa! Vaya a ver qué número tiene ese automóvil. —Y al notar que titubeaba, añadí—: Me debe dinero, y si cobro podré pagarle a usted.

Con ese incentivo, ella se dirigió a la calle. Fred partió rápidamente. Luego volvió la señora Smith diciendo:

—No estoy muy segura, pero el número era 5N1525 o 5M1525.

Busqué un lápiz en mi bolsillo y anoté los dos números en un pedacito de papel. Luego, con alguna dificultad, subí los tres tramos de la escalera. Ella se quedó mirándome y dijo:

—No se olvide usted, señor Lam, de que necesito el dinero.

—Pierda cuidado —le contesté.

capítulo siete

LA insistente llamada a mi puerta me obligó a despertar del sueño o del sopor en que estaba sumido. Oí la voz de la patrona que decía:

—Levántese, señor Lam, levántese.

Extendí la mano para encender la luz. Me pareció que mi cuerpo se iba a romper en dos. Hallé el conmutador, lo hice girar y luego, cojeando, me dirigí a la puerta del pequeño dormitorio, situado en la buhardilla.

La patrona llevaba una bata que le daba el aspecto de un saco de patatas. Y con voz aguda e indignada, exclamó:

—No sé cuál será ese trabajo de usted, pero ya estoy harta. Después de tener paciencia tantas semanas para cobrar, ahora…

—¿Qué pasa? —pregunté, sintiendo un dolor extraordinario en los labios y en la nariz.

—Llama una mujer por teléfono, diciendo que necesita hablar con usted. Y, a gritos, me ha dicho que es asunto de vida o muerte. No sabe usted lo que ha sonado este teléfono. Seguramente ha despertado a toda la casa. Luego he tenido que subir toda la escalera y pasar una hora llamando a la puerta para…

—Gracias, señora Smith.

—Gracias, ¿eh? Pues no tiene ninguna gracia despertar a todo el mundo y…

Obligué a mi dolorido cuerpo a moverse, tomé un albornoz que me puse encima del pijama y metí los pies en unas zapatillas. El vestíbulo parecía estar muy lejos. Se me ocurrió que tal vez sería Alma, porque aun cuando Berta Cool era capaz de llamarme a tal hora, no me parecía…

Tomé el receptor, lo llevé a mi oído y pude percibir la voz de Alma:

—¡Oh, Donald! ¡Cuánto me alegro de hablar contigo! Ha

ocurrido una cosa horrible.

—¿Qué?

—No puedo decírtelo por teléfono.

—¿Dónde estás?

—En la cabina telefónica del vestíbulo de la casa de Sandra.

—¿Y dónde nos veremos?

—No me muevo de aquí. Es decir, que me encontraré al lado del teléfono. Ha ocurrido algo espantoso. Ven en seguida.

—Bien —dije.

Colgué el teléfono y subí la escalera con toda la prisa que me consentían mis dolores. Pasé por el lado de la señora Smith, que bajaba y me dijo:

—Hay en la casa, señor Lam, muchas personas que desean dormir otra vez.

Una vez en mi cuarto, me quité lo que llevaba para vestirme y, sin acabar de hacer el nudo de la corbata, bajé la escalera hacia la calle. Al cabo de un espacio de tiempo interminable, pasó un taxi, lo llamé y le di las señas. Una vez en el vehículo, me dirigí al chófer y le pregunté:

—¿Qué hora es, compañero?

—Las dos y media.

Era tan malo mi reloj, que no lo quisieron en ninguna casa de empeños. Pero, poniéndolo en hora todos los días, me era posible conocer la hora de un modo aproximado. Además, lo había dejado a la cabecera de mi cama. Me registré los bolsillos para tener la seguridad de que llevaba el carnet que me diera Berta Cool.

Luego saqué el dinero del bolsillo y lo conté en la palma de mi mano mientras observaba las cifras que iban apareciendo en el taxímetro. Cuando el conductor paró el coche ante la casa, vi que el taxímetro marcaba cinco centavos menos de lo que yo tenía.

Le entregué todas las monedas, diciendo al mismo tiempo:

—Gracias, muchacho.

Abrí rápidamente la portezuela y salí. El vestíbulo estaba alumbrado, pero al ver que no había nadie ante el pequeño pupitre, di un puntapié en la puerta de la cabina telefónica y, en efecto, ésta se abrió y se presentó Alma.

La contemplé sorprendido. Vestía un pijama de seda y una bata muy fina.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté.

—He pegado un tiro a alguien —dijo con voz ronca.

—¿A quién?

—No lo sé.

—¿Lo has matado?

—No.

—¿Has avisado a la policía?

—No.

—Bien, pues lo haremos en seguida —contesté.

Y la llevé de nuevo a la cabina telefónica.

—¿No será mejor que antes te diga…?

—Que has pegado un tiro a alguien. Cuéntaselo a la policía, sin olvidar detalle.

—Dame un níquel, haz el favor —dijo, volviéndose a mí.

Me registré los bolsillos, pero no llevaba una sola moneda, porque las había entregado todas al conductor del taxi. Intenté hacer funcionar el teléfono, pero pronto me convencí de que éste no quería hacerlo si no echaba una moneda en la ranura.

—¿Cómo me has telefoneado? —pregunté.

—Entró un señor —contestó—. Estaba borracho. Le conté una historia de que mi marido no me dejaba entrar en casa y le pedí una moneda de níquel para telefonear. Y él me la dio.

—Bueno, pues, vamos arriba.

—No puedo. No tengo las llaves y la puerta se cierra de golpe.

—Avisaremos al encargado. Ahora dime que ha ocurrido.

—Me fui a dormir y, de pronto, desperté notando que había alguien en la habitación. Estaba inclinado sobre la cama y con la mano cerca de mi nariz, dispuesto a estrangularme. Me quedé paralizada de miedo; pero, de pronto, recordé tu consejo, es decir, que importaba poco que la bala diera o no a mi enemigo. Por lo tanto, saqué la pistola de debajo de la almohada y oprimí el disparador. Antes de acostarme había quitado ya el seguro. La pistola dio un estampido horrible. Solté el arma y empecé a chillar.

—Y ¿qué más?

—Pues que, sin darme cuenta, tomé la bata que tenía encima de la cama. Fui a la otra habitación y después al vestíbulo.

—Pues todavía seguirá allí —observé— si no ha podido salir por una ventana. Además, es muy poco probable que le hayas dado.

—¡Oh, sí! —exclamó—. Porque aquel hombre se cayó al suelo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo oí.

—¿Y se movió después?

—Sí, creo que sí. Oí algo, pero estaba atontada de miedo. Eché a correr hacia el ascensor, me metí en la cabina, bajé, aún asustada de la situación en que me veía. Fíjate, ni siquiera con las prisas me puse las zapatillas.

Contemplé sus pies, que tenían las uñas teñidas, y dije:

—Bueno, vamos a buscar al encargado. No te asustes, Alma. Probablemente será un ladrón, alguien que anda buscando papeles de Morgan Birks o que se figuró encontrar allí su dinero. ¿Dónde estaba Sandra mientras tanto?

—Salió.

—¿Y Bleatie?

—No lo sé, aunque supongo que estaría acostado en la otra habitación.

—¿Y no oyó el tiro?

—No lo sé.

—Oye, Alma —dije—: ¿Y no habrá sido Bleatie el que…?

—Y ¿para qué habría de entrar en mi cuarto?

—Bueno, vamos a buscar al encargado —dije.

Pero en aquel momento se detuvo un automóvil ante la puerta.

—Aquí viene alguien —dije—. Vamos a ver si consigo que me den un níquel para telefonear a Jefatura. Prefiero hacer eso que avisar al encargado.

—Si pudiésemos abrir la puerta del piso, yo tengo algún dinero en mi bolso —dijo Alma Hunter.

—Bien, ya veremos quién es y…

Pude ver vagamente al chófer del automóvil. Se apeó una muchacha y en cuanto lo hubo hecho, el coche emprendió la carrera. Aquella mujer sacaba la llave de su bolso y cuando estuvo ante la puerta, pude notar que era Sandra Birks.

Retrocedí hasta la cabina telefónica y dije:

—Ahí viene Sandra. Sube con ella. Y ahora dime, Alma, ¿cómo se explica que nadie oyera el tiro?

—No lo sé.

—¿Pero no lo habrá oído nadie?

—Creo que no. Por lo menos, al parecer, nadie se ha alarmado.

Apareció Sandra Birks, andando rápidamente. Tenía los ojos luminosos y las mejillas encendidas. Cuando pasaba por delante de nosotros me adelanté exclamando:

—¡Un momento!

Se sorprendió mucho al verme y luego se quedó contemplando a Alma, que estaba de espaldas y sólo se cubría el cuerpo con el pijama y la bata.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Si tiene usted un níquel —dije—, llamaremos a la policía. Alma ha disparado un tiro contra alguien.

—¿Contra quién?

—Sin duda era un ladrón —exclamó Alma.

—Quizás el mismo que…

Sandra se interrumpió para mirar al cuello de su amiga y ésta afirmó.

—¿De dónde has sacado la pistola?

Yo me disponía a contestar la verdad, pero Alma se anticipó, diciendo:

—Ya la tenía en Kansas City y la guardaba en el fondo de mi maleta.

—Subamos a ver que ha ocurrido, antes de… —dijo Sandra.

—No —interrumpí—. Ya hemos tardado demasiado. Hay que avisar a la policía.

—Pero ¿qué pasa? ¿No tiene usted un níquel? —preguntó Sandra.

—No —contesté, mirándola fijamente.

Abrió el bolso, sacó un níquel y me lo dio. Volví a la cabina telefónica, en tanto que Sandra y Alma se alejaban hablando en voz muy baja. En aquel momento oí la sirena de la policía a corta distancia. Y en el momento de descolgar el receptor, se detuvo un automóvil de la patrulla de la policía. Un agente empujó la puerta y al ver que no se abría, llamó. Sandra y Alma fueron a abrir. Y aunque estaba cerrada la puerta de la cabina, oí que decía:

—Alguien ha comunicado que se ha oído un disparo en el 419. ¿Sabe usted algo de eso?

—Yo vivo ahí —contestó Sandra.

—¿Y hubo, realmente, un disparo?

—Acabo de llegar.

—¿Quién es esta señora?

—Vive conmigo. Parece ser que oyó un tiro.

—Subamos.

Las metió en la cabina del ascensor y a través del auricular del teléfono oí una voz masculina que exclamó: «Diga». Aguardé un momento y volví a colgar el receptor.

Al parecer, nadie me había mencionado siquiera.

Observé la luz indicadora del ascensor, que se detuvo en el cuarto piso. Esperé para ver si lo habían hecho bajar, y en vista de que no ocurría así, oprimí el botón, pero el indicador no se movió. Sin duda habían dejado las puertas abiertas. A aquella hora de la noche sólo funcionaba el ascensor y, además, era automático.

En dos minutos subí al cuarto piso y me dirigí al departamento 419.

Estaba abierta la puerta y pude oír voces procedentes del dormitorio de la derecha. Estaban encendidas las luces. Entré y miré por la puerta. Las dos mujeres estaban frente al agente. Alma Hunter, muy pálida y valerosa, y Sandra Birks, inexpresiva. Tendido de espalda en el suelo y con un brazo estirado, en tanto que sus ojos vidriosos reflejaban la luz del techo, se hallaba Morgan Birks.

—¿De dónde ha sacado usted esa pistola? —preguntó el policía a Alma.

—Ya la tenía.

—¿Cuándo la compró?

—No la compré, sino que me la dio un amigo.

—¿Dónde y cuándo?

—En Kansas City. De eso hace ya algún tiempo, aunque no recuerdo cuánto.

Sandra Birks me vio y contrajo los ojos. Llevóse un dedo a los labios y, al bajar la mano, me hizo seña para que me alejara.

El agente se fijó en su expresión o en el movimiento, porque dio media vuelta y me miró.

—¿Quién es éste? —preguntó.

—¿Qué ha sucedido? —interrogué, mirando al hombre tendido en el suelo.

—Creo que tiene una habitación en este mismo piso —observó Sandra.

—Usted se marcha —exclamó el policía, dirigiéndose a mí—; Aquí se ha cometido un homicidio y no deseamos curiosos. ¿Quién es usted? ¿Por qué…?

—¿Por qué no pone un aviso en la puerta? —repliqué—. Me figuré que había ocurrido algo desagradable y como la puerta está abierta…

—Bueno —dijo—. Siga usted su camino y vamos a cerrarla.

—No se ponga tonto, porque tengo derecho a mirar cuando encuentre una puerta abierta y no puede usted sacarme.

—Ahora lo verá —replicó, poniéndome la mano sobre la espalda entre los hombros.

Me agarró la chaqueta y me dio un empujón.

Salió al vestíbulo con tanta prisa, que me vi obligado a extender la mano para no chocar contra la pared del lado opuesto. A mi espalda se cerró la puerta con ruido y oí que daban vuelta a la llave.

Los policías son así. Si yo hubiera querido marcharme, me habría obligado a quedarme y aun quizá me sometería a un interrogatorio doloroso. Pero al insistir en que tenía derecho a quedarme, resultó mi expulsión, sin hacerme pregunta alguna. Así demostró su autoridad y la superioridad de un agente de policía sobre el pobre e indefenso ciudadano que paga impuestos.

Ignoraba lo ocurrido, pero me bastó la señal que me hizo Sandra. No tenía ninguna necesidad de que se desplomara una casa sobre mí. Entré en el ascensor y bajé. Me dolían las costillas cada vez que respiraba y el empujón que acababa de recibir no contribuyó a curarme.

Al lado de la acera esperaba el coche de la policía, provisto de radio. Vi a otro agente, sentado, que prestaba atención a las llamadas por radio. Cuando salí estaba tomando notas y me dirigió una aguda mirada. Pero la radio daba la descripción de un individuo a quien andaban buscando y así me dejó pasar, sin fijarse mucho en mí.

Me esforcé en seguir andando, sin llamar la atención, hasta llegar a la esquina. Busqué con la mirada algún taxi. A mi espalda podía oír los gritos de la radio de la policía; que, con voz monótona, iba diciendo:

—… unos treinta y siete años de edad, un metro setenta y cinco de estatura, ochenta kilos de peso, más o menos; lleva un sombrero

de fieltro gris, de ala ancha, camisa con lunares rojos. Cuando se le vio por última vez, huía de la escena del crimen…

Di la vuelta a la esquina y se me presentó un taxi.

Me apresuré a llamarlo.

—¿A dónde vamos? —preguntó el chófer.

—Calle abajo, hasta que le avise.

Cuando hubimos dejado atrás media docena de manzanas, recordé que no tenía un solo centavo para pagar. Calculé que el taxímetro señalaría unos sesenta y cinco centavos en cuanto hubiésemos llegado a la agencia de Berta Cool. Le di el número de su casa y me recliné en el respaldo.

—Espere aquí —dije apeándome.

Crucé la acera, busqué el nombre de Berta Cool en el letrero que había en el zaguán y luego oprimí el botón del timbre.

Si Berta Cool no estaba en su casa, no había duda de que yo pasaría un rato muy malo con el chófer.

Con gran sorpresa mía, resonó el zumbador casi en seguida. Empujé la puerta y me vi en un oscuro corredor. Berta Cool vivía en el quinto piso. No me fue difícil dar con su habitación. Tenía la luz encendida y en cuanto llamé a la puerta, abrió. Estaba despeinada y el cabello aparecía colgando alrededor de su rostro; Éste daba la impresión de que se hallaba hinchado, pero por entre aquellas masas de carne, sus ojos me miraron fríamente. En torno de la cintura llevaba un albornoz y por el escote pude ver el principio de su maciza garganta.

—¿Qué le ha pasado? —me preguntó—. ¿Quién le ha pegado? Entre.

Obedecí y ella cerró la puertas La vivienda se componía de dos habitaciones y una cocina muy pequeña, que se hallaba en la parte posterior de la sala. El dormitorio tenía la puerta entreabierta. Pude ver la cama, un teléfono en un soporte, a veinte centímetros de la almohada, dos medias en el respaldo de una silla, un montón de prendas de ropa, que parecían haber sido tiradas sin orden ni concierto. La sala era de reducidas dimensiones y olía a colillas. Se dirigió a la ventana, la abrió y, mirándome atentamente, dijo:

—¿Qué le pasa? ¿Lo ha atropellado un camión?

—Me han pegado unos jayanes y luego un policía me ha dado un empujón —dije.

—Bueno. No me lo cuente hasta que haya encontrado los cigarrillos. ¿Dónde los habré metido? Al acostarme tenía un paquete entero.

—Están en el taburete, al lado de la cama —dije.

—¡Caramba! Veo que es buen observador —exclamó asombrada. Se dejó caer en un sillón y continuó diciendo—: Vaya a buscarlos, Donald, y no me diga nada hasta que haya chupado un par de veces el cigarrillo.

Le llevé la cajetilla, le ofrecí un fósforo encendido, y cuando ella me hubo hecho seña de que me sentara en la otomana, la obedecí. Levantó los pies después de quitarse las zapatillas y se retorció en el sillón, hasta que estuvo cómoda. Luego dirigiéndose a mí me dijo:

—Adelante.

Y le referí todo lo que sabía.

—Debiera usted haberme telefoneado antes de que me acostara —dijo al fin.

—Entonces ese hombre no había muerto —contesté—. Yo sólo había recibido una llamada telefónica.

—El asesinato no me importa nada. Ya cuidará la policía de eso, pero, en cambio, me interesa mucho esa cuadrilla que lo raptó y que deseaba ponerse en comunicación con Morgan Birks.

En aquel momento se oyó el timbre telefónico y ella dio un suspiro.

—Deme el teléfono, Donald. Conecte el cordón largo. Dese prisa.

Entré en el dormitorio, tomé el cordón de extensión y entregué el receptor a la señora Cool, que lo enchufó en la conexión de la sala.

—Berta Cool al habla.

Pude oír los repiqueteos del diafragma, mientras ella escuchaba. Y el guiño de sus ojos me demostró que ella gozaba con aquella conversación.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó por fin. El receptor hizo algunos ruidos y ella añadió—: Cobraré quinientos dólares al contado y luego, tal vez, algo más. No puedo garantizar nada. Tendrá usted que buscar ese dinero, querida, porque las arcas de alquiler no me importan nada. En cualquier momento pueden sellarlas. Bien, querida, cincuenta dólares durarán hasta mañana. Lo retendré a mi lado. Sí, es mejor que no vaya allí por ahora. Esperaré

a que la policía haya terminado. ¿Qué hora es? Bien, digamos dentro de una hora y media. Espéreme si no se la llevan a la Jefatura, aunque no lo creo.

Colgó el receptor y, sonriendo satisfecha, me anunció que era Sandra Birks.

—¿Quiere que averigüe usted la causa de la muerte de su marido?

—Quiere que cuide de Alma Hunter, porque van a detenerla.

—¡Vaya! —exclamé—. De modo que él quería estrangularla y…

—No se muestre tan seguro —replicó—, porque Morgan Birks recibió un tiro por la espalda.

—¿Por la espalda?

—Sí. Seguramente se disponía a salir cuando lo mataron. La bala atravesó su cuerpo y se clavó en la puerta. La policía ha podido observar que tenía la mano en el pomo de la puerta y se disponía a salir cuando recibió el tiro.

—Pero ¿qué demonio iba a buscar a su cuarto?

—Tal vez un poco de agua. Pero a la policía no le gusta que las muchachas peguen un tiro en la espalda de los hombres y aseguren luego que han sido atacadas.

—La habitación estaba a oscuras —dije.

—Él se disponía a salir.

—La noche anterior quiso estrangularla.

—¡Ah, sí! Cuéntemelo.

Se lo referí y ella escuchó cuidadosamente. Luego me preguntó por qué Alma se figuraba que fue Morgan Birks quien quiso estrangularla.

—Parece razonable —insistí.

—Es preciso algo más, para convencer a la policía —contestó—. Ahora, Donald, sea buen muchacho y llame a la oficina de registro de los automóviles y pida los nombres de los propietarios de los números 5N1525 y 5M1525. Yo voy a vestirme en un momento.

Tiró el cigarrillo y se dirigió al dormitorio, cuya puerta no se molestó en cerrar. Oí que iba de un lado a otro y, mientras tanto, pedí el nombre de los propietarios de los coches cuyos números indique. El primero era propiedad de George Salisbery, 918, Man Street, Centrecille; y el segundo de William D. Cunweather, 907, Willoughby Drive.

Colgué el teléfono después de tomar nota de los nombres y de las señas, y la señora Cool me dijo desde su cuarto:

—Ese Salisbery no me suena. En cambio, el otro individuo de Willoughby Drive me parece mejor. ¿Qué opina usted, Donald?

—Podría ser. Esa casa me dio la impresión de estar por ahí.

—Llame un taxi —dijo.

—Abajo me espera uno.

—¿De modo que toma usted taxis para ir de un lado a otro? ¿Se figura que se lo voy a pagar yo?

—Desde luego —contesté, airado.

Guardó silencio y me pregunté si me despediría en el acto o se resignaría.

—Bueno —dijo con su acento maternal—. Lo tomaremos, Donald. Tomaré nota de lo que señale el taxímetro y lo descontaré de su salario.

capítulo ocho

El chófer llegó hasta la octava manzana de Willoughby Drive. La señora Cool le dijo:

—Pase por delante del novecientos siete, pero sin parar, para que podamos ver la casa.

El conductor no hizo ninguna pregunta, pues ya sabía que los clientes de la madrugada agradecen la discreción.

—Fíjese en la casa, Donald —me dijo cuando el chófer nos la señaló.

Yo la miré y luego dije:

—Podría ser, pero no estoy seguro.

—Bueno, vamos a aventurarnos, pues vale la pena —dijo ella—. Usted, chófer, vaya a parar al otro lado de la calle, junto a la esquina. Luego espere.

Abrí la portezuela y ella se apeó. Nos dirigimos a la casa oscura y silenciosa, y después de encontrar el botón del timbre, lo oprimí.

Pude oír muy bien el ruido que resonaba en el interior.

—¿Hablo yo o lo hará usted? —preguntó.

—Bueno —respondí—, pero si abre la puerta una persona desconocida para mí tendré que entrar en la casa para asegurarme.

—Bien. Dígales que estoy enferma y que desea entrar para llamar por teléfono a un médico.

Pude oír entonces algún movimiento dentro de la casa. Se abrió una ventana y una voz masculina preguntó quién era.

—Me parece la voz del jefe —murmuré.

Berta Cool elevó la voz y dijo:

—Tengo un mensaje importante para entregarlo en esta casa.

—Páselo por debajo de la puerta.

—Mi mensaje no es así —contestó.

—¿Quién es usted?

—Se lo diré cuando haya bajado —contestó ella.

Aquel hombre pareció indeciso y luego cerró la ventana. Se encendió una luz y poco después oí pasos en la escalera.

—Póngase usted a un lado, Donald —dijo Berta Cool—. Yo me situaré ante la puerta.

Se encendió la luz del recibidor y ella se puso delante de la puerta. Ya no se oían pasos, porque quizás aquel individuo estaba observando por la mirilla. Poco después se entreabrió la puerta y la misma voz masculina preguntó:

—¿Quién es?

Retrocedí y describí un arco para verlo. Era el jefe.

Llevaba un pijama de seda y unas zapatillas.

—¡Hola, jefe! —exclamé.

Por un instante guardó amenazadora inmovilidad. Luego sonrió y exclamó:

—¡Caramba! ¡Caramba! ¡Es Lam! No esperaba verlo tan pronto, amigo, y menos me figuré que pudiera hallar el camino. ¿Quién es esta señora?

—Berta Cool —dije—. Jefe de la Agencia de Detectives Cool.

—¡Caramba! ¡Caramba! —exclamó sonriente—. Es un verdadero placer y quisiera felicitarla a usted, ¿señora o señorita?

—Señora. Señora Berta Cool.

—Tengo mucho gusto —dijo inclinándose—. Y la felicito por tener a sus órdenes a un muchacho tan inteligente y valeroso como Lam. Hágame el favor de pasar.

Titubeé un instante, pero la señora Cool penetró en el vestíbulo con la mayor serenidad. La seguí, y el jefe cerró la puerta.

—¿De modo que ha encontrado usted el camino, Lam?

—Sí, señor.

—Tendré que hablar con Fred acerca de eso. Ha sido una torpeza suya. ¿Querrá usted decirme cómo lo averiguó, señor Lam?

—Sí. Ya lo dirá —contestó Berta Cool.

—Bien. No se moleste —replicó el jefe—. ¿Quieren ustedes entrar y sentarse? Siento no poder ofrecerles ningún refresco.

Encendió las luces de la sala y fuimos a sentarnos allá. Una voz femenina preguntó desde lo alto de la escalera:

—¿Quién es, querido?

—Baja, amor mío. Ponte algo y baja. Tenemos dos visitas. A una

ya la conoces, y deseo presentarte a la otra. —Sonrió a la señora Cool y le dijo—: Siempre me gusta que asista mi mujercita a nuestras conferencias. Creo que el matrimonio es una asociación y que siempre ven más cuatro ojos que dos. Cuando la situación es algo delicada, llamo a mi mujercita.

Oí el ruido de una puerta que se cerraba arriba y luego empezaron a crujir los escalones. Aquella mujer corpulenta entró en silencio, calzada con unas zapatillas de fieltro. No me hizo ningún caso y fijó la mirada en Berta Cool.

Me puse en pie al verla, y dije:

—Señora Cunweather… ¿No es así?

—Ese nombre sirve como otro cualquiera, mi querido Lam —contestó el marido—. ¿Qué importa el nombre? Así, pues, le presento a la señora Cunweather, mi esposa. La señora Cool. Deseo que sean ustedes buenas amigas.

Aquella mujer corpulenta miró a la otra. La saludó fríamente y Berta Cool la imitó. Luego la señora de la casa se sentó, muy recelosa.

—Dígame exactamente lo que desea, señora Cool —dijo el jefe.

—Dinero —contestó la interpelada.

—¡Caramba! ¡Caramba, señora Cool! A eso se llama hablar claro. Así me gusta. Siempre he sostenido que, en los negocios, ante todo la claridad. ¿No es así, amor mío?

Pero no se volvió a su mujer al hacer esta pregunta, porque sin duda no esperaba respuesta, y, en efecto, ella no se la dio.

—Creo que podríamos hablar de las condiciones —dijo la señora Cool.

—Lo cierto es —replicó el dueño de la casa—, que ignoro lo que pueda haberle dicho el señor Lam. Pero si ha insinuado siquiera que aquí ha sido objeto de un trato descortés…

—No perdamos tiempo en eso —replicó la señora Cool—. Usted le hizo dar una paliza. Eso es bueno para la salud y lo endurecerá un poco. Péguele, si quiere, otra vez, pero de manera que a las ocho y media de la mañana esté útil para reanudar el trabajo. Ya comprenderá que no me importa un pito lo que haga mi empleado por las noches.

—Es usted una mujer originalísima —replicó él, riéndose—, y me gusta su franqueza. Y ahora dígame lo que desea, señora Cool.

—Usted quiere noticias acerca de Morgan Birks. Y yo podría decirle algo.

—Es usted muy amable, señora Cool. Mi esposa y yo se lo agradecemos mucho. Y también que haya venido a una hora tan intempestiva para usted. Bien es verdad que, a veces, el tiempo es precioso y que duele malgastarlo. Dígame, pues, con la mayor precisión, lo que puede ofrecer, señora Cool. Nos es muy interesante saberlo bien.

—Hemos entregado unos papeles a Morgan Birks.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor.

—Ya lo imaginaba yo —contestó el dueño de la casa—, y también mi mujercita. Los entregó usted en el hotel, ¿verdad, Donald?

—¡No conteste, Donald!

—No iba a hacerlo.

—Mira qué bien trabajan los dos, amor mío —dijo él, volviéndose a su esposa—. Es magnífico ver trabajar a personas que se dan cuenta de las posibilidades de una situación. Bueno, señora Cool. No sé, realmente, qué decirle. Usted asegura que necesitamos a Morgan Birks. No es absolutamente exacto, pero comprendo su mala interpretación. En fin, concedamos, para facilitar la conversación, que nos gustaría decir alguna cosa a Morgan Birks.

—¿Cuánto dan por eso?

—En realidad, es una proposición algo rara —observó el hombre gordo.

—En circunstancias más raras todavía —replicó Berta Cool.

—Sí, sí, eso es cierto. Y no puedo quitarme de la cabeza que Donald haya encontrado tan pronto esta casa. Resulta maravilloso. Yo me figuraba haber tomado todas las precauciones.

—Sé dónde puede encontrarse a Morgan Birks —dijo Berta Cool —. No podrá usted hablar con él. ¿Le conviene esta información? Puedo asegurarle que sé dónde se halla.

—¿Quiere usted decir que está en la cárcel? —preguntó el hombre gordo.

—Quiero decir que no podrá hablar con él.

—¿Ha vuelto a emborracharse?

—Puedo decirle dónde está.

—¿Cuánto quiere? —preguntó el jefe.

—Lo que valga.

—¿Por qué no podré hablar con él?

—No quiero aprovecharme de una ventaja desleal —dijo Berta Cool.

—¿Quiere decir que está muerto?

—Puedo decir dónde está.

El dueño de la casa miró a su mujer, que meneó la cabeza con un movimiento imperceptible. Luego aquél se volvió a Berta Cool.

—No —dijo—. Ese informe no tiene valor para mí. Lo siento, señora Cool, porque veo que es usted mujer hábil y sinceramente aprecio a Lam. Así como suena. Tal vez algún día podré utilizar su agencia para obtener algunos informes. —Se volvió a su mujer y le preguntó—: ¿Qué te parece, amor mío? ¿No crees, también, que el señor Lam es un muchacho muy listo?

—Fred —exclamó la señora Cunweather con voz monótona—, guiaba el *sedán* que llevó a su casa a Lam. Y éste pudo ver el número de la matrícula.

—No lo creo —contestó su marido—, porque ya puse en guardia a Fred acerca del particular. Le encargué que apagara las luces en cuanto parase el coche y que no las volviese a encender hasta tener la seguridad de que Lam no podía verlo.

—Así ha podido Lam llegar a esta casa —replicó su mujer, insistiendo.

—Me sabría muy mal tener que prescindir de Fred por descuidado —dijo el jefe, pellizcándose el labio inferior—. Pero a los hombres dotados de grandes fuerzas físicas, siempre les pasa lo mismo. Desprecian a los que son más débiles que ellos. ¿No es así, amor mío?

—Ya hablaremos luego de Fred —contestó ella—. Ahora tratábamos de utilizar los servicios de la señora Cool y del señor Lam.

—Conmigo no cuente —dije.

—No le hagan caso —observó la señora Cool—. ¿Cuál es la proposición de ustedes?

—Me parece que ninguna —contestó de mal talante Cunweather.

Pero su tono era poco firme, y Berta Cool no consideró definitiva

aquella respuesta. Continuó sentada allí y esperando. Cunweather miró una vez más a su mujer, se retorció el labio y al fin dijo:

—Seré franco con usted, señora Cool. Nos hallamos en una situación en que el factor tiempo es de gran importancia. Aun los segundos son valiosísimos. Necesitamos ayuda para obtener determinados datos. Supongo que conoce usted algunos y, por lo tanto, podríamos hablar.

—Hable usted y yo escucharé —dijo ella.

—No. Eso no marcharía bien. Sería preciso cambiar nuestros respectivos informes.

—No necesito los que usted conozca —contestó Berta Cool—. Y si le convienen los míos, le costarán dinero.

—Ya comprendo —dijo Cunweather—. Pero a fin de determinar la extensión de sus informes y el valor que pudieran tener para nosotros, sería preciso hablar del asunto.

—Bien, hable lo que quiera —dijo Berta Cool, buscando una situación más cómoda en el sillón.

—Ahora ya no necesitamos a Morgan Birks —dijo Cunweather —, sino algunos informes con respecto a él. En especial, nos interesa saber algo acerca de su amante. Mis hombres, en este detalle, tuvieron un grave resbalón. Yo estaba enterado de que en el Hotel Perkins había de darse una representación. Sabía también que Morgan había de ir allá para encontrar a alguien, pero ignoraba cuándo lo haría y quién era la persona con que deseaba verse. Al parecer, la mujer que andábamos buscando, dijo en el registro que se llamaba B.
F. Morgan.
Y mis hombres estaban tan ocupados buscando a Morgan Birks, que no hicieron gran caso de esa mujer, de modo que pudo eludir nuestra vigilancia constante.

Cunweather se interrumpió, a fin de ver si la señora Cool le contestaba. Pero en vista de que no lo hacía, añadió:

—Nos gustaría mucho saber algo más acerca de la señora B.
F. Morgan.

—¿Cuánto quieren saber y cuánto vale?

—Nos gustaría saber dónde podríamos encontrarla, ahora.

—Puedo ayudarles en eso —confesó Berta Cool—. Les indicaría dónde está.

Cunweather miró otra vez a su mujer, que estaba atenta y silenciosa, y, como no hiciera señal a su marido, éste se volvió a la señora Cool.

—Bueno. Eso serviría. Voy a ser franco con usted, señora Cool. Uno de nuestros reparos, al contratar servicio ajeno, es que, a veces, uno puede ser víctima de un engaño y eso no nos gusta. Sin duda, el señor Lam habrá podido indicarle que sería peligroso.

—No se esfuerce en asustarme; porque tengo una salud excelente —dijo la señora Cool.

—Creo que podremos llegar a un acuerdo —exclamó él riendo.

—Cuando salga de aquí —contestó la señora Berta Cool—, iré a ver a Sandra Birks. Si quieren que trabaje para ustedes y están dispuestos a pagarlo, lo haré así. Pero si Sandra me contrata y me paga, trabajaré para ella. Estoy dispuesta a aceptar el asunto que rinda más.

—¿Desea que yo le haga una oferta?

—Sí.

—Y luego irá usted a ver a la señora Birks, para averiguar lo que desea.

—En efecto.

—Y aceptará la mejor oferta.

—Sí.

—Eso no me gusta —dijo Cunweather—. Me parece poco ético.

—No debe preocuparle mi ética —contestó Berta Cool—. Me he limitado a poner las cartas sobre la mesa.

—Ya veo lo que se propone, señora Cool. Ahora irá a contar a Sandra Birks la conversación que ha tenido conmigo.

—Eso depende… —atajó ella.

—¿De qué?

—De lo que me encargue Sandra Birks y del dinero que valga.

—Preferiríamos que no mencionase su visita aquí, pues eso equivaldría a violar una confidencia —dijo Cunweather.

—Tenga en cuenta —contestó Berta Cool—, que no me ha invitado usted a venir, sino que yo he encontrado la casa.

—Observo que está usted complicando las cosas —dijo Cunweather.

—Los dos nos estamos esforzando en hablar sin llegar a ningún resultado —contestó Berta Cool.

—Desde luego, señora Cool —replicó Cunweather sonriendo—, me interesa su proposición, pero quisiera saber algo más antes de fijar el precio. No puedo avanzar a ciegas.

—¿Qué quiere saber?

—Estar seguro de que puede usted encontrar a esa muchacha de Morgan. También quiero tener la seguridad de que le ha entregado a él esos papeles y de que no ha sido víctima de un ingenioso engaño.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Sandra Birks quería divorciarse y también hacer llegar esos papeles a manos de Morgan. Ahora bien, como no podía encontrarlo, tal vez pensó en que alguien se hiciera pasar por Morgan Birks. Usted se figura que Morgan Birks estuvo hoy en el Hotel Perkins, pero nosotros tenemos la seguridad de que no es así.

La señora Cool abrió el bolso, tomó un cigarrillo, lo encendió y me dijo:

—Cuénteselo, Donald.

—¿Qué? —pregunté.

—Todo lo referente a la entrega de los documentos a Morgan Birks. Siga usted hablando hasta que yo le mande callar.

—Sandra Birks —dije— nos contrató. Fui a su casa y me dio retratos de su esposo. Eran buenas instantáneas, Las comprobé, para estar seguro de que eran verdaderas.

—Es verdad —dijo Cunweather—, las encontramos en su bolsillo con los documentos originales.

—El hermano de Sandra —añadí—, Thomas, a quien ella llama Bleatie, llegó de Kansas City…

—¿De dónde? —Cortó la señora Cunweather.

—De Kansas City.

—Adelante, Lam —dijo el jefe, mirando a su mujer.

—Bleatie vino para ayudar a Sandra. Conoce muy bien a Morgan Birks y creo que es más amigo suyo que de su hermana. Dijo que nos indicaría la manera de encontrar a Morgan Birks, en cuanto estuviera convencido de que Sandra no quería dejarlo desplumado. Al parecer, no tenía ninguna opinión elevada de la moralidad o de la integridad de su hermana.

Pude observar que el hombre gordo me escuchaba con el mayor interés y la señora Cool me dijo autoritariamente:

—Ya está bien. Donald. Si hablase más, nos costaría dinero.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el hombre gordo.

—Me refiero a las noticias, que a esta hora de la madrugada valen dinero. He establecido una agencia de detectives y he de pagar alquiler, salarios, contribuciones y una multitud de impuestos.

—Desde luego, señora Cool —contestó el otro, sonriendo—. También tengo mis problemas propios.

—Pues bien, mi negocio consiste en obtener informes y en capitalizarlos. Ahora poseo algo que necesita usted. A fuerza de leña quiso obligar a mi empleado a que se lo dijera y eso no me gusta.

—Sí, confieso que estuvimos un poco violentos —admitió el jefe.

—Me ha costado dinero adquirir esos informes y no estoy dispuesta a regalarlos a nadie.

—Me interesa mucho el asunto del Hotel Perkins —dijo el jefe.

—Ahí ha ocurrido algo raro —observó la esposa.

—Bueno, me parece que cien dólares… —dijo el señor Cunweather.

—Doscientos —replicó Berta Cool.

—Ciento cincuenta —dijo la señora Cunweather a su marido—, y si no acepta, no des nada.

—Bien —dijo Berta Cool—, ciento cincuenta.

—¿Tienes esa suma, amor mío? —preguntó el hombre gordo a su mujer.

—No.

—Mi cartera está arriba. ¿Quieres ir a buscarla?

—Saca el dinero de tu cinto —replicó ella.

—Bien, señora Cool —dijo él—, hable y le garantizo que recibirá el dinero.

—Está bien, pero puede dármelo antes.

Él dio un suspiro de resignación, se puso en pie y se desabrochó el pijama. Apareció un cinturón provisto de dos bolsillos y abriendo uno de ellos sacó dos billetes de a cien dólares.

—¿No tiene billetes más pequeños?

—No, señora.

—No sé si tendré cambio.

—Lo siento, pero no tengo otros.

Berta Cool registró el bolso y luego me preguntó si tenía dinero.

—Ni un níquel —le contesté.

Contó su dinero y dijo:

—Habré de reservar cinco dólares para el taxi. No tengo más que cuarenta. Le daré treinta y cinco, y si no se conforma, suba en busca de su cartera.

—Bueno, aceptado —dijo él—; no vale la pena de ir arriba para ahorrar quince dólares.

—Deme esos doscientos dólares, Donald —dijo Berta.

El hombre gordo me entregó el dinero. Lo llevé a la señora Cool, que me dio el cambio. Lo puse en manos de Cunweather y él lo entregó a su mujer, encargándole que lo guardase, pues no quería billetes tan pequeños. Se abrochó el pijama y, mirándome, preguntó:

—¿Será Lam quien se encargue de hablar?

—Sí —contestó la señora Cool.

—Sandra —dije— vio a Morgan Birks.

—Eso no importa, Donald. Es traicionar los intereses de un cliente. Dígale lo que sucedió con respecto a Morgan, cómo lo encontramos y de qué manera le entregamos los documentos. Pero no le diga el nombre ni las señas de la amiguita de Morgan.

—Bleatie —dije— me dio el nombre de la amiguita de Morgan. Fui a su casa y la amenacé con hacerla comparecer ante el tribunal de divorcios. Luego vigilé su casa. De este modo pude llegar al Hotel Perkins. Allí se inscribió como señora B.
F. Morgan
y le dieron la habitación seiscientos dieciocho. Soborné al jefe de los «botones» para averiguar qué habitaciones libres había cerca de aquélla y…

—Ya sabemos todo eso —atajó Cunweather—. Sabemos exactamente lo que hizo usted desde el momento en que entró.

—Entonces también sabe usted que entregué los documentos a Morgan Birks.

—No hizo usted eso, sino que los entregó a otro.

—¡Y un cuerno! —exclamó la señora Cool—. Los entregó a Morgan Birks.

—¿Dónde?

—En la habitación de la muchacha, número seiscientos dieciocho.

Marido y mujer cambiaron unas miradas y Cunweather dijo:

—Aquí hay alguna equivocación.

—No, señor.

—Morgan Birks no fue a la habitación seiscientos dieciocho. Estamos absolutamente seguros de todo eso que le contamos.

—No se obstine, porque él estaba allí —contestó Berta Cool—, y lo vi yo misma.

—¿Qué te parece, amor mío? —preguntó el hombre gordo a su mujer—. ¿Debemos…?

—Deja que termine su historia —contestó ella.

Cunweather me miró otra vez y dijo:

—Continúe, Donald.

—Alquilé una habitación —proseguí—. Me acompañaban varias personas. Entraron Sandra y Bleatie. También estaba Alma Hunter. Los dejé y fui a una tienda de trajes para Carnaval, donde alquile un uniforme de «botones» a mi medida. Expedí por la «Wester Union» un telegrama dirigido a la señora B.
F. Morgan.
Esperé hasta la llegada del telegrama, firmé el recibo y al lado de las señas puse en el sobre con lápiz tinta: «Pruébese Hotel Perkins». Me proveí de una libreta, garrapateé unas cuantas firmas en ella, fui al hotel y encontré al grupo sumido en la mayor agitación, porque Morgan Birks había llegado poco después de mi marcha. Me puse el uniforme de «botones», salí y fui a llamar a la puerta del seiscientos dieciocho. Cuando me preguntaron quién era, contesté que llevaba un telegrama. Me ordenaron que lo hiciera pasar por debajo de la puerta. Yo lo hice lo suficiente para que pudiesen ver que era un telegrama metido en la libreta, pero como ésta era demasiado gruesa y no pasaba, les dije que habían de firmar el recibo. Déjaronse engañar y abrieron la puerta. Entré y pude ver a Morgan Birks tendido en la cama. Le entregué los documentos y, mientras lo hacía, Sandra Birks se excitó mucho y entró a su vez. Empezaron a discutir, y desde luego, tengo la seguridad de que aquel hombre era Morgan Birks.

El hombre gordo buscó la confirmación de mis palabras en los ojos de Berta Cool.

—Exacto —dijo—. Yo lo vi y ya lo conocía por los retratos en los periódicos. Era el mismo individuo. Y cuando yo tenga algún

informe que necesite usted —añadió Berta—, procure no intentar sacárselo a uno de mis empleados a fuerza de palizas. Obtendrá mejor servicio pagando.

—Lo cierto es —contestó Cunweather—, que no llegamos a sospechar que el señor Lam fuera tan obstinado.

—Mis empleados son todos iguales —contestó la señora Cool—. Ya cuido de escogerlos así.

—Permítame que hable con mi esposa, señora Cool —dijo el hombre gordo—. Creo que podremos hacerle una proposición. ¿Qué te parece, amor mío? ¿Quieres que vayamos un momento a la habitación inmediata?

—Vamos —contestó ella.

A los pocos instantes, el jefe se dirigió de nuevo a la señora Cool.

—Nos interesa contratar su agencia para un propósito especial —dijo—. Queremos ponernos en contacto con la amiguita de Morgan Birks. Deseamos averiguar cuántas cajas ha alquilado a su nombre, y también saber dónde están. Y esos informes son muy urgentes. Para nosotros son de capital importancia.

—¿Cuánto valen? —preguntó la señora Cool.

—Suponga que fijaremos en doscientos cincuenta dólares por cada una de las cajas que pueda indicarnos.

—¿Cuántas hay? —preguntó ella.

—Lo cierto es que lo ignoro. En realidad no sé si hay alguna, pero tengo sospechas.

—Me parece que eso no me daría ni un centavo —contestó la señora Cool.

—Por lo menos sea algo razonable —rogó Cunweather—. Sabe usted dónde está esa mujer. Con ello no perderá el tiempo. Morgan Birks está bien oculto y continuará de igual modo. Es demasiado listo para la policía. Encargó a su amiguita que alquilase algunas arcas en determinados Bancos. Pueden ser dos o cinco.

—O ninguna —contestó Berta Cool.

—Tiene usted razón, pero, en fin, no perdamos más tiempo. Aquí tenemos a Lam, que es un muchacho muy listo y podría ir a casa de esa chica y en un momento sacarle los informes que deseamos.

—Conmigo no cuenten —contesté.

—¡Hombre, Lam, no sea usted así! Es usted un buen muchacho y no debe ser tan rencoroso. Al fin y al cabo lo que ha ocurrido aquí esta noche no ha sido más que la consecuencia de un negocio.

—No se acuerde más de Donald —dijo la señora Cool—. Trate las condiciones conmigo y ya me encargaré de él.

—Podríamos decir trescientos dólares por caja —propuso Cunweather.

—No.

—Es nuestro precio límite.

—Bueno, ya les llamaré por teléfono, después de haber hablado con Sandra —dijo Berta Cool.

—Necesitaríamos su respuesta ahora mismo.

—Ya la tienen.

—Pregúntale dónde está ahora Morgan Birks —exclamó la dueña de la casa, dirigiéndose a su marido.

—Veamos, señora Cool. Acabo de pagarle ciento sesenta y cinco dólares. Conoce usted el paradero de Morgan Birks y creo que podría decírnoslo.

—Esa noticia no les serviría de nada —contestó ella—, aunque tal vez pudiese valer mucho dinero; pero, desde luego, no estoy dispuesta a dar algo por nada.

Se oyó el timbre del teléfono y Cunweather se puso en pie para dirigirse a la vecina estancia. Con voz cautelosa exclamó:

—Sí, ¿qué pasa? —Después guardó silencio por espacio de ocho o diez segundos—. ¿Está usted seguro? Bueno, venga acá y le daremos algunas instrucciones. Ese caso tiene otra derivación.

Colgó el receptor sin despedirse, volvió a nuestro lado y sonrió a la señora Cool.

—Comprendo muy bien sus sentimientos, señora. —Se volvió a su esposa y añadió—: Morgan Birks está muerto, amor mío. Una muchacha llamada Alma Hunter lo mató a primeras horas de esta madrugada, en la vivienda de Sandra Birks. Le metió un tiro por la espalda, cuando él se disponía a salir.

—¿Muerto? —preguntó la señora Cunweather.

—Por completo —le aseguró su marido.

—Eso cambia la situación —dijo ella.

—Vámonos, Donald —ordenó la señora Cool.

Me puse en pie y ella cerró el bolso. Luego se levantó y echamos

a andar hacia la puerta. Marido y mujer hablaban en voz muy baja y cuando estábamos ya cerca del vestíbulo. Cunweather exclamó:

—Un momento, señora Cool. Quisiera hacerle una pregunta —se aproximó y dijo—: ¿Está usted enterada de si Morgan Birks se hallaba en la habitación seiscientos dieciocho desde el primer momento? En otras palabras, ¿sabe usted si estaba ya allí antes de llegar su amante?

—Lo ignoro. ¿Qué le parece, Donald?

—No lo creo —contesté—, a no ser que estuviese de acuerdo con el jefe de los «botones» y Morgan Birks hubiese entrado en aquella habitación contando con su complicidad. El empleado de la planta baja le cedió el número seiscientos dieciocho como habitación desocupada. Ella había telefoneado pidiendo dos habitaciones con un baño entre ambas. Le señalaron el seiscientos dieciocho y el seiscientos veinte. Pero, al llegar, desistió de tomar el seiscientos veinte, diciendo que su compañero no había…

Pero me interrumpí, porque se me ocurrió una idea.

—¿No había qué? —preguntó Cunweather.

—No había comparecido aún. El jefe de los «botones» la llevó al seiscientos dieciocho. Así me lo comunicó él mismo y yo tomé el seiscientos veinte.

—¿Y quién tenía el cuarto de baño?

—Yo.

—Entonces el seiscientos dieciocho fue alquilado sin baño.

—Así es, a no ser que hubiese otro baño entre el seiscientos dieciocho y el seiscientos dieciséis.

—Déjalo, William, querido —exclamó la señora Cunweather—. Ya sabemos bastante para tratar este asunto como es debido.

—Bien, señora Cool —dijo el jefe—. Ha sido agradabilísima su visita. Vuelva usted algún día. La recordaré a usted sinceramente. Y usted, Lam, no me guarde rencor. En resumidas cuentas, muchacho, se condujo de un modo magnífico y la nariz la tiene bastante bien. Ya noto, por su modo de andar, que le duelen las costillas, pero dentro de veinticuatro horas no se acordará de eso.

Abrió la puerta y cuando yo pasaba por su lado exclamó:

—Bueno, Lam, démonos la mano.

—Hágalo, Donald —ordenó Berta Cool.

El jefe estrechó mi mano preguntando:

—¿Aún me guarda rencor, Lam? En fin, como usted quiera.

Y metiéndose, en la casa, cerró la puerta.

—Es un cliente, Donald —me hizo observar Berta Cool— y no debemos disputar con los clientes.

No contesté.

capítulo nueve

EL taxi nos esperaba y el chofer abrió la portezuela. Berta Cool le ordenó dirigirse al edificio Stillwater y subió. Yo la seguí y cuando el conductor cerraba la puerta, pregunté a mi compañera si deseaba ir a ver a Sandra.

—Aún no —contestó.

—Acabo de tener una idea disparatada —dije en el momento en que el coche se ponía en marcha.

—Oigámosla, Donald.

—En este asunto hay dos detalles muy raros —contesté—. Tengo la impresión de que Cunweather está interesado en el asunto de las máquinas tragamonedas. Tal vez es el jefe. Morgan Birks era el encargado de establecer contacto. Le daban dinero para pagar a la gente y llevar a cabo los sobornos necesarios, y cuando este asunto ha sido denunciado al tribunal, resulta que Morgan Birks se quedaba con una buena parte del dinero que se le confiaba. Es decir, que cuando le daban, por ejemplo, cien dólares él se limitaba a entregar la mitad a los policías y el resto lo depositaba en alguna arca de alquiler.

—Eso no me parece disparatado —contestó Berta Cool, encendiendo un cigarrillo—, ni tampoco original. Es cosa vieja y tal vez tenga usted razón.

—Espere, porque voy a decirle algo más. A primera hora de la noche anterior, Cunweather estaba persuadido de que Morgan Birks no llegó a entrar en el hotel Perkins. Estaba muy enterado de todos mis movimientos en el hotel y no hablé allí más que con una persona, es decir, con el jefe de los «botones», de modo que éste, sin duda, era un hombre puesto allí por Cunweather.

—Eso me parece bien —replicó Berta Cool.

—Con toda probabilidad —añadí—, ese hombre llevaba algunos

días en el hotel. Pero conviene tener en cuenta que ese hotel careció de importancia hasta el momento en que llegó Sally Durke. Yo la seguí de cerca. Ahora bien, ¿cómo era posible que supieran de antemano que Sally Durke iría allá? Ella no tuvo ninguna ocasión de verse con Morgan Birks hasta después de mi visita. Y por esta simple razón decidió ir al encuentro de Morgan…

—Adelante. ¿Cuál es su idea, Donald?

—Cunweather —añadí—, sabía que Birks utilizaría el hotel para verse con su amiguita. Ignoraba quién era ella y sabía únicamente que Morgan Birks iría allí, antes o después, para verse con esa muchacha. Por consiguiente, hizo vigilar el hotel para estar seguro de que podría informarse de la llegada de Morgan Birks, en cuanto apareciese. Sin embargo, Morgan entró y salió, y Cunweather no logró enterarse.

—¿Qué demonio está usted diciendo, Donald? —preguntó la señora Cool—. Primero asegura que Morgan no habría podido entrar y salir sin que lo supiera Cunweather; y luego afirma que entró y salió sin que el otro se enterase.

—Vamos a examinar el asunto desde otro punto de vista —repliqué—. Fíjese usted en que nos dieron la habitación seiscientos veinte. Yo había intentado tomar otra que estuviese frente al seiscientos dieciocho. Eso es lo que habría hecho cualquier detective para poder vigilar la puerta. Pero todas aquellas habitaciones habían sido tomadas. Eso, desde luego, pudo ser una casualidad, pero opinará usted de otro modo en cuanto se fije en que Sally Durke había reservado la seiscientos veinte para mí.

—¿Para *usted*, Donald? —preguntó.

—Sí.

—¿Cómo se figura eso?

—Telefoneó reservando dos habitaciones con un baño intermedio. Le dieron la seiscientos dieciocho y la seiscientos veinte. Pero, al llegar, sólo tomó la seiscientos dieciocho. Y a no ser que existiese otro baño en comunicación con ella, tomó el seiscientos dieciocho sin baño. Eso quiere decir que me dejó la seiscientos veinte *con el baño* para mi uso. Me extraña esa consideración por parte de Sally, y no acabo de comprenderla.

—¿Y por qué cree que se la dejó para usted?

—Pues porque deseaba que yo tuviese la habitación con el baño,

a fin de que lo utilizase.

—Pero usted no lo utilizó. Bleatie, en cambio, estaba allí.

—¿Y no se da usted cuenta de la verdad? En eso, precisamente, está lo sospechoso. Existía el propósito de que Bleatie *pudiera utilizar el baño*. Bleatie no es hermano de Sandra, sino su marido. Bleatie es Morgan Birks.

—No sea usted tonto, Donald —exclamó ella, dirigiéndome una fría mirada.

—Pues todo parece indicarlo —añadí—. Y hemos dado muestras de ser tontos de remate por no haberlo visto antes.

—¿Y se figura usted que Sandra no conocerá a su hermano?

—Ante todo convendría averiguar si lo tiene. Ella, desde luego, tomaba parte en esta comedia, y así se explica el hecho de que Bleatie defendiera siempre a Morgan. Obligó a Sandra a renunciar a toda reclamación del dinero que hubiese en las arcas de alquiler, y esa teoría explica por completo los detalles del asunto. Sandra Birks deseaba divorciarse y Morgan estaba dispuesto a concederle el divorcio, quizá porque también, a su vez, quería verse libre. Ella tenía necesidad de hacer llegar unos documentos a sus manos. Su marido era un fugitivo de la justicia. Era preciso que alguien se encargase de este cometido, alguien que, luego, pudiera jurar ante un tribunal que había entregado los papeles. Por eso acudieron a nosotros.

—Pero ella fue a recoger a Bleatie en la estación y luego tuvieron aquel accidente de automóvil, y…

—No hubo tal accidente. Todo fue una comedia. Alquilaron a ese doctor para que pusiera tablillas y vendajes en la nariz de Morgan. De este modo y gracias a las tiras de esparadrapo, lo desfiguraron por completo, hasta el punto de que nadie habría podido reconocerlo.

»Ésta es la única explicación posible de los hechos. Cunweather hacía vigilar el hotel y está persuadido de que Morgan Birks no entró en el establecimiento. Pero resultó engañado, gracias a la intervención del doctor Holoman. Todo eso ha sido una comedia. Ya me había parecido que esa muchacha Durke se conducía de un modo demasiado fácil. Se dirigió al hotel Perkins, sin mirar una sola vez a su espalda. No tuve que vencer ningún inconveniente. Telefoneé a Sandra diciéndole dónde estaba, y ella y Bleatie

insistieron en acudir al hotel, a pesar de mis deseos. A partir de aquel momento, la comedia se desarrolló ya sin obstáculos. Bleatie fingió una hemorragia y el doctor Holoman lo metió en el cuarto de baño. En cuanto estuvieron dentro y hubieron cerrado la puerta que daba a mi cuarto; Sally Durke abrió la de su habitación. Bleatie cambió de traje, se quitó los vendajes y se tendió en la cama. Aquel vendaje no era más que una máscara que alteraba su aspecto. Bleatie llevaba su cabello negro peinado con raya al medio, pero en la coronilla tenía un círculo completamente calvo. El que se halla en tal estado, suele peinar el cabello hacia atrás, para ocultar la calva. Morgan Birks tenía, también, el cabello negro y la coronilla calva, pero se peinaba hacia atrás.

—Eso explicaría —replicó Berta Cool—, la impaciencia de todos al advertir que usted permanecía tanto rato ausente. ¿Y cómo se explica la sangre que manchó las toallas y otras cosas?

—No sería sangre, sino alguna substancia colorante, proporcionada por el doctor. Desde luego, no conozco todos los detalles, pero imagino las líneas generales del asunto. Tal vez pudo ocurrir como yo digo, y al aceptar esta teoría se observa que todo concuerda muy bien. No es posible explicarlo de otro modo.

»Bleatie se metió en el cuarto de baño, se quitó los vendajes y así se convirtió en Morgan Birks. Entró en la habitación seiscientos dieciocho y esperó a que yo le entregara los papeles. En cuanto hube salido, saltó de la cama, se volvió al cuarto de baño, alteró su peinado y se puso otra vez la ropa manchada de sangre, así como la máscara, de modo que adquirió nuevamente el aspecto de Bleatie. Y mientras estaba en el cuarto de baño, pudo fingir que Morgan Birks hablaba desde el número seiscientos dieciocho, y que él, Bleatie, le contestaba desde el cuarto de baño. Diferenciábase la voz de este último de la de Morgan, porque parecía hablar como a través de un trapo que le cubriera la nariz. El vendaje era un disfraz perfecto y gracias a él pudo entrar y salir del hotel ante las narices de los individuos que lo buscaban. Así pudo evitar igualmente a la policía. Hallábase en el lugar en que menos se figuraban encontrarlo y vivía en su propio piso, y con su mujer. Ella lo protegía para alcanzar el divorcio. Y ésta es la razón de que Morgan Birks o Bleatie, como quiera llamarlo, demostrase tan poca simpatía por Holoman.

—Este último detalle no lo comprendo —dijo Berta Cool—,

porque el doctor ha de estar en el ajo y ser un cómplice.

—Desde luego, está de acuerdo con Birks acerca del asunto, pero él no llamó a Holoman; de eso se encargó Sandra, que es amiga de él. Morgan y Sandra han resuelto separarse. Morgan habló a su mujer de la amante que tenía y ella confesó, a su vez, que tenía un enamorado. Se pusieron de acuerdo acerca del divorcio, y como necesitaban a un médico que les procurara el disfraz, se valieron del amante de Sandra.

El taxi se detuvo ante el edificio Stillwater.

—¿Cuánto señala el taxímetro, Donald?

—Cuatro dólares y cinco centavos.

Entregó un billete de cinco dólares y pidió setenta y cinco centavos de vuelta, Luego se volvió a mí, diciendo:

—Donald, es usted una maravilla. Este asunto requiere un buen cerebro y usted lo tiene. Me ha hecho un verdadero favor descubriendo la verdad. Sin embargo, a pesar de que estoy tan satisfecha, me debe noventa y cinco centavos del taxi, que le descontaré de su salario.

Sacó un librito de notas para consignar el gasto de tres dólares y veinte centavos en su cuenta y luego, volviendo la página, cargó en la mía los noventa y cinco centavos.

—Gracias por la alabanza, señora Cool —contesté—. Algún día buscaré una idea que me resarza de esos noventa y cinco centavos.

—Bueno, vamos, querido Donald. Vamos a ver si sacamos algún dinero de todo eso.

—¿Quiere usted ver a Sandra? —pregunté.

—No. Iremos a visitar al doctor Holoman. A ver si le damos un susto.

capítulo diez

AVANZABA rápidamente la luz del día y los edificios de la calle empezaban a destacarse como sombría masa contra el cielo. Tuvimos que recorrer tres manzanas antes de encontrar otro taxi. Mientras subía, Berta Cool dijo al conductor que nos llevase al sitio más cercano en que pudiéramos encontrar un listín telefónico.

Por recomendación de Berta Cool busqué en la lista de profesionales, pero allí no estaba el doctor Holoman. Así se lo comuniqué a Berta, diciéndole que, a mi juicio, el doctor Holoman no debía de tener consultorio particular. Y añadí que como me veía obligado a llamar a varios hospitales, necesitaba algunas monedas de níquel.

—¡Por Dios vivo! —contestó ella dando un suspiro—. Dese prisa. En primer lugar, es preciso ahorrar el tiempo del taxi y además, en este momento, estoy aventurándome y gasto mi propio dinero.

Tomé las monedas y empecé a llamar a los hospitales, uno tras otro. Tuve la suerte de que al llamar al Hospital de la Fundación Shelley, la muchacha de turno me dijo que había un interno llamado Archie Holoman.

Le di las gracias, colgué el receptor y, al subir de nuevo al vehículo, encargué al chofer que nos llevase allá.

—Tal vez ahora no esté de guardia, Donald —observó mi compañera de viaje—. Por lo tanto, convendrá que pregunte por su domicilio particular, a no ser que se aloje en el mismo hospital. Yo esperaré aquí.

Subí rápidamente los escalones de mármol que conducían a la puerta principal del establecimiento. Encontré a una enfermera soñolienta y le pregunté si estaba allí el doctor Holoman. Me contestó afirmativamente y, después de alguna insistencia, pude lograr que le avisara por teléfono porque, por suerte, estaba de

guardia en aquellos momentos. El doctor Holoman afirmó que no me conocía, pero insistí y, al fin, consintió en bajar a mi encuentro.

Poco después vi aparecer a un individuo y, en el acto, pude darme cuenta de que no era el doctor Holoman a quien conocía. Vi a un hombre joven, que, tal vez, no había cumplido aún los treinta años, de rostro pálido, alta frente y ojos y cabellos negros. Evidentemente no era el que yo andaba buscando, pero, sin embargo, no pude dudar de que aquel hombre era, realmente, el doctor Archie Holoman.

Me despedí apresuradamente de él, algo corrido, al notar mi equivocación y sin duda lo dejé persuadido de que mi estado mental no era demasiado bueno.

En cuanto estuve en el coche, comuniqué a Berta Cool lo que había ocurrido.

—Cada vez me interesa más ese caso —dijo ella, después, de oír mi relato—. Esos individuos han dado muestras de ser muy hábiles. Como no pudieron o no se atrevieron a solicitar un médico verdadero para que los ayudase en ese asunto sucio, utilizaron a un sujeto cualquiera que se hiciese pasar por el doctor Holoman, cuyas circunstancias personales averiguaron, sin duda, de antemano. Ahora bien, ¿quién será ese individuo que asumió la personalidad del doctor Holoman?

—Probablemente el amante de Sandra —contesté.

Guardamos silencio unos instantes y, de pronto, Berta Cool se volvió a mí, diciendo:

—Ahora escúcheme, Donald. Procure no conducirse como un tonto.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Me parece que anda medio enamorado de esa joven Hunter.

—Diga usted dos tercios, y estará en lo justo.

—Bueno, digamos dos tercios, porque me importa un pito y, si quiere, diremos cien por cien. Ella se encuentra ahora en un verdadero apuro y usted se ha decidido a salvarla. No se excite. Conserve la calma y fíjese bien en los hechos. Ella mintió al darle cuenta de que disparó un tiro contra ese hombre.

—No estoy seguro de que mintiese —contesté.

—Claro está.

—¿Tiene usted algún plan? —pregunté después de corto

silencio.

—Sí. Vamos a culpar a Bleatie del homicidio.

—No vaya usted tan aprisa —repliqué—. Acabamos de comprobar que Bleatie no existe.

—Eso es lo más interesante, porque daremos a la policía una nuez muy difícil de cascar. Tal como están ahora las cosas, existían, aparentemente, dos personas, Morgan Birks y Bleatie. Y usted y yo somos los únicos que, aparte de ellos, estamos enterados de que Morgan Birks y Bleatie son una sola persona. Morgan Birks está muerto y, por lo tanto, Bleatie se halla en igual caso. Pero nadie sabe que Bleatie ha muerto y no lo pueden probar, porque será imposible hallar su cadáver. Por consiguiente, podremos darle la culpa de todo, en caso de que ella nos pague bastante dinero.

»Ahora imagínese que va usted a dar cuenta de lo que sabe. Todo el mundo dirá: “Es verdad. Ese muchacho es muy listo, pero también habríamos descubierto nosotros ese misterio. Media hora de reflexión nos habría bastado”. Pero si, en cambio, nos presentamos y empezamos a preguntar dónde está Bleatie, cualquier maldito guindilla se imaginará instantáneamente que éste es el autor del homicidio. Si representamos esta comedia, alcanzaremos resultados interesantes.

—Pero ¿cómo es posible que ningún policía llegue a figurarse que Bleatie ha dado muerte a alguien, cuando Alma Hunter confiesa haber empuñado la pistola y disparado?

—Ahí es donde entra nuestro ingenio —contestó—. Si Sandra desea que hallemos el medio de exculpar a Alma Hunter, según creo, y nos paga bastante dinero para ello, cosa que también espero, agarremos por las orejas a Bleatie y le daremos la culpa de todo. Alma Hunter es una muchacha histérica y estaba muy excitada. Lo cierto es que no sabe lo que ocurrió. Oyó un tiro y se figuró que había sido disparado por la pistola que empuñaba, pero, en realidad, no fue así, sino que disparó Bleatie, que estaba en la habitación.

—¿Y qué hacía allí? —pregunté.

—Pues ver a la joven con poca ropa.

—¿Y Alma ignoraba su presencia?

—Claro.

—¿Y ella no disparó?

—De ningún modo.

—Pero imagínese usted que en el suelo se hallaba su pistola.

—No era la suya. Ella empezó a gritar, soltó la pistola y echó a correr. Bleatie tomó su pistola y se la guardó, abandonando, en cambio, la que le sirvió para cometer el homicidio y luego huyó.

—Me parece que no es muy verosímil.

—Podemos conseguir que sea plausible.

—Me gusta más mi propósito que el suyo —contesté—. Además la policía no lo creerá.

—Los policías son personas como nosotros, pueden observar los hechos y sacar conclusiones como nosotros. Hemos de demostrar la inocencia de esa muchacha, y, en cambio, la policía ha de probar su culpabilidad. Si encontramos el modo de explicar las circunstancias de una manera completamente distinta, sin dejar cabos sueltos, eso será todo lo que necesitemos para presentarlo al jurado. Tal es la ley.

—No es una definición muy exacta de la ley —contesté—. Pero sí bastante aproximada.

—Ahora dígame —preguntó ella—; ¿quiere usted sacar a Alma Hunter de este apuro, sí o no?

—Sí.

—Pues, entonces, cállese la boca y déjeme hablar.

El taxi se detuvo ante la casa en que vivía Sandra. En el vestíbulo había un policía de guardia. Al parecer los transeúntes madrugadores no tenían la menor sospecha de lo ocurrido.

Berta Cool pagó el taxi y se dirigió al vestíbulo. El agente la detuvo.

—Un momento —dijo—. ¿Vive usted aquí?

—No.

—¿Adónde va usted?

—A visitar a Sandra Birks.

—¿Cómo se llama usted?

—Berta Cool, de la Agencia de Detectives Cool. Éste es uno de mis agentes. Quizás es el mejor.

—¿Y qué desea usted?

—Ver a Sandra Birks.

—¿Para qué?

—No lo sé. Ella me ha llamado. ¿Qué pasa? ¿Acaso ha sido

arrestada en su casa?

—No.

—¿Está en su casa?

—Suba.

—Gracias —contestó la señora Cool.

La seguí, tomamos el ascensor hasta el cuarto piso y Sandra Birks abrió la puerta en cuanto hube llamado suavemente.

—Bien les ha costado venir.

—No queríamos encontrar a la policía —contestó Berta Cool.

—Abajo hay un agente.

—Ya lo sé.

—¿Le dijo usted que es detective? Tal vez por eso la ha dejado pasar.

—No lo sé —replicó Berta Cool—. Es un agente y nunca se sabe de lo que son capaces esos individuos.

—Estoy esperando a un joven —dijo Sandra, frunciendo el ceño —. Un amigo nuestro… No sé si lo detendrán.

—Valdría más que le avisara usted —le recomendé.

—Sospecho que vigilan mi teléfono y me parece que me han dejado aquí como cebo para que caiga alguien en la trampa.

—¿Qué trampa?

—No lo sé.

—Bueno —dijo Berta Cool—. Vamos a dar un vistazo al dormitorio y luego hablaremos.

Sandra Birks abrió la puerta del dormitorio. En la alfombra, una línea de tiza mostraba el lugar en que habían encontrado el cadáver. De la jamba de la puerta habían cortado un pedazo de madera.

—¿Qué es eso? —preguntó Berta Cool—. ¿Acaso el lugar donde se clavó la bala?

—Sí.

—¿Y están seguros de que el proyectil fue disparado por esa pistola?

—Eso es lo que quieren averiguar.

—¿Quién le proporcionó el arma? —preguntó Berta Cool.

—Eso es lo que no comprendo. Tengo la certeza absoluta de que ayer mañana no la tenía.

Berta Cool me miró pensativa y con expresión de reproche.

—¿Dónde está su hermano? —preguntó.

—Lo ignoro en absoluto —contestó Sandra Birks.

—¿Dónde estaba cuando se disparó el tiro?

—Supongo que en su habitación. Es decir, creo que estaba allí.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé.

—¿Ha observado usted si durmió en su cama?

—No. Estaba sin deshacer, de modo que no debió de acostarse.

—Sin duda permaneció levantado hasta hora muy avanzada, ¿no es así? —preguntó Berta.

—Lo ignoro —contestó Sandra, enojada—. Yo también salí. Desde luego, si hubiese sabido que iban a matar a mi marido, habría empleado la noche de otro modo. Pero como no podía sospecharlo, no me senté al lado de la cama de mi hermano para averiguar a qué hora se acostó o cuáles eran sus planes en aquellos momentos críticos.

—¿Algo más? —preguntó la señora Cool.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Desea manifestar otra cosa?

—¿Por qué?

—Porque hablar conmigo le cuesta dinero —replicó Berta Cool —. Si quiere gastarlo tratando de situarse entre su hermano y las consecuencias de su acto, me importa muy poco. Desde luego, estoy dispuesta a escuchar durante el tiempo que desee seguir hablando, querida mía.

Sandra había hablado con la vehemencia propia de una mujer de su tipo, cuando quiere llevar a cabo una contraofensiva, quizá con objeto de ocultar algo. Sus ojos manifestaron la mayor extrañeza.

—¿Qué quiere usted decir con eso de situarme entre él y las consecuencias de su acto?

—Ya sabe a lo que me refiero, querida —contestó Berta Cool—. Su hermano mató a su marido. —Y luego, cuando Sandra Birks empezaba a decir algo, se volvió a mí—. Vamos, Donald, iremos a examinar las otras habitaciones. Supongo que la policía lo habrá revuelto todo; sin embargo, valdrá la pena examinarlo.

Sandra Birks estaba en pie y, al parecer, muy pensativa.

—Usted, Donald, habló con Bleatie en el otro dormitorio, ¿no es así? —preguntó Berta Cool.

—Sí.

—Lléveme allá.

Eché a andar, en tanto que Sandra Birks continuaba en la habitación de dos camas. En cuanto hube abierto la puerta del dormitorio de Bleatie, Berta Cool dijo:

—Me importa muy poco lo que se pueda ver aquí, Donald. Me limito a darle tiempo para que examine las posibilidades de la situación.

—¿Cree usted que desea proteger a Alma Hunter? —pregunté.

—Claro está, porque, de lo contrario, no me habría llamado.

—Quizá —observé— ha dicho demasiado a la policía. Y, sin duda, le han preguntado ya por su hermano.

—Tengamos la esperanza de que no haya hablado con exceso. Me parece que esa mujer es bastante reservada y furtiva. ¿Éste es el dormitorio de Bleatie? Vamos a ver si descubro algo.

Empezó a abrir cajones del *bureau* para cerrarlos de nuevo, después de haberse fijado en su contenido. De repente, sacó algo voluminoso de un cajón y, muy apurada, observó:

—¿Qué demonio será eso?

—Parece un salvavidas —contesté.

—Aquí hay unos tirantes… —murmuró—. Ya lo sé, Donald. En la figura de Bleatie había algo raro. ¿Se acuerda usted del vientre que lucía? En cambio Morgan Birks era esbelto y más bien tenía el vientre hundido. Eso era, pues, el chisme que se ponía Morgan Birks cuando quería transformarse en Bleatie.

Un ligero examen me convenció de que tenía razón. Ella lo arrolló sin darse prisa y dijo:

—Vea usted, Donald, si puede encontrarme un papel de periódico. Vamos a llevarnos esto, porque no hay necesidad de que figure en este asunto.

Como en la habitación no había ningún periódico, fui a la sala del otro dormitorio. Al verme, Sandra preguntó por Berta Cool.

Señalé el dormitorio y Sandra se dirigió allá en seguida.

Encima de un montón de revistas que había en una mesa vi un periódico. Lo tomé, lo extendí sobre la mesa y, volviendo al dormitorio, dije:

—Yo me encargaré de eso.

Las dos mujeres se miraron fijamente y oí cómo la señora Cool

exclamaba:

—No me diga nada, querida mía, hasta que haya podido reflexionar. Está usted nerviosa y trastornada. No pronuncie una sola palabra hasta haber pensado y reflexionado, y luego ya hablaremos del dinero.

—Ya lo tengo todo pensado —contestó Sandra.

La señora Cool me tendió el envoltorio de tela.

—Envuélvalo bien, Donald. Ate el paquete y tráigamelo.

Empleé bastante tiempo en envolver aquella prenda. En un cajón encontré un cordel y me entretuve en hacer nudos. Y apenas hube acabado la operación, cuando oí una llamada imperiosa a la puerta y una voz exclamó:

—Abra.

Dejé el paquete sobre la mesa, puse el sombrero encima de él y llamé a Sandra.

—Ante la puerta hay alguien —dije.

Ella se dirigió allá y la abrió. Dos agentes de paisano penetraron en la vivienda y uno dijo al ver a Sandra:

—Bien, querida amiga. Eso ya está listo.

—¿Qué? —preguntó.

—La pistola que mató a Morgan Birks era la misma que sirvió para dar muerte a Johnny Meyer. Y por si no lo sabe usted, éste era el detective de Kansas City que trabajaba para descubrir los asuntos sucios, como el de las máquinas tragamonedas.

»Prometíase presentarse al tribunal y decir todo lo que supiera, pero no le dieron tiempo, porque una noche lo vieron en compañía de una muchacha y al día siguiente lo encontraron con el pecho atravesado por tres balazos. La policía de Kansas City transmitió por radio las microfotografías de las balas y avisó a todos los agentes que estuviesen al cuidado, por si se presentaba el arma. Ahora, por consiguiente, tal vez podría empezar a hablar.

Sandra Birks estaba erguida, muy pálida, temblorosa y asustada.

Berta Cool salió del dormitorio de Bleatie. El segundo agente de paisano preguntó a Sandra:

—¿Quiénes son esos dos?

—Somos detectives —dijo Berta Cool.

—¿Qué?

—Detectives.

Aquel hombre se echó a reír y Berta añadió:

—Detectives particulares y nos ocupamos en investigar este caso, a petición de Sandra Birks.

—¡Largo de aquí! —exclamó el agente.

Berta Cool se sentó en una silla y dijo:

—Sáqueme.

Yo dirigí una significativa mirada a mi sombrero y al paquete que había sobre la mesa y dije:

—Me marcho.

Berta Cool sorprendió mi mirada mientras tomaba el sombrero y el paquete.

—Estoy en mi derecho —replicó—. Si quieren detener a la señora Birks, pueden hacerlo; si quieren hablar con ella, háganlo, pero yo estoy aquí y no pienso moverme.

—Se lo figura usted —rugió el agente dirigiéndose airado hacia ella.

Sandra Birks, en silencio, abrió la puerta. Mientras los dos agentes se dirigían contra Berta Cool, salí al corredor y, sin esperar al ascensor, bajé a toda prisa. Al llegar al último piso, contuve mi precipitación y atravesé despacio el vestíbulo, como si llevase un paquete de ropa sucia. Ante la puerta de la casa estaba el automóvil de la policía.

Un empleado se ocupaba en sacar automóviles del garaje de la casa, para dejarlos ante la acera. Escogí un vehículo estupendo, con la esperanza de que su dueño no sería madrugador, subí a él y me senté, dejando el paquete en el asiento, a mi lado.

Berta Cool salió del edificio, andando majestuosamente. Miró a un lado y a otro de la calle, y luego se dirigió a la esquina. Y como no me vio dentro del automóvil, pasó de largo. Yo la dejé hacer. En cuanto hubo recorrido veinte metros, aún pude observarla gracias al espejo retrovisor del coche. Estaba, al parecer, muy sorprendida por mi desaparición. Se paró dos veces, antes de dar vuelta a la esquina y torció a la izquierda. No me atreví a salir, sino que permanecí acurrucado en el coche, mirando de vez en cuando por el espejo retrovisor y manteniendo fija la atención en la entrada de la casa.

Poco después salieron los dos agentes, pero no los acompañaba Sandra. Se detuvieron para cruzar unas palabras entre sí; luego subieron al automóvil y se alejaron.

Tomé el paquete envuelto en papel de periódico, me apeé y me dirigí rápidamente a la casa. El portero había sacado un cubo, muy grande, de basura y lo dejó cerca del borde de la acera. Levanté la tapa y metí el paquete. Tapé otra vez el cubo y me dirigí a las habitaciones de Sandra. Sólo me abrió después de haber llamado dos veces. Vi que no había llorado, pero tenía los ojos hundidos, las mejillas y las comisuras de la boca inclinadas hacia la barbilla. Al verme exclamó:

—¿Usted?

Atravesé la puerta, cerré a mi espalda y corrí el cerrojo.

—¿Ha podido soltar el paquete? —preguntó:

Afirmé inclinando la cabeza y ella repuso:

—No debiera haber vuelto aquí.

—Quería hablar con usted —dije.

—Estoy muy asustada —repuso, apoyando una mano en mi hombro—. No sé qué significa todo eso. ¿Cree usted que Morgan… que Alma…?

Le rodeé la cintura con un brazo y dije:

—Cálmese, Sandra.

Aquel acto pareció la señal que estaba esperando. Acercó su cuerpo al mío y me miró a los ojos.

—Donald —dijo—, es preciso que me ayude.

Luego me besó.

Quizá tuviese otras cosas en la mente. Tal vez tenía muchos motivos de preocupación, pero ello no tenía nada que ver con su beso, que no era platónico ni fraternal.

Inclinó la cabeza hacia atrás, para mirarme a los ojos y dijo:

—Confío en usted, Donald. —Y antes de que pudiera replicar, añadió—: ¡Oh, Donald! ¡Es usted tan simpático! Es para mí un gran consuelo saber que puedo confiar en usted.

—¿No sería mejor —insinué— que empezáramos a trabajar?

—Supongo, Donald, que me ayudará, ¿verdad?

—¿Para qué he vuelto, si no? —pregunté.

Me alisaba el cabello con las puntas de sus dedos y replicó:

—Ya estoy mejor. Sé que puedo confiar en usted, Donald. Desde el primer día lo comprendí así. Haría cualquier cosa en su obsequio. ¿Desea que…?

—Necesito dinero —contesté.

—¿Qué?… —preguntó ella, asombrada.

—Dinero. Efectivo, metálico. Y en gran cantidad.

—¡Caramba, Donald! Ya di un anticipo a la señora Cool.

—Por desgracia —contesté—, la señora Cool no es partidaria del reparto de la riqueza.

—Pero usted trabaja a sus órdenes, ¿no es así?

—Me figuré, Sandra, haberle oído manifestar su deseo de que yo trabaje para usted —repliqué—, pero tal vez no lo haya comprendido.

—Tenga en cuenta, Donald, que ella trabaja ya para mí. Y usted lo hace a sus órdenes.

—Bueno —dije—. Como quiera.

Ella retrocedió, de modo que ya no podía sentir el calor de su cuerpo.

—Donald —dijo—, no he comprendido lo que me ha dicho.

—Me figuraba lo contrario —contesté—. Pero en fin, me he equivocado. Voy a ver si encuentro a Berta Cool.

—¿Y cuánto dinero necesita? —preguntó ella.

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Cuando lo sepa se va a asustar.

—¿Para qué lo quiere?

—Para gastos.

—¿Qué va a hacer?

—Tomar las de Villadiego —dije.

—Explíquese mejor.

—Berta Cool tiene unas ideas muy raras —repliqué—. Cree que podremos utilizar a Bleatie, atribuyéndole el homicidio, teniendo en cuenta que nadie sabe dónde está. Desde luego, podía haber hecho eso, si se tratara de un homicidio sencillo, cometido en un dormitorio. Pero ahora no es posible. Resultó muerto un agente de policía de Kansas City y ya sabe usted cómo las gastan los agentes con los individuos que se atreven a matar a un miembro de la policía. No me gusta.

—¿Y usted dice que va a tomar las de Villadiego? —preguntó pensativa.

—Sí —contesté—. Voy a hacer de modo que ustedes dos queden exculpados en absoluto. Diré que yo soy el autor de la muerte de

Morgan Birks, pero es preciso que lo haga a mi manera.

—Lo ahorcarán a usted, Donald —observó más que sorprendida.

—Nada de eso.

—No es posible, Donald. No comprendo cómo se ha decidido a hacer eso.

—No podemos perder tiempo discutiendo —contesté—, porque de lo contrario, sería imposible llevar a cabo mi proyecto. La policía no la ha detenido a usted, creyendo que no tiene bastantes motivos de acusación y que un abogado hábil los obligaría a ponerla en libertad. Por eso le han dado cuerda, figurándose que, de este modo, usted se comprometerá. Además, quieren ver si cae alguien más en la trampa. Y van a vigilar esta casa de tal manera, que no entrará ni saldrá nadie de ella sin que se averigüen todos sus movimientos. ¿Le parece bien el programa?

—Desde luego, no me gusta.

—A mí tampoco. Y deseo alejarme antes de que suceda así. He de marcharme ahora mismo.

Y me dirigí a la puerta.

—¿Cuánto necesita, Donald?

—Tres mil dólares.

—¿Cómo?

—Tres mil dólares y en el acto.

—¡Está usted loco!

—Tal vez la loca sea usted —contesté—. Éste es el único medio de salvación que le queda. Se lo ofrezco, por lo tanto, puede aceptarlo o rechazarlo. Haga lo que guste.

—¿Y cómo sabré si puedo confiar en usted? —preguntó.

Me quité el carmín de los labios y dije:

—No es posible.

—Muchos hombres en quienes confiaba me han hecho traición.

—¿Cuánto tenía Morgan Birks guardado en las cajas de alquiler?

—No tenía nada.

—Ya sé que estaban a nombre de usted, pero la policía no tardará en averiguarlo.

—¿Se figura usted que nací ayer? —preguntó ella, riéndose.

—Supongo —observé—, que habrá dejado vacías todas esas arcas y que además se ha figurado ser muy lista. Pero en cuanto el fiscal haya terminado su informe, este detalle constituirá un

magnífico móvil para el crimen.

Sus ojos expresaron el temor que le causaban mis palabras.

—Y si lleva ese dinero encima de su persona —añadí—, demostrará que está loca por completo, porque a partir de este momento van a vigilar todos sus movimientos. Un día u otro la policía la meterá en la cárcel y allí una matrona se encargara de registrarla de pies a cabeza. Mientras tanto, los detectives harán una investigación a fondo en este piso.

—¿Es posible? —exclamó ella.

—Puede tener absoluta seguridad de que ocurrirá como le digo.

—Llevo un cinto lleno de dinero —dijo.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—No se desposea de todo, Sandra. Guárdese cien o doscientos dólares, para que no sospechen que se ha librado del resto. Y en cuanto a éste, puede hacer otras cosas. O me lo confía a mí, sabiendo que voy a desaparecer con él, o lo distribuye entre unas cuantas cartas dirigidas a usted misma, a la lista de Correos, y las deposita cuanto antes en el buzón. Pero conviene que lo haga rápidamente.

Apenas tardó cinco segundos en decidirse. Me miró ladeando la cabeza y luego desabrochó unos botones a un lado de la falda, metió la mano, soltó algunos broches y pronto sacó algo que no era precisamente un cinto, sino una especie de corsé, lleno de dinero. Me lo entregó y como no pude rodearme el cuerpo con él, aflojé el cinturón, me lo puse a la espalda y así quedó sujeto.

—Dios sabe por qué hago eso —observó—. Me pongo ciegamente en sus manos y no me quedo con nada en absoluto.

—He de decirle otra cosa —exclamé—. Trate bien a Alma y yo haré lo mismo con usted. Tenga en cuenta que obro así en su obsequio.

—¿Y por mí no? —preguntó, frunciendo los labios, severa.

—No —contesté—. Por Alma.

—¡Oh, Donald! Me figuré realmente que era a causa de…

—Pues procure pensar mejor otra vez, para ver si tiene más acierto.

Eché a andar y cerré la puerta a mi espalda. En cuanto hube llegado a la escalera, ella abrió la puerta y gritó:

—¡Venga, Donald!

Pero emprendí la carrera, escalera abajo, y en breve me vi en la puerta. Ante ella estaba parado un coche, ocupado por dos hombres. No eran los agentes de paisano que viera poco antes, aunque desde luego, pertenecían también al mismo cuerpo.

Fingí no haberlos visto, me dirigí a un automóvil, subí a él y oprimí el botón de puesta en marcha. Al mismo tiempo me incliné sobre el volante para que no pudiesen verme bien.

Sandra salió a la calle mirando a un lado y a otro, muy extrañada al notar mi desaparición. Echó a correr hacia la esquina. Los agentes cambiaron una mirada y uno de ellos se apeó. Fue a su encuentro y le preguntó:

—¿Busca usted algo?

Ella se volvió a mirarlo y sin duda comprendió quién era.

—Me pareció haber oído gritar «¡Fuego!». ¿Hay algún incendio?

—¿Está usted soñando, joven? —contestó el detective.

Con gran sorpresa por mi parte, el motor se puso en marcha. Entonces enderecé el cuerpo y ella me vio, pero como se hallaba al lado del agente, no pudo hacer cosa alguna.

Debo confesar que se comportó muy bien, porque replicó con voz temblorosa:

—Estoy muy nerviosa, porque esta madrugada alguien asesinó a mi marido.

El agente pareció calmarse al oír estas palabras.

—Es muy doloroso, joven —dijo en tono compasivo—. ¿Quiere que la acompañe a su habitación?

Yo me alejé.

capítulo once

EN el hotel Perkins me presenté dando el nombre de Rinton C. Watson, de Klamath Falls, Oregón. Tomé un cuarto con baño y encargué al «botones» que llamase inmediatamente a su jefe.

Éste tenía la actitud deferente que caracteriza a todos los ganchos y rufianes del mundo. Y antes de que yo pronunciase una palabra, se figuró sobre lo que quería.

—No es a usted al que necesito —dije—, sino a otro individuo que ocupa el mismo cargo y que es amigo mío.

—¿Cómo se llama?

—Ha cambiado de nombre —contesté.

Él se echó a reír y contestó:

—Dígame cómo era y tal vez sepa de quién se trata. Estamos tres de servicio —explicó.

—¿Y viven en el hotel?

—Yo sí. Los otros dos viven fuera.

—Ese individuo —contesté— tiene unos veinticinco años, cabello negro, muy espeso, frente estrecha, chato y ojos de color gris.

—¿Y dónde lo conoció usted? —preguntó.

—En Kansas City —contesté.

La respuesta fue acertada, porque aquel individuo se mostró dispuesto a hablar.

—Será Jerry Wegley. Entra de servicio a las cuatro y trabaja hasta medianoche.

—¿Y dónde podría encontrarlo ahora?

—Quizá pueda darle sus señas para que hable con él por teléfono.

—Será preciso que nos veamos, porque él me conocía por otro nombre.

—Veré lo que puede hacerse.

Cerré la puerta en cuanto se hubo marchado, y sacando el corsé que llevaba oculto, empecé a contar los billetes de cincuenta y de cien dólares. En conjunto había ocho mil cuatrocientos cincuenta dólares. Hice cuatro fajos, y luego arrollé el corsé muy apretado.

Volvió el jefe de los «botones», diciendo:

—Vive en Brinmore Rooms, y si Jerry no se alegra de verle a usted, no le diga quién le ha dado ese dato.

Le entregué un billete de cincuenta dólares, preguntándole:

—¿Puede traerme cuarenta y cinco dólares a cambio de éste?

—Sin duda —contestó sonriendo.

—Además, tráigame un periódico.

Cuando regresó con los cuarenta y cinco dólares y el periódico, envolví el corsé y salí del hotel. Fui a la estación de ferrocarriles más cercana, estuve sentado unos minutos en un banco y luego me puse en pie, dejando allí aquel paquete.

Compré un sobre franqueado y lo dirigí a Jerry Wegley, Brinmore Rooms. Rasgué una página del periódico, la doblé varias veces, la metí en el sobre y tomé un taxi para dirigirme a Brinmore Rooms.

La casa contaba con cierto número de habitaciones de alquiler. Llamé y al ver que no acudía nadie, repetí la llamada. Poco después apareció una mujer flaca y sonriente, preguntándome qué deseaba.

—Traigo una carta para Jerry Wegley —dije—. ¿Quiere usted entregársela?

—No. Está en el número dieciocho —dijo—. Puede ir usted mismo.

En vista de eso, me dirigí a la habitación dieciocho y llamé tres veces, pero en vano. Y en vista de que la puerta estaba cerrada, volví al vestíbulo, tomé la llave y provisto de ella abrí.

Al entrar en la habitación, pude comprender que el pájaro había volado. Había algunos objetos abandonados, ropa sucia y nada más.

Cerré la puerta, y volví a colgar la llave y me alejé. Jerry Wegley se había largado después de burlarse de mí. Le di veinticinco dólares y, a cambio de ellos, me proporcionó una pistola que había servido para cometer un asesinato. A juzgar por lo que pude observar en su cuarto, aquella noche no se había acostado en su cama. ¿Sería por conocer la historia de aquella pistola?

Esperé que pasara un taxi y en cuanto llegó uno, me hice conducir al aeropuerto. Un aviador que se especializaba en dar vuelos a los recién casados, se manifestó dispuesto a llevarme a Yuma (Arizona), aunque al parecer se sorprendió mucho de que viajara solo.

Una vez en Yuma, seguí un plan de operaciones que muchas veces había ensayado mentalmente, de modo que casi me dio la impresión de que estaba representando una comedia.

Me dirigí al First National Bank, y acercándome a la ventanilla destinada a la apertura de cuentas corrientes, dije:

—Me llamo Peter B. Smith y quisiera conocer el modo de invertir provechosamente y con seguridad mi dinero.

—¿En qué, señor Smith?

—En cualquier cosa que pueda proporcionar beneficios inmediatos y provechosos.

—Hay muchas personas que buscan eso mismo, señor Smith —contestó el empleado, sonriente.

—Desde luego, pero tal vez pudiera usted decirme algo.

—¿Desea usted abrir una cuenta?

—Sí —dije, sacando del bolsillo un fajo de billetes de dos mil dólares.

—¿Dónde va usted a alojarse, señor Smith? —preguntó.

—Aún no he buscado posada…

—¿Viene usted del Este?

—No, señor, de California.

—¿Acaba de llegar?

—Sí.

—¿Tiene algún negocio en California?

—Nada en concreto —contesté—, pero tengo la opinión de que en California se ha llegado ya al máximo de su desarrollo y, en cambio, Arizona está muy lejos de él.

Ésas fueron todas las referencias que necesitó. Me dio recibo del dinero, una tarjeta para registrar la firma, contó los dos mil dólares e ingresó aquella suma en cuenta corriente.

—¿Quiere usted un talonario de cheques?

Contesté afirmativamente y me entregó el talonario. Me lo eché al bolsillo, nos dimos la mano y salí a la calle. Me dirigí al Banco del Comercio, busqué la sección de cuentas corrientes y di el

nombre de Peter B. Smith. Dije lo mismo que en el otro Banco y deposité también dos mil dólares. Además, alquilé una caja en la cámara acorazada y allí dejé una gran parte del dinero de Sandra Birks, que aún me quedaba.

A hora avanzada de la tarde tomé una habitación, pagué un mes de alquiler adelantado y dije a la patrona que no tardaría en recibir el equipaje.

Di un paseo por la población, fijándome en las agencias de automóviles. Escogí la que me pareció más importante, entré y pedí que me mostraran un sedán ligero, que deberían entregarme en el acto. Dije al vendedor que conocía ya perfectamente aquella marca y que deseaba hacerme cargo del coche sin la menor demora. Quería un automóvil capaz de echar a correr en seguida. Me contestó que tenía un coche de demostración y que podría dejarlo listo en treinta minutos. Prometí volver. Me preguntó si quería pagarlo a plazos y le contesté que no, que abonaría el precio al contado. Saqué el talonario de cheques, pregunté cuál era la suma que habría de pagar y llené un talón por mil seiscientos sesenta y dos dólares. Firmé, entregué el documento y dije:

—Éste es el primer día que paso en Yuma. Pienso establecerme aquí. ¿Conoce usted alguna buena inversión de dinero?

—¿De qué clase?

—Algo en donde pudiera invertir un poco de dinero y que, en breve tiempo, rindiese buenos beneficios y sin peligro.

El vendedor se quedó pensativo y acabó diciéndome que no conocía nada por el estilo, pero que si averiguaba algo interesante me lo comunicaría. Le di mis señas y le prometí volver al cabo de media hora.

Me fui a un restaurante, pedí un bistec y luego un pastel de manzana. Regresé a la agencia de automóviles, a fin de hacerme cargo del coche. Vi que habían dejado mi cheque en la parte superior de un montón de papeles.

—Tendrá que firmar dos o tres veces —dijo el vendedor.

Observé que alguien había escrito con lápiz tinta en la parte superior del cheque las dos letras O. K., seguidas por las iniciales G. E. C. Smith. Me despedí, subí al coche y emprendí la marcha. Me encaminé directamente al First National Bank. Faltaban quince minutos para cerrar. Me dirigí a la ventanilla y extendí una letra a

la vista a cargo de C. Helmingford, por cinco mil seiscientos noventa y dos dólares y cincuenta centavos. Extendí también un cheque por mil ochocientos dólares. Me fui a la ventanilla del cajero y le dije:

—Soy Peter B. Smith. Hoy he abierto aquí una cuenta corriente. Andaba buscando alguna buena inversión del dinero y he encontrado una para la que necesito inmediatamente cierta cantidad en efectivo. Tengo aquí una letra a la vista a cargo de H. C. Helmingford.

Deseo que se presente al cobro por medio del Security National Bank, de Los Ángeles. Será pagada a la presentación. Deseo que se haga así con la mayor rapidez.

—Un momento, señor Smith —dijo tomando la letra.

—No es necesario —dije—, no quiero que me descuenten ese documento, sino que se encarguen del cobro. Ordene a su corresponsal en Los Ángeles que telegrafíe a mi costa.

Me dio un recibo por la letra y preguntó:

—¿Necesita usted algún dinero?

—Sí —contesté, entregándole el cheque de mil ochocientos dólares y, al mismo tiempo, consulté el reloj.

—Un momento —contestó.

Se dirigió al departamento de contabilidad, a fin de comprobar el saldo a mi favor y mi firma. Tardó un momento, regresó y me preguntó:

—¿Cómo quiere usted el dinero, señor Smith?

—En billetes de a cien.

Me los entregó, se los agradecí y me encaminé al Banco del Comercio. Pedí que me llevasen a mi arca de alquiler y metí en ella los mil ochocientos dólares que acababa de cobrar, al lado del dinero que había allí.

Hecho esto, subí al coche, salí de la ciudad y crucé el puente del río Colorado, para regresar a California. Dejé el coche parado por espacio de media hora y senté para hacer la digestión de la comida. Luego puse en marcha el motor y recorrí el corto espacio que me separaba de la estación sanitaria que se halla al lado izquierdo de la carretera.

So pretexto de realizar una inspección agrícola, las autoridades de California hacían parar todos los coches, los registraban, abrían

los equipajes, fumigaban las mantas, hacían preguntas y molestaban a los viajeros.

Acerqué el coche a la estación de examen. Un hombre se aproximó al coche. Le hablé a gritos, procurando que no me entendiese. Al mismo tiempo pisé el acelerador. Me indicó que pasara a la plataforma de descarga, pero yo di al coche toda la marcha.

Cuando hube llegado a unos doscientos metros más allá, en plena carretera, descubrí por el espejo retrovisor que un motorista estaba poniendo en marcha su máquina. Di velocidad a mi coche.

El motorista salió de la estación, y mi coche aumento también su marcha. Oí la sirena de la moto y dejé que el policía se acercara lo suficiente para que con su sirena despejara el tráfico delante de mí. El policía no echó mano a su revólver hasta que nos hallamos casi en las dunas. Cuando vi que estaba dispuesto a disparar, me detuve al borde de la carretera.

El policía no quiso correr ningún riesgo conmigo. Acercóse, empuñando el revólver, y ordenó:

—¡Levante las manos!

Obedecí.

—¿Qué significa esto?

—¿El qué?

—No siga por ese camino.

—Está bien. Me ha cogido —repliqué—. Se trata de un coche nuevo, que acabo de comprar en Yuma y quería probar lo deprisa que es capaz de ir. ¿Cuánto me cobrará el juez? ¿Un dólar por cada milla de más sobre la velocidad reglamentaria?

—¿Por qué no se detuvo en la estación sanitaria?

—Ya lo hice. El empleado de allá me dijo que me marchase.

—¡De ninguna manera! Lo que le dijo fue que se detuviera.

—Pues… me equivoqué.

—¿Dice usted que compró este coche en Yuma?… ¿Dónde?

Se lo dije.

—Dé media vuelta —ordenó—. Volvamos atrás.

—¿A dónde?

—A la estación de registro.

—¡De ninguna manera!

—Está usted detenido.

—Bien, pues lléveme lo antes posible delante del primer juez que encuentre.

—¿Con qué pagó ese coche?

—Con un cheque.

—¿No se ha enterado de la responsabilidad en que incurre el que da cheques falsos?

—No.

—Bien, amigo, volverá usted conmigo a Yuma. El que le vendió este coche quiere hacerle algunas preguntas acerca del cheque. Creyóse muy listo, pero se anticipó en un cuarto de hora. Consiguieron presentar el cheque al cobro antes de que el Banco cerrase.

—¿Y qué?

—Ya se lo dirán cuando vuelva —sonrió el policía.

—¿Cuando vuelva a dónde?

—A Yuma.

—¿Por qué?

—Por entregar cheques falsos, por adquirir géneros por medios fraudulentos, y seguramente un par más de cargos.

—No pienso volver a Yuma —dije.

—Me parece que sí.

Abrí la llave del encendido.

—Conozco mis derechos —contesté—. Estoy en California y, sin una orden de extradición, no puede usted llevarme a Arizona.

—¿Ah, sí? —preguntó irónico—. ¿Esas tenemos?

—Sí, señor.

—Bueno, amigo, ¿desea usted ir a El Centro? ¡Adelante! Vamos allá. Siga corriendo a la velocidad máxima que permite la Ley. Yo le seguiré. Cuarenta y cinco millas por hora. Pero en fin, le concedo cincuenta. A las cincuenta y una dispararé contra sus neumáticos. ¿Comprendido?

—No puede usted detenerme sin una orden de prisión —contesté.

—Así se lo figura usted. Y ahora baje, porque voy a cachearlo.

Yo no abandoné el asiento. Él entonces subió al estribo y me agarró por el cuello de la camisa.

—Baje —dijo, amenazándome con la pistola.

Obedecí y él entonces me cacheó. Luego registró el coche.

—Acuérdese bien —me dijo—. Las dos manos en el volante. No quiero triquiñuelas. Y si desea que le apliquen la extradición, lo conseguirá.

—No me gusta su conducta —dije—, y protesto contra este atropello de mis derechos.

—¡Andando! —me interrumpió.

Continué la marcha. Nos dirigimos a El Centro, y una vez allí, me llevó a presencia del *sheriff*. Me dejó al cuidado de un suplente, en tanto que él y el *sheriff* hablaban en voz baja. Luego telefonearon y, por fin, me encerraron en un calabozo. El *sheriff* me dijo:

—Oiga, Smith, parece usted un buen muchacho y le advierto que no ganará nada con lo que hace. Valdría más que regresara usted y diese la cara. Quizás aún pueda arreglarlo todo.

—No quiero hablar —contesté.

—Por mí no hay inconveniente —replicó—, y si quiere pasarse de listo quizá le salga mal.

—Quiero pasarme de listo —le contesté.

Me metieron en el calabozo, donde ya había cuatro o cinco presos más. No hablé. Nos sirvieron la cena, pero no comí. Poco después el *sheriff* volvió a preguntarme si estaba dispuesto a prescindir de la extradición. Yo lo mandé al diablo y me dejó en paz.

Pasé dos días en el calabozo y comí algo de lo que nos sirvieron. No era demasiado malo. En cambio, me pareció inaguantable el calor. No tenía ningún periódico e ignoraba lo que pasaba en el mundo.

Por fin me sacaron de allí y me metieron en un calabozo individual, de modo que no pude hablar con nadie.

Al tercer día llegó acompañado del *sheriff* un hombre corpulento, que usaba sombrero negro. Y me preguntó:

—¿Es usted Peter B. Smith?

—Sí.

—Vengo de Yuma —dijo—, y ahora va a acompañarme allí.

—Sin la extradición no iré.

—La tengo en mi bolsillo.

—Me niego a obedecer. Quiero quedarme aquí.

Sonrió, y por mi parte empecé a gritar:

—¡Quiero quedarme aquí!

—Mire —dijo aquel hombre dando un suspiro—, hace demasiado calor para que usted y yo nos dediquemos a la gimnasia. Salga de buena gana y suba al coche.

—¡Me quedo aquí! —grité.

Me sacó a empujones y el agente de Arizona me puso unas esposas.

Me negué a hablar y ellos me sacaron de la cárcel y me metieron en el coche.

—Se lo ha buscado —contestó el hombre del sombrero negro. Secó el sudor de su frente y añadió—: ¿Por qué no se conduce usted de un modo razonable? ¿No ve que hace mucho calor?

—Se arrepentirá usted de eso mientras viva —le dije—. No he cometido ningún delito y nadie puede acusarme de cosa alguna.

—Bueno, cállese —me interrumpió—. Nos espera un trayecto a través del desierto y un calor sofocante, de modo que, a partir de este momento, no quiero oír su voz.

—No hay cuidado —contesté, reclinándome en el asiento.

Con un calor espantoso, atravesamos el desierto. Me dolían los ojos por el reflejo del sol en la blanca arena. Los neumáticos parecían pegarse al suelo y gemían de un modo continuado, como si protestasen.

—Se ve que ha tenido usted el capricho de hacer el viaje en las horas de más calor —dije.

—¡Cállese!

Guardé silencio. Nos dirigimos a Yuma y me llevaron al edificio del Tribunal de Justicia. El fiscal suplente dijo al verme:

—Ha causado muchas molestias a todos esos individuos, Smith. ¿Por qué ha hecho eso?

—No tenían ninguna necesidad de molestarme —contesté—, y si les parece que se han molestado mucho, ya verán lo que les espera.

—¿Qué?

—Voy a perseguirlos legalmente, por persecución maliciosa, prisión injustificada y difamación.

Bostezó, y luego bondadosamente me aconsejó:

—No haga usted eso. A mí, personalmente, me hace mucha gracia. Si se hubiese tratado de un automóvil nuevo, la cosa sería diferente, pero es un coche de demostración, que había corrido ya algunas millas. El coche no ha sufrido nada en absoluto, pero en

cambio ha obligado usted a los vendedores a incurrir en el gasto de pedir su extradición y eso les escocerá, se lo aseguro de veras.

—¿Y por qué demonio no cobraron el cheque que les di? —pregunté.

—Porque usted había ido antes al Banco a retirar el dinero —dijo, riéndose.

—¡Y un cuerno! Fui al otro Banco.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Ya lo sabe.

—Sí, hombre, es un cuento viejo. Fue usted a depositar dos mil dólares en el Banco. Entregó el cheque al vendedor, sabiendo muy bien que se apresuraría a averiguar si podía aceptarlo, pero sabía también que no lo cobrarían hasta que usted hubiese firmado todos los documentos y se alejara con el coche. Se figuró que lo entregarían pocos minutos antes de que cerrasen el Banco, donde sólo había dejado doscientos dólares. Creyó que tendría dieciocho horas de plazo antes de que pudiesen darse cuenta de que no había fondos para pagar el cheque. Pero se equivocó acerca del tiempo, porque la casa vendedora del automóvil llevó el cheque al Banco cinco minutos después de que se hubiese usted marchado con el dinero. Tienen la costumbre de depositar todos sus documentos de crédito cada tarde, antes de cerrar.

Yo me quedé mirándolo, muy asombrado, y al fin dije:

—¿Debo entender que quisieron cobrar el cheque en el First National?

—¿Por qué no? El documento estaba extendido contra ese Banco.

—¡No, señor! —contesté—. Mi cheque era contra el Banco del Comercio.

Me mostró el cheque, señalado con las letras «F. N. B.», con tinta roja, y yo al verlo dije:

—Bueno, pues, entonces fui a sacar los mil ochocientos dólares del Banco del Comercio.

—¿Y qué tiene usted que ver con el Banco del Comercio?

—Pues que también tengo cuenta allí.

—¡Y un demonio!

—Sí, señor.

—No podrá probarlo.

—Me dispuse a hacer un largo viaje nocturno —dije—, y no quería llevar conmigo el talonario de cheques. Por eso lo metí en un sobre y me lo dirigí a mí mismo, a la lista de Correos. Vayan ustedes allí y ya lo encontrarán. Creo que entonces darán crédito a mis palabras.

El fiscal y el agente cambiaron una mirada de mutua comprensión.

—¿De modo que pretende usted haber obrado de buena fe? —preguntó el fiscal suplente.

—¡Claro que sí! Desde luego, confieso haber extendido una letra a cargo de H.
C. Helmingford.
No existe tal individuo. Disponíame, pues, a ir a Los Ángeles a recoger esa letra, pero no defraudé a nadie, porque la entregué al cobro.

—¿Qué demonio se proponía usted?

—Adquirir algún crédito en los Bancos —contesté—. Quería dar la impresión de que soy un personaje importante, y no hay ninguna ley que me lo prohíba.

—Pero dio este cheque a la casa vendedora del automóvil y luego retiró la mayor parte de su dinero, dejando tan sólo doscientos dólares.

—No, señor. Eso fue en el otro Banco. Estoy segurísimo.

El fiscal suplente llamó por teléfono al Banco del Comercio y preguntó:

—Hagan el favor de decirme si Peter B. Smith tiene cuenta corriente.

Poco después le dieron la respuesta, permaneció pensativo unos instantes y replicó:

—Volveré a llamarlos dentro de breves minutos.

Cogió el receptor, se volvió a mí y me dijo:

—Haga el favor de escribir su nombre.

Escribí Peter, B. Smith.

—Ahora escriba una orden para la oficina de Correos, a fin de que me entreguen todas las cartas dirigidas a usted que se hallen en la lista.

Hice lo que me pedía y él se alejó, dejándome en su oficina. Al regresar, lo acompañaba el individuo que me vendió el coche.

—¡Hola, Smith! —me dijo.

—¡Hola!

—No sabe cuántas molestias nos ha dado usted a todos.

—Se las han buscado ustedes mismos —contesté—. Bien podían haberse dado cuenta de que era una equivocación. ¿Por qué no me avisaban? Si yo hubiese sido un tunante, no habría dejado doscientos dólares en el Banco, sino que me lo habría llevado todo.

—Pero ¿qué podíamos pensar nosotros en semejantes circunstancias?

—¿Y cómo pude yo imaginarme que iban a figurarse eso?

—Bueno, mire —atajó—, usted quiere ese coche. Es una buena compra, y nosotros, en cambio, deseamos que nos pague su precio.

—Lo que pasará ahora —contesté—, es que los voy a perseguir judicialmente por detención ilegal y difamación.

—No, hombre, no —exclamó el fiscal suplente—. No puede usted hacer eso y ya lo sabe. Tal vez ha cometido una equivocación, pero el error es de usted y no de ellos.

—Ya veo que quiere usted apoyar a esos individuos, porque pagan mayores contribuciones que yo, pero ya buscaré un abogado. Lo voy a traer de Los Ángeles.

Se echó a reír.

—Bueno, pues de Phoenix.

Ellos cambiaron una mirada, y el vendedor de automóviles dijo:

—Mire, aquí todos hemos cometido nuestros errores, a consecuencia del suyo, que fue el primero. Se equivocó al sacar el dinero del Banco o bien cometió el error de darnos el cheque. Poco importa lo que ocurriese.

—Sí, me confundí —repliqué.

—Bueno. Ha pasado usted unos ratos bastante malos y a nosotros nos ha sucedido lo mismo. El gobernador no quiso pedir la extradición hasta que le hubimos garantizado los gastos. Eso nos ha costado dinero. Ahora le diré lo que vamos a hacer, Smith. Nos da usted un cheque por mil seiscientos sesenta y dos dólares contra el Banco del Comercio, nos estrechamos las manos y no nos acordaremos más. ¿Qué le parece?

—Le daré a usted el cheque contra el Banco del Comercio, porque siempre pago mis cuentas —contesté—. Lamento este error, pero no tenían ningún derecho de hacer apreciaciones temerarias y

calumniosas ni de acudir a la policía. Y eso les va a costar dinero.

—No podrá hacer eso, Smith —contestó el fiscal suplente—. Desde el punto de vista técnico es usted culpable, de modo que si los vendedores del coche lo desearan, podrían perseguirle judicialmente.

—Que lo hagan si quieren —contesté—, y cada día que pase en la cárcel les costará un dineral.

—Bueno, amigos —dijo el *sheriff*, interviniendo—, aquí se ha cometido un error, de modo que todos tenemos la obligación de remediarlo.

—Yo necesitaba y sigo necesitando un coche —exclamé—. Creo que es bueno. Pagaré por él mil seiscientos sesenta y dos dólares. Cometí un error girando contra la cuenta que ya estaba afectado por mi cheque. Nada más.

—¿Y está dispuesto a olvidar lo restante? —preguntó el *sheriff*.

—No he dicho eso —contesté.

El fiscal suplente se dirigió al vendedor de automóviles y le dijo:

—No hagan ustedes nada hasta que les dé por escrito la promesa de considerar zanjado el asunto.

—Bueno —dije yo, dándome por vencido—. Redacten ustedes ese documento y venga un cigarro.

El fiscal suplente escribió a máquina aquel documento, que leí con el mayor cuidado. Desistían de toda acusación contra mí. Yo prometía no reclamar nada a la casa de automóviles, librándoles de toda responsabilidad por mi detención. Después de leer dije al fiscal suplente y al *sheriff*.

—Es preciso que ustedes dos firmen también ese documento.

—¿Por qué?

—Conozco muy poco las triquiñuelas legales de este Estado y no quiero abandonar mis derechos para que luego ocurra algo. Aquí no se dice más sino que los vendedores del automóvil retiran sus acusaciones. ¿Cómo puedo saber yo si luego un tribunal cualquiera tendrá o no motivos para perseguirme?

—¡No diga tonterías! —exclamó el fiscal suplente.

—Bueno, de todos modos, firmen y si no lo hacen yo me niego.

Firmaron todos, y yo, doblando el papel, me lo guardé en el bolsillo. El fiscal suplente me dio un cheque en blanco contra el Banco del Comercio y lo llené por el precio del automóvil. Nos

estrechamos las manos y el vendedor del coche regresó a su oficina.

El fiscal suplente dijo:

—¡Caray, pues no hacía poco calor en el desierto!

Yo me puse en pie, y malhumorado empecé a pasear.

—¿Qué pasa, Smith? —preguntó el *sheriff*.

—Tengo un remordimiento —dije.

En la estancia hubo un largo silencio. Todos me observaban con la mayor atención, mientras iba de un lado a otro.

—¿Qué es eso? —preguntó el *sheriff*—. ¿Podemos ayudarle en algo?

—He dado muerte a un hombre.

Se hubiese podido oír la caída de un alfiler.

—¿Qué fue eso, Smith? —preguntó el fiscal suplente.

—Que maté a un hombre —contesté—. Además, no me llamo Smith, sino Donald Lam.

—Hombre, me parece que está usted demasiado lleno de ardides y astucias, y eso no me gusta —dijo el *sheriff*.

—No es ningún truco —repliqué—. Vine aquí y adopté el nombre de Smith, para empezar de nuevo. Quería olvidarlo todo y vivir honradamente, pero sin duda eso no es posible cuando se tiene tal peso en la conciencia.

—¿Y a quién mató usted? —preguntó el *sheriff*.

—A un individuo llamado Morgan Birks. Probablemente habrán leído el relato en los periódicos. Yo lo maté.

Observé que mis interlocutores cambiaban algunas miradas. Luego el *sheriff*, en tono bondadoso dijo:

—Creo que tendría usted un alivio muy grande, Lam, si lo cuenta todo. ¿Cómo fue eso?

—Yo trabajaba en una agencia de detectives —repliqué—, a las órdenes de una mujer llamada Berta Cool. Morgan Birks estaba casado con una joven llamada Sandra, la cual tenía una amiga que vivía con ella, Alma Hunter, muchacha decentísima.

»El caso es que me encargaron entregar unos documentos judiciales a Morgan Birks y pude advertir que alguien había intentado estrangular a Alma Hunter. La interrogué acerca de eso y me dijo que alguien había entrado por la noche en su habitación. Ella despertó cuando el desconocido ya la había agarrado por el cuello y tuvo la suerte de desprenderse de él a puntapiés. Pero tuvo

un susto de muerte.

»Es una muchacha excelente y empecé a enamorarme de ella. Nos hicimos algunos arrumacos en un automóvil y llegué a convencerme de que era precisamente lo que me había recetado el médico. Habría ido al infierno por ella. Me habló de aquella tentativa de estrangulación. Desde luego me pareció muy mal que continuara viviendo sola en el piso. Por esta razón le propuse entrar, a mi vez, esconderme y pasar la noche vigilando, encerrado en el cuartito inmediato. Me contestó que no podía ser, porque Sandra Birks dormía en la misma habitación, y entonces le contesté que iría a hacer guardia hasta que llegase Sandra.

»Fui allá, hablamos unos momentos y, en vista de que se retrasaba Sandra, le encargue que apagara la luz, se acostara, porque yo esperaría. Fui a sentarme en un cuartito inmediato que servía de ropero y tenía esa pistola conmigo. Me esforcé en seguir despierto, pero me parece que di algunas cabezadas, porque el caso es que me desperté a oscuras y pude oír que Alma Hunter daba un leve grito. Yo iba provisto de una lámpara de bolsillo y la encendí. Pude ver a un hombre inclinado sobre la cama y con una mano extendida hacia el cuello de la joven. En cuanto lo alumbró el foco de luz, se volvió para echar a correr. Yo estaba muy excitado.

Oprimí el disparador y él cayó. Comprobé que estaba muerto. Arrojé la pistola al suelo y crucé la puerta, hacia el corredor. Alma Hunter saltó de la cama y echó a correr detrás de mí. El viento cerró la puerta y, como estaba provista de una cerradura de muelles, ella no pudo entrar otra vez en busca de su ropa. Me dijo que permanecería oculta hasta que regresara Sandra. Decidimos que valía más no decir nada a la policía, figurándonos que Sandra nos ayudaría de un modo u otro a salir del apuro. Alma me aseguró que su amiga me protegía y yo obedecí.

»Luego descubrí que ella se esforzaba en hacerse responsable del homicidio y creí que, tal vez, saldría con bien, amparándose en la propia defensa, pero las últimas noticias que tuve del caso no eran nada agradables.

—Siéntese, Lam. Siéntese y no se precipite —dijo el *sheriff*—. Va usted a ver como dentro de un rato, cuando nos lo haya dicho todo, estará mucho más tranquilo. Ahora díganos sin engañarnos de dónde sacó la pistola.

—Ésta es otra cosa —dije.

—Ya lo sé, Donald, pero si va a contarnos toda la historia más vale que no se deje nada. No le serviría de cosa alguna reservarse algo. Si nos lo dice todo, esta noche va a dormir más tranquilo.

—Esta pistola me la dio un hombre llamado Bill Cunweather —dije.

—¿Y quién es ése?

—Lo conocí en el Este, en Kansas City.

En el silencio que siguió, pude oír cómo el fiscal suplente daba un suspiro.

—¿Cuándo vio usted por última vez a Cunweather? —preguntó.

—Tiene una residencia en Willoughby Drive, número doscientos siete.

—¿Y está solo allí?

—No. Lo acompañan todos los demás.

—¿Quiénes son los demás?

—Hombres todos —dije—, Fred y los otros.

—¿Y él le dio la pistola?

—Sí. Cuando me decidí a hacer guardia en la habitación de Alma, comprendí que necesitaba un arma. No soy bastante vigoroso para proteger a nadie con mis puños. Pedí una pistola a la señora Cool, pero se me rió en la cara. Fui entonces a ver a Cunweather. Le dije en qué apuro me hallaba y él no tuvo ningún inconveniente en complacerme.

—¿Y de dónde sacó la pistola Cunweather? —preguntó el fiscal suplente.

—Estaba allí su esposa, él la llama siempre su «mujercita»; pero en fin, no hay necesidad de que les hable de él, porque la cosa no tiene importancia.

—¿Conoció usted a Cunweather en Kansas City?

—Sí.

—¿Y que hacía allí?

—Vale más que no hablemos de Cunweather —dije—. Lo interesante es tratar de mí mismo y de Morgan Birks. Ahora ya lo saben todo y podrán averiguar lo que quieran haciendo indagaciones en California.

—Sí, ya lo sabemos —contestó el fiscal suplente—. Los periódicos lo han publicado todo. Decíase que había disparado la

joven contra la víctima.

—Sí, ella lo confesó así para salvarme, pero yo no debiera habérselo permitido.

—Nos interesa mucho esa pistola —dijo el *sheriff*—. ¿Cuándo llegó a sus manos?

—La tarde anterior al suceso. Cuando le dije a Cunweather que necesitaba un arma, no opuso ningún inconveniente en facilitármela. Me preguntó dónde estaría más tarde y le dije que iría al Hotel Perkins, donde dije llamarme Donald Helforth. Y convinimos en que me entregaría la pistola allí.

—¿Quién lo acompañaba a usted en el hotel, Donald?

—Alma Hunter. Fue allá conmigo y ocupábamos una habitación que, según creo recordar, era la seiscientos veinte.

—¿Y quién le entregó la pistola?

—Un individuo llamado Jerry Wegley. Se hacía pasar por jefe de «botones» en el hotel, pero estaba a las órdenes de Cunweather.

—Sería muy útil que pudiese probar cuanto antes eso, Donald.

—¿Qué?

—Lo referente a la pistola. Esta arma se había utilizado para cometer un asesinato en Kansas City. Hace de esto un par de meses.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Puede usted probar que Jerry Wegley le dio la pistola?

—Desde luego. Cunweather no negará habérmela dado… en fin, quizá sí, puesto que se había utilizado con este propósito criminal. Pero también cabe en lo posible que Cunweather no lo supiera.

—Si la pistola le pertenecía, debía de estar enterado.

—El caso es que me la hizo entregar por Jerry Wegley.

—No tenemos más remedio que aceptar esta declaración de usted —dijo el *sheriff*.

—No es preciso que me crean por mi palabra, porque puedo demostrar dónde estaba yo dos meses atrás. Hallábame muy lejos de Kansas City, y voy a decirles una cosa. Cuando Wegley me entregó la pistola, me dio también una caja de cartuchos. Llené el cargador y luego guardé la caja con los cartuchos restantes en un cajón del escritorio de la habitación seiscientos veinte del Hotel Perkins. Si hacen registrar el mueble, aún encontrarán municiones.

—¿Dio usted allí el nombre de Donald Helforth?

—Sí.

—¿Y no entregó la pistola a Alma Hunter?

—¡Hombre, no! La quería para mí. Esa muchacha no la necesitaba para nada. Su papel se limitaba a meterse en la cama y tratar de dormir. Y yo me prometí vigilarla, para que no le sucediese nada malo.

—Bueno, Donald, ha abandonado usted la sartén para caerse en las brasas —dijo el *sheriff*—. Ahora me veo obligado a encerrarlo de nuevo y avisar de todo eso a las autoridades de California.

—Lo maté en legítima defensa.

—Él se disponía a echar a correr, ¿no es así?

—Me parece que sí, pero ya saben ustedes cómo ocurren estas cosas. Se excita uno. Yo vi que echaba a correr, pero lo cierto es que no estaba seguro de lo que iba a hacer. Tal vez me figuré que sacaría una pistola y… No sé. Estaba muy excitado.

—Bueno, Donald —repuso el *sheriff*—. He de meterlo otra vez en la cárcel. Procuraré que esté allí lo mejor posible. Telefonearé a las autoridades de California para que vengan a buscarlo.

—¿Habrá de volver a California?

—Sí.

—Pues no tengo ganas de atravesar esa faja de desierto mientras haga tanto calor.

—Lo comprendo. En fin, tal vez hagan el viaje de noche.

—¿Qué le parece si busco a un abogado? —pregunté.

—¿Para qué le va a servir?

—No lo sé, pero me gustaría hablar con uno.

—Mire, Donald —dijo el *sheriff*—, me parece que haría mejor firmando un documento en el cual renuncie a la extradición y vuelva a California para dar la cara. De este modo irá todo mucho mejor.

—No firmo nada —contesté.

—Bueno, Donald, lo que quiera. Yo he de encerrarlo. Este asunto es grave.

capítulo doce

EL camastro de la cárcel era muy duro, el colchón delgado y la noche muy fría, como ocurre en las regiones desérticas. Estaba tembloroso y expectante.

Pude oír los rumores de los otros presos que dormían. Supuse que serían las doce de la noche. Quise recordar el calor que sufrí al atravesar el desierto, pero no conseguí hacerme pasar el frío. Pensé en Alma…

Oí cómo se descorrían los cerrojos de la puerta y luego el rumor de voces y de pisadas. Cuatro o cinco minutos después, los pasos avanzaron por el corredor y el carcelero dijo:

—Despierte, Lam; lo esperan abajo.

—Quiero dormir.

—De todos modos, habrá de bajar.

Me puse en pie y, como no me había desnudado, seguí al carcelero hasta la oficina. El fiscal, el fiscal suplente, el *sheriff*, un taquígrafo y dos policías de Los Ángeles me esperaban en la estancia. Me habían preparado una silla frente a una luz muy viva. El *sheriff* me invitó a ocupar aquel asiento.

—Esa luz me hiere la vista —dije.

—Se acostumbrará. Deseamos verle bien la cara.

—Para eso no es preciso que me dejen ciego —repliqué.

—Si dice la verdad, Donald —me advirtió el *sheriff*—, no tendremos necesidad de observar su rostro para ver si miente.

—¿Y por qué teme usted que no haya dicho la verdad?

—Ha dicho lo suficiente, Donald, para convencernos de que sabe usted todas las cosas que nos conviene averiguar, pero no nos ha dicho la verdad entera. Ahora tenga en cuenta que esos señores acaban de llegar de Los Ángeles, expresamente para oír su relato. Saben lo bastante para estar convencidos de que ha mentido,

aunque ha dicho una parte de la verdad. Queremos, pues, saber el resto.

Hablaba en tono paternal, como suelen hacer las autoridades para engañar a los delincuentes, y yo fingí dejarme engañar también.

—Es todo lo que sé —contesté de mala gana—. Ya se lo he dicho.

La luz me alumbró los ojos, produciéndome un vivo dolor, y el *sheriff* dijo:

—Lo siento mucho, Donald, pero no tendré más remedio que interrogarlo detalladamente y observar la expresión de su rostro.

—¡Eso no es un interrogatorio, sino una tortura! —exclamé.

—¡No, hombre, no! Únicamente lo hacemos porque es preciso que sepamos la verdad.

—Pero ¿qué hay de raro en el relato que les hice?

—Varias cosas. En primer lugar, usted no estaba en aquella habitación, Donald. Algunas cosas que nos dijo usted de Cunweather son ciertas, pero otras no. Usted no mató a Morgan, sino que lo hizo esa muchacha. Usted le dio el arma y ella la dejó caer en el suelo y echó a correr. Luego lo llamó por el teléfono de la planta baja de la casa. Un inquilino del mismo edificio le dio un níquel para que pudiese telefonear. Así, pues, Donald, queremos la verdad.

—Bueno, desvíen ustedes esta luz y se la diré.

—Tome nota —dijo el fiscal al taquígrafo—. Ahora, Donald, según creo, va usted a hacer una confesión o declaración voluntaria. Nadie le ha prometido cosa alguna ni tampoco le ha amenazado. Va a declarar simplemente por el deseo de decir la verdad y de confesar por completo. ¿Es así?

—Como quiera.

—Contesta afirmativamente —dijo el fiscal al taquígrafo—. Tome nota. ¿Es así, Donald?

—Sí.

—Adelante —dijo el *sheriff*—. Oigamos la verdad, recuerde, Donald, que ya no queremos otra mentira. —Desvió la luz para que no me hiriese la vista, y añadió—: Adelante.

—Yo lo maté —dije—, pero Alma Hunter lo ignora. Lo hice para protegerla y porque me habían encargado matar a ese hombre.

—¿Quién?

—Bill Cunweather.

—No queremos más mentiras —dijo el *sheriff*.

—Ésta es la pura verdad.

—Bien, adelante.

—¿Debo empezar por el principio?

—Sí.

—Bueno —dije—. Conocí a Cunweather y a su cuadrilla en Kansas City. No les diré quién soy yo, en realidad, porque viven mis padres y no quiero darles un disgusto de muerte. He ido de un lado a otro, dedicado a diversas cosas, pero no tuve nada que ver en ese asunto de Kansas City. Estaba entonces en California y puedo demostrarlo de una manera patente.

»Cunweather era el jefe de la cuadrilla que se dedicaba a explotar las máquinas tragaperras. Como es natural, estaba organizado el soborno. Se empleaba en eso mucho dinero y Birks era el encargado de pagar.

»Las cosas marcharon muy bien hasta que el comité contra el vicio practicó una investigación. Lograron descubrir a algunos de los complicados en el asunto, pero no a los jefes.

»Y así se puso también al descubierto que las sumas pagadas para sobornar a los agentes de la autoridad eran, más o menos, la mitad de lo que entregaba Cunweather. Es decir, que cuando Morgan Birks recibía, por ejemplo, diez mil dólares para sobornar a las personas indicadas se quedaba con la mitad y sólo entregaba el resto.

»Cuando se descubrió la cosa, Morgan Birks se largó y todo el mundo pudo figurarse que huía de la Justicia, pero en realidad no era así, sino que huía del jefe, puesto que éste había podido enterarse de que hasta entonces le estuvo robando.

»Ocultó la mayor parte del dinero obtenido de este modo, guardándolo en unas arcas de alquiler, a nombre de su esposa. Pero cuando ésta solicitó el divorcio, lo hizo por saber que su marido se hallaba en una situación difícil. En efecto, Morgan Birks no podía contestar a la demanda de divorcio de su mujer. Por eso llegó a un acuerdo con ella, que era lo único posible entonces, aunque no gran cosa. Mientras tanto, el jefe se enteró de que Sandra Birks había recurrido a la Agencia de Detectives Cool para que entregase a

Morgan Birks los documentos relacionados con la demanda de divorcio. En vista de eso, Cunweather me hizo ingresar en la agencia Cool, figurándose que así podría encontrar a Morgan. En efecto, me confiaron la misión de entregarle los documentos.

»Ahora bien, Sandra protegía a su marido, pero nosotros lo ignorábamos. En su casa tenía un individuo a quien se suponía su hermano. Pero no lo era. En realidad, se trataba de Morgan. Éste la vigilaba receloso, y temiendo que su mujer emprendiera la fuga llevándose el dinero de las cajas de alquiler, en vez de repartírselo según habían convenido.

»En cuanto obtuve algunos informes de Sandra Birks y de Alma Hunter, fui a comunicárselo al jefe. Así averiguamos dónde se ocultaba Morgan Birks, es decir, que supimos que el hombre que se hacía pasar por hermano de Sandra era, en realidad, su marido.

—Pero ¿cómo podía hacerse pasar por su hermano, puesto que ustedes lo conocían? —preguntó el *sheriff*.

—Fingió haber sufrido un accidente de automóvil, de modo que le vendaron y cubrieron la nariz y parte de la cara con tiras de esparadrapo, lo cual lo desfiguraba en absoluto. También se peinó de otra manera y se puso algo debajo de la ropa, a fin de parecer más grueso. Después de haber matado a Morgan le quité ese relleno y lo metí en un cubo de basura que pude encontrar ante la puerta de su casa. Compruébenlo.

—Adelante —dijo el *sheriff*.

—Transmití todos esos informes al jefe. Éste tenía a un valentón llamado Fred, cuyo apellido ignoro, y envió a ese Fred al encuentro de Morgan.

»Mientras tanto, Sandra había limpiado ya las arcas de alquiler. Es una mujer avara. Morgan Birks se enteró y resolvió matarla, quitarle el dinero y desaparecer. Sandra, por su parte, estaba bromeando con un amiguito y no quería que Morgan se enterase. Por eso rogó a Alma Hunter que durmiese en su casa. Dijo a su marido que ella dormiría en una de las camas gemelas con Alma y que él no debía entrar, puesto que todos creían que era su hermano.

»El marido tenía sus llaves, de modo que por la noche se metió en la habitación donde había las dos camas, y encontrando a Alma en una de ellas, quiso estrangularla. Como estaba a oscuras, no pudo notar el error. Alma le dio algunos puntapiés en el estómago,

obligándole a soltarla. Luego empezó a gritar y Morgan se apresuró a huir. Eso ocurrió la noche antes de que yo le diera muerte. En cuanto el jefe pudo comunicar con Morgan, éste se vio en un apuro. Lo confesó todo y prometió devolver el dinero. Pero antes era preciso quitárselo a su mujer, y el jefe le ordenó que lo hiciera así.

»Pero como es natural, ya no tenía ninguna confianza en Morgan y éste lo sabía. Y como lo perseguía la Justicia y por otra parte su mujer se había vuelto contra él, hallábase en una situación muy desagradable.

»Yo me había enamorado de Alma Hunter, que es una buena muchacha, y cuando me enteré de que Morgan quiso estrangularla le di una pistola y le dije que la protegería para que no le ocurriese en absoluto nada desagradable.

»Morgan fue a mi encuentro en una droguería, donde el jefe me puso de guardia, y los dos fuimos a casa de Sandra, con objeto de tomar el dinero. Morgan me dijo que Alma Hunter había salido con un amigo y que estaría ausente toda la noche. ¿Se hacen ustedes cargo del asunto? Sandra Birks tenía el dinero del jefe y nosotros íbamos a tomarlo. Sabíamos que la cosa no sería fácil. Morgan me había encargado que, al entrar en la habitación de su mujer, le diese un golpe en la cabeza y le quitara el dinero que llevaba en un cinto, debajo de la camisa.

»Acepté el encargo. Subimos al piso, Morgan abrió con su llave y penetramos en el dormitorio. Estaba a oscuras. Yo tenía una lámpara en el bolsillo, pero Morgan me dijo que su mujer se despertaba en cuanto se encendía una luz. Antes de entrar le pregunté si allí había alguien más y me contestó negativamente.

»Penetré a tientas en la estancia. Oí la respiración de alguien que estaba acostado. Resolví taparle la boca con la mano y luego apoderarme del cinto. Morgan Birks, estaba hacia el pie de la cama. No podía verlo, pero sí lo oí respirar. Extendí la mano hacia la boca de la mujer dormida y en aquel momento ella despertó.

»No me dejó hacer nada, porque obró con una rapidez pasmosa. La pistola despidió un fogonazo al disparar, antes de que pudiese hacer cosa alguna. Quise agarrar a aquella mujer, pero mi mano tropezó con la almohada. Al mismo tiempo, ella saltaba de la cama para dirigirse a la puerta. Y en cuanto oí aquel grito, reconocí la voz de Alma, convenciéndome de que era ella y no Sandra.

»Permanecí allí algunos instantes, hasta que oí cómo se cerraba la puerta exterior. Encendí la lamparilla y Morgan Birks empezó a insultarme, diciéndome que había estropeado el asunto. Yo no repliqué. Miraba la pistola que había en el suelo y que reconocí por habérsela dado a Alma Hunter. La soltó después de disparar y huyó. Morgan Birks seguía maldiciéndome. Entonces cogí la pistola y dije: "Veo, Birks, que eres un cochino e incapaz de abstenerte de engañar a alguien". "¿Qué quieres decir?", replicó. "Ya lo sabes. Estabas muy bien enterado de que esta mujer era Alma y no Sandra".

»Seguramente comprendió lo que le iba a suceder, porque se dirigió a la puerta. Pero no llegó a atravesarla, porque le pegué un tiro. Luego solté la pistola y tuve que arrastrar su cadáver para poder abrir la puerta. Salí al corredor, bajé la escalera, y una vez en la calle, tomé un taxi, regresé a casa y me acosté.

—¿No fue a comunicar a Cunweather?

—Entonces no. Me pareció más conveniente esperar.

—¿Y se fue usted a dormir?

—Había cerrado ya los ojos cuando Alma Hunter me llamó por teléfono. Yo no esperaba que hiciese tal cosa. Lo demás ya lo saben. Fingí estar dormido para que la patrona me llamara unas cuantas veces.

—Ahora, Lam, creo que ha dicho la verdad —exclamó el *sheriff*.

—Un momento —dijo el fiscal—. Eso significa que se hicieron dos disparos con la pistola.

—Sí, señor —contesté.

—¿Y qué fue de la primera bala?

—Lo ignoro. Debió de clavarse en algún sitio.

—Esa pistola no fue disparada dos veces —dijo uno de los agentes de Los Ángeles—. El cargador puede contener siete cápsulas y había seis solamente.

—Digo la verdad y puedo probarlo —contesté—. Yo mismo cargué la pistola. Puse las siete cápsulas en el cargador; yo metí otra en la recámara, es decir, que el arma contenía ocho. Vean ustedes la caja de municiones que hay en el cajón del escritorio de la habitación seiscientos veinte, del Hotel Perkins, y verán cómo faltan ocho cápsulas.

—Tiene razón —observó el *sheriff*.

—Bueno, Donald —dijo uno de los dos individuos de California,

poniéndose en pie—. Va usted a volverse con nosotros. Prepare sus cosas y vámonos.

—No quiero ir a California —contesté.

—¿Cómo?

—Estoy en Arizona —dije—. No me gusta California. En ese desierto hace un calor espantoso. Aquí me encuentro muy bien. Me gusta la cárcel y el trato que me dan. Júzguenme aquí si quieren, y me resignaré.

—Supongo, Donald, que no va a causarnos la molestia de tener que pedir la extradición.

—Yo no me muevo de aquí.

Uno de los agentes, colérico, se acercó a mí, pero el *sheriff* lo contuvo. El fiscal se dirigió al carcelero y le ordenó que me llevase de nuevo al calabozo.

—Quiero papel y pluma —dije.

—Ya se lo entregará el carcelero —contestó el *sheriff*.

Volví al Calabozo, donde hacía un frío extremado que me hacía tiritar de pies a cabeza. Y así escribí a la luz de un farol. Una hora después volvieron a sacarme. El *sheriff* me dijo:

—El taquígrafo ha traducido ya su declaración. Queremos leérsela para que nos diga si está bien y por si quiere firmarla.

—Desde luego la firmaré si está bien —contesté—. Pero ahora aquí tengo otro documento.

—¿Qué es eso? —preguntó mirando el papel.

—Una petición de Donald Lam, conocido también por Peter B. Smith, en solicitud de que se le conceda el *habeas corpus*.

—Está usted loco, Donald —contestó el *sheriff*—. Ha confesado un asesinato perpetrado a sangre fría, con premeditación y alevosía.

—Desde luego maté a un sinvergüenza —contesté—. Y ahora o bien acepta usted mi solicitud para el *habeas corpus* o me niego a firmar la confesión.

—Lo aceptaré —repuso—, aunque estoy persuadido de que no anda usted bien de la cabeza.

capítulo trece

LA sala del tribunal estaba atestada de público. Fuera hacía un calor espantoso. Eran las diez de la mañana y en aquella espaciosa estancia el aire estaba saturado por las emanaciones del sudor de los espectadores. El juez, Raymond C. Oliphant, entró y tomó asiento en el estrado. El ujier exigió silencio. El juez me miró con ojos bondadosos y llenos de curiosidad.

—Éstos son el día y la hora fijados para oír la petición de Donald Lam, alias Peter B. Smith, a fin de que se le conceda el *habeas corpus*. ¿Está usted dispuesto, señor Lam?

—Sí, señor.

—¿Lo representa algún abogado?

—No.

—¿Desea los servicios de alguno?

—No, señor.

—Creo que tiene usted dinero, señor Lam.

—Sí, señor.

—¿Y no necesita a ninguno?

—No, señor.

El juez se volvió al fiscal.

—Supongo que tiene usted la petición de *habeas corpus*.

—Sí, señor juez —contestó el fiscal—. El acusado ha sido detenido en virtud de una orden que lo acusa de haber cometido un homicidio en el Estado de California. Se ha solicitado la extradición y esperamos recibir de un momento a otro de Phoenix la orden de extradición firmada por el gobernador de Arizona. Supongo que no tardará mucho en recibirse.

—¿Y no hay más razón para que el acusado sea retenido aquí? —preguntó el juez.

—Ninguna otra, señor.

—¿No hay ninguna duda acerca de la identidad del acusado?

—No, señor.

—Bien. Llame a los testigos.

El fiscal llamó al *sheriff*, el cual dio cuenta de las circunstancias de mi prisión. Llamó luego al taquígrafo, quien leyó mi declaración.

El juez, mirándome, dijo:

—Me parece que ya hay pruebas suficientes. Usted, señor Lam, ha confesado haber cometido un homicidio y el tribunal de California ya dictaminará acerca de si es homicidio o asesinato. Por consiguiente…

A pesar de que yo estaba muy seguro de mi caso, mi corta experiencia legal me infundió cierto pánico. Sin embargo, repliqué con voz firme:

—¿Es costumbre, señor juez, fallar antes de que el acusado haya podido declarar?

—Quise favorecerle a usted —contestó el juez—. Pero si quiere declarar, no hay inconveniente. Con ello sólo conseguirá dar mayores motivos de acusación a las autoridades de California. Creo debería usted tener su abogado, señor Lam.

—No lo necesito —dije. Y llamé como primer testigo al agente que me llevó a Yuma.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunté.

—Claudio Flinton.

—¿Es usted agente de la autoridad en este Estado?

—Sí.

—¿Me llevó usted a Yuma?

—Sí.

—¿Desde dónde?

—Desde El Centro.

—¿Salí de allí voluntariamente?

—No, señor. El *sheriff* de El Centro y yo lo sacamos a la fuerza y con gran trabajo lo metimos en un automóvil.

—¿Con qué autoridad?

—Yo tenía una orden de extradición y otra de prisión, porque había sido usted acusado de estafa y falsedad.

—¿Y qué hizo conmigo?

—Lo llevé a Arizona y lo metí en la cárcel de Yuma.

—¿Lo acompañe sin resistirme?

—No.

—Nada más —dije.

—¿Tiene usted más testigos, señor Lam? —preguntó el juez.

—No, señor.

—Bien. Pues; entonces, vamos a pronunciar sentencia.

—¿No puedo defenderme?

—No veo que pueda usted aportar ningún dato de interés.

—Sin embargo, aún falta mucho que decir, señor juez. El Estado de California me reclama. Hace unas horas el Estado de California no me quiso y me entregó al Estado de Arizona, contra mi voluntad y contra mi deseo. A la fuerza me trajeron al Estado de Arizona. Eso es indudable.

—Pero ¿qué tiene que ver? —preguntó el juez—. Usted dijo que mató a un hombre en California.

—Ciertamente. Merecía la muerte por traidor y por cochino, pero no se trata ahora de eso. Lo que es preciso poner en claro es la posibilidad de llevarme a California. Legalmente no es posible. La única autoridad que un Estado tiene para tomar prisioneros en otro Estado procede de la Ley orgánica en virtud de la cual los fugitivos de la Justicia pueden ser trasladados mediante la extradición de un Estado soberano a otro. Yo no soy un fugitivo de la Justicia.

—Pues entonces ¿qué es? —preguntó el juez.

—No tengo necesidad de discutir este asunto, por dos razones —contesté—. Una de ellas es que vuestro honor se ha decidido ya y la otra es que algunos hombres más inteligentes que yo en asuntos de Jurisprudencia han tratado de este caso antes que yo. Es evidente que no se puede considerar fugitivo de un Estado a un hombre a no ser que realmente huya de ese Estado. O no huye de él sino que se marcha voluntariamente para evitar la prisión. Yo no huí de California, sino que me sacaron a la fuerza de California. Me siguieron un proceso legal a fin de que respondiese de un delito del que era inocente. Así lo aseguré y lo demostré. Al llegar a Arizona, pude demostrar mi inocencia. Y cuando yo regrese a California, podrán prenderme allí, para que responda de un asesinato, pero si, en vez de eso, me quedo aquí, no hay ningún poder en la tierra capaz de obligarme a que haga lo contrario.

El juez me escuchaba con el mayor interés. Y entonces le cité un caso que establecía jurisprudencia acerca del particular y el juez se

quedó mirándome incrédulo. El fiscal se puso en pie para protestar. Pero el juez le replicó:

—Con toda evidencia, el acusado ha seguido un camino preparado con la mayor inteligencia y astucia. Ese hombre ha cometido el crimen perfecto, no tratando de ocultar sus actos sino de manera que no se le pueda castigar.

»Con ello demuestra que posee unos conocimientos legales que, por desgracia, no están equilibrados por la ética. Y aunque el tribunal lo deplore, no puede ignorar la realidad de que ese hombre, de aspecto delicado, joven e inexperto, se ha burlado de las autoridades de los Estados de tal manera que no pueden castigar un asesinato cometido a sangre fría, con premeditación y alevosía. Es una situación asombrosa.

Dicho esto, el tribunal se retiró a deliberar, para lo cual habría de examinar los textos legales que yo había mencionado. Mientras tanto el *sheriff* se hizo cargo de mí. Media hora más tarde volvió a llevarme ante el tribunal. El juez miró al fiscal y dijo:

—El tribunal no tiene otra alternativa. En este caso la ley nos obliga a hacer lo que solicita el acusado. De acuerdo con ella, un hombre ha cometido un asesinato a sangre fría, con absoluta inmunidad legal. Los mismos tribunales de California han procedido de tal modo, que no es posible otra interpretación de la Ley. California no puede pedir la extradición de ese hombre, y aun cuando el tribunal deplora verse obligado a tomar tal decisión, es preciso poner en libertad al acusado.

—Opino, señor juez —dijo el fiscal—, que no hemos de prestar crédito a su historia. Podríamos retener al acusado hasta ver lo que sucede. Tal vez…

—Observo que no se ha dado usted cuenta del diabólico ingenio del acusado —dijo el juez—. Arizona no puede conceder su extradición. No es un fugitivo de la Justicia o, por lo menos, no lo es de la Justicia de California. El acusado, probablemente, no saldrá de Arizona, porque aquí goza de absoluta inmunidad. Por consiguiente, el acusado queda en libertad.

En la sala se elevó un intenso murmullo, aunque no hostil, sino causado por la sorpresa y el interés. Algunos aplaudieron y otros se echaron a reír. El juez hizo despejar la sala y me vi en libertad.

capítulo catorce

EL empleado del Hotel Phoenix me comunicó:

—Ha llegado por avión desde California la señora Cool. Ha tenido mal viaje y dice que no quiere que la moleste nadie.

Le mostré el telegrama que me había enviado.

—Soy la persona a quien quería ver —dije—. Así lo demuestra su telegrama.

Titubeó el empleado y luego dijo al telefonista:

—Avise usted.

—Puede usted subir, señor Lam. Habitación trescientos diecinueve.

Tomé el ascensor hasta el tercer piso, llamé a la puerta de la habitación trescientos diecinueve y Berta Cool dijo:

—Adelante. No haga ruido.

Abrí la puerta y la vi tendida en la cama. Le rodeaba la cabeza una toalla húmeda. Al parecer sufría aún los efectos del mareo y estaba desencajada y pálida.

—¿Ha viajado usted alguna vez en avión, Donald? —me preguntó.

Contesté afirmativamente.

—¿Y no se mareó?

—No.

—Pues yo sí —contestó—. Caramba, creí que nunca llegaría este maldito avión. ¿Y qué demonio ha hecho usted, mi querido Donald?

—Varias cosas —contesté.

—¡Ya lo creo! Ha dado usted una publicidad enorme a la agencia. Siéntese al pie de la cama. Y ahora dígame, Donald, ¿está enamorado de esa muchacha?

—Sí.

—¿Y ha hecho usted todo eso por su amor?

—Y también porque no pude resistir la tentación de burlarme un poco de las autoridades. El comité de abogados que me inhabilitó para el ejercicio de mi carrera creyó que yo había dicho una tontería y que no era posible cometer un crimen sin que la ley pudiese castigarlo luego y he querido demostrarles que yo tenía razón y ellos no.

—¿Y conoce usted otras tretas por el estilo? —preguntó.

—Muchas.

—Mire, Donald, deme un cigarrillo. —En cuanto lo hubo encendido, añadió—: Usted y yo podríamos hacer muchas cosas, porque es un hombre listo, mi querido Donald. Pero observo que es demasiado impulsivo. Es usted una joya. Pero ¿cómo demonio supo lo que ocurrió?

—En cuanto reflexioné un poco, lo comprendí. Alguien oyó un tiro y avisó a la policía. Ésta llegó poco después de la salida de Alma Hunter. Me figuré que la persona que avisó a la policía había oído el segundo tiro, pero no el primero. El cargador contenía siete balas, pero sólo había seis cuando encontraron el arma. La bala de Alma debió de herir a alguien. En cuanto a Morgan, recibió un tiro cuando quería salir de la estancia y murió en el acto. Por consiguiente, debió de haber caído en tal posición que habría sido imposible abrir la puerta sin retirar el cadáver. Alma Hunter no hizo nada de eso. Abrió la puerta y echó a correr. Cunweather tenía interés en encontrar a Morgan Birks, y poseía una cuadrilla, porque el negocio de las tragaperras no era para una sola persona. Era necesaria una verdadera organización. Morgan Birks se ocultaba de sus propios compañeros. Sandra tenía mucho dinero depositado en algunas cajas de alquiler. Marido y mujer trataban de evitar que se enterase nadie de eso. Ella, por su parte, quería quitárselo a Morgan. Alma dormía en la cama de Sandra y alguien que llevaba las uñas muy largas intentó estrangularla. Observé que Bleatie tenía los dedos largos y afilados, y llevaba las uñas cortadas como una mujer. Si Sandra hubiese muerto, ya no habría necesidad de divorciarse. Morgan había logrado engañar a Cunweather gracias al disfraz de Bleatie, pero Cunweather no se dejó engañar mucho tiempo. Cuando me hizo dar una paliza habría pagado cualquier cosa por encontrar a Morgan Birks, y, en cambio, cuando fue usted a verlo, no quiso soltar un solo centavo. Eso indica que estaba ya

enterado de lo sucedido y también de que yo había entregado los documentos en el hotel. Por lo tanto habría arreglado ya sus cuentas con Morgan Birks. ¿Quién, entre los individuos de Cunweather, resultó herido?

—Fred —contestó Berta Cool—. El tiro de Alma le dio en el brazo izquierdo. Pero ¡Dios mío, Donald! Lo sabe usted todo.

—No —contesté—. Pero cuando me tomó a su servicio ya le dije que durante mi infancia nunca fui un muchacho vigoroso, y como no podía luchar, tuve que reflexionar y así adquirí imaginación y facilidad para adivinar las cosas.

—Pero podía usted haber solucionado este asunto sin necesidad de comprometerse en él —dijo Berta—. Hay que ver los peligros que ha corrido, aunque también ésos han sido una propaganda para la agencia.

—¿Qué otra cosa podía haber hecho? —pregunté—. Todo el mundo sabía que me había entregado el arma y ésta sirvió para cometer un crimen. Si hubiese querido informar a la policía de lo ocurrido, se habrían reído de mí. Si hubiese ido allá a contarles mi teoría, no me habrían hecho ningún caso, porque ya Alma Hunter había declarado por su parte.

—¿Y cómo sospechó usted de Cunweather?

—No fue difícil. Él tenía ya noticias de que iban a ocurrir cosas en el Hotel Perkins. Allí estaba uno de sus hombres, el cual se enteró de todo lo que yo hacía. No me costó reconocer al jefe de los «botones» como perteneciente a la cuadrilla de Cunweather. Quisieron tomarme el pelo, me entregaron un arma que andaba buscando la policía y luego Cunweather me hizo dar una paliza por Fred. Yo les prometí que me vengaría, ¡y por Dios que me he vengado! Pero aunque los hubiese acusado de todo lo imaginable, nadie me habría hecho caso. Para conseguirlo fue indispensable que me culpase yo mismo.

—Realmente, lo consiguió usted, Donald —contestó Berta, sonriendo—. Si hubiese estado en California, habría quedado satisfecho. La policía empezó a trabajar con Cunweather. Creo que le dieron una paliza tremenda con una manga de caucho. Lo dejaron hecho una lástima. Y ahora es muy posible que lo acusen de haber tenido participación en el asesinato de Kansas City. Ha sido magnífico, Donald. Tráigame usted una botella de *whisky*.

—Necesito dinero para eso.

—¿Qué ha hecho con el que le dio Sandra Birks?

—Está bien escondido.

—¿Y cuánto era? ¿Diez mil dólares?

—No me acuerdo exactamente.

—Recuerde usted, Donald, que trabajaba a mis órdenes.

—Sí. Y también recuerdo que le debo noventa y cinco centavos de taxi.

—Es cierto —contestó ella—. Se los descontaré del primer salario.

—Oiga, ¿y quién era el doctor Holoman? ¿Era realmente el amante de Sandra?

—Sí. Y tenían cogido a Morgan Birks. En su calidad de hermano de Sandra, Morgan había de resignarse a ver cómo su mujer y él flirteaban en sus propias narices. De haber hecho valer sus derechos de marido, Cunweather lo hubiese descubierto, obligándole a soltar el dinero.

—Me parece que Sandra es una oportunista —observé.

—Es cierto. ¿Cuándo me va usted a buscar el *whisky*, Donald?

—¿Dónde está el dinero?

Ella tomó el bolso.

—¿Ha hecho usted el viaje sola? —pregunté, mientras ella sacaba unos billetes.

—No. Cuando viaja Berta Cool, siempre se hace pagar los gastos por alguien. He traído conmigo a mi cliente. Está en la habitación inmediata, y aún no se ha enterado de la llegada de usted. Durante todo el viaje no me habló de otra cosa sino de usted. Yo estaba enferma muriéndome y ella seguía hablando de usted.

—¿Sandra? —pregunté.

—No. Sandra intentará conquistarlo cuando lo vea, pero lo olvidará así que se haya marchado de su lado.

Me dirigí a la puerta y la abrí. Alma Hunter estaba sentada en un sillón, al lado de la ventana. Al verme se puso en pie y me miró con los ojos luminosos.

—Aquí está el dinero para el *whisky*, Donald —dijo la señora Cool—. No sea tonto. Bien sabe Dios que no tiene un solo centavo para casarse y que, además, me debe noventa y cinco centavos de taxi.

Penetré en la habitación de Alma y con un pie cerré la puerta.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU.
17-julio-1889
- Temecula, California,
11-marzo-1970).
Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista

Companion
Youth's
, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A.
A. Fair,
era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A.
A. Fair,
Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.